



La mentira que nos une

JESSICA T. RAIJMAN



LA MENTIRA QUE NOS UNE



JESSICA T. RAIJMAN

*para Sebastian y Camila, mis amores eternos
para mi abuelo, que siempre se asoma entre mis letras*

LA MENTIRA QUE NOS UNE

Primera edición: diciembre 2023

150 ejemplares

Copyright © Jessica T. Raijman

© de esta edición Tulbox

Diseño de portada y forros Alejandro Baigorri

Diseño de interiores Oladimeji Alaka

ISBN: 978-607-69574-0-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

La mentira que nos une se terminó de imprimir el mes de diciembre en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, Ciudad de México.

@tulboxed

jeraijman@gmail.com

El viaje al centro de la historia, mayo de 2017¹

—Muero de curiosidad por saber lo que contiene el cofre —le digo a Leo mientras meto mi maleta de mano en el compartimento superior del asiento.

—No sé, Ali. Es una historia extraña la de ese tipo, ¿no te parece? Cuando lo veas no le des información... —responde Leonardo.

—Ya lo sé —interrumpo y volteo los ojos.

Desde que recibí el mensaje de Sawnder White, no logro pensar en otra cosa. ¿Por qué tanto misterio el de este chico? Tengo un presentimiento que no me deja tranquila.

Leo se acomoda junto a mí, se pone el cinturón, cierra los ojos y se queda dormido, repaso una vez más las precauciones que he tomado para ver a Sawnder, y me convengo de que no quiere dinero, pienso en los intercambios que tuvimos por mensajes, no intentó obtener información de mi vida, además lo veré en el museo donde no corro ningún riesgo, entonces ¿por qué siento tensión en el cuello y un boquete en el estómago?

Reclino el respaldo y cierro los ojos. Este viaje es importante por partida doble, finalmente se resolverá el asunto del paquete, pero también será una oportunidad para acercarme a Leonardo y pasar tiempo juntos fuera de la rutina y del país. Nunca hemos llegado más allá de Morelia.

Me siento irritable, tengo sed y ganas de ir al baño, pero no quiero despertar a Leo. Giro la cara para verlo. Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras lo hago. Le acaricio el rostro y acerco el mío para darle un beso suave en la mejilla. Sin abrir los ojos, toma mi mano y se reacomoda. Paso mis dedos por su cabello y siento la suavidad que ofrece una cabellera absolutamente lacia.

Miro sus piernas largas y fuertes y siento ternura porque no cabe en los asientos del avión ni en muchos otros lugares. Ese es un problema que yo nunca tendré, pienso. Miro el anillo en mi dedo anular con forma de infinito.

Lo sellamos en una de nuestras tantas borracheras con mezcal, en las que empezábamos por fingir que no se nos subía el alcohol, aunque invariablemente despertábamos con tremendos dolores de cabeza de los que no hablábamos para no arruinar nuestras noches de *noborrachera* y las mañanas de *noresaca*.

La ocasión en la que me dio el anillo con forma de infinito, bebíamos mezcal y escuchábamos a Alice Wonder. Entre un brindis y otro, Leo me extendió una pequeña bolsa morada y una versión en pasta dura de *Corazón tan blanco*.

El motivo de aquella *noborrachera* fue que volvíamos a estar juntos después de pasar un par de meses alejados. Durante esos meses me inicié como pintora, hice dos cuadros que hoy adornan la casa que Leonardo y yo compartimos. Uno tiene como tema la oscuridad, cuando lo pinté lo hice con tanta pasión y con tanto vino en mi sistema, que las manchas de pintura acabaron en el lienzo, pero también en los muebles de la sala, en el piso y en las paredes. Para mi segunda creación quería representar la paz en el ojo del huracán. Lo saturé de colores vivos, quería que fuera esperanzador y me recordara que la vida no empezaba ni terminaba con Leonardo. Sin embargo, cuando iba a la mitad del cuadro, me invadió la rabia, así que tomé el negro y cubrí la luz, cada trazo de color en el lienzo quedó escondido en el negro. Al terminar

mis cuadros, los colgué en la sala y los admiré durante horas, bebí la botella de vino de un jalón y no salí de casa el resto del fin de semana. Me dediqué a llorar, a escribir en mi cuaderno y a dormir.

La depresión se me acabó cuando llegó el lunes y con él, el doloroso sonido de la alarma a las 6:30 de la mañana, que me anunciaba que las rupturas tienen tiempos finitos, que se puede hablar del dolor, llorar, tener una pinta terrible y ser agresiva sólo por tiempo limitado. Si el corazón sigue roto más allá del tiempo permitido por nuestros cercanos, hay que buscar nuevos amigos, adoptar familia, cambiar de trabajo o pagar una terapia.

Al cabo de dos meses de la ruptura, me llegó un mensaje de Leo, mi corazón comenzó a latir con fuerza, eso es lo único que recuerdo. Lo que sucedió después cobró una gran velocidad. De pronto estaba en su casa, llegaron el mezcal, las lágrimas, el anillo en forma de infinito con incrustaciones de zafiro, el libro de Javier Marías y la dedicatoria. Esa dedicatoria que me hizo decirle que sí quería volver con él antes de detenerme a pensarlo.

El sufrimiento, los cuadros, el vino, las noches en vela escribiendo y los días eternos se esfumaron. Leo y yo estábamos juntos de nuevo. Cuatro meses después rentamos un departamento.

Tomo el libro de mi mochila, sin moverme demasiado para no despertarlo, miro la dedicatoria que escribió Leonardo en la primera página, me gusta su letra, es redonda y grande, tiene un carácter femenino. Paso mis dedos por las palabras como si con ese acto se fuera a revelar un mensaje escondido entre las letras.

Tendrías que ponerte mi sangre, mi piel y esta cabeza para comprender, para empatar mi realidad con la tuya. Sí, tendrías que saberte amada, deseada desde un lugar mucho más profundo que el simple deseo, te amo desde la pérdida, desde el rescate, desde el hallazgo de lo extraviado, desde un infantil proceso del “nunca más, al para siempre”. Te amo desde ese lugar tan extraño que es cuando no se cuida lo máspreciado y desaparece, se esfuma, se aproxima la muerte de algo hermoso, quebradizo y ligero.

Te Amo como Arturo, el rey que ahogó su espada en el lago y la perdió para siempre, y de pronto, sin más y sin merecerlo, una mano salió del agua ofreciéndola para dejar su simiente y su lugar donde vivirá eternamente hasta su último suspiro. Sabiendo que él es ella y ella, él. Tú eres el brillo, el resplandor que salió del lago, el destello que opacó al sol efervescente, tú eres el rayo de luna que aparece por instantes sobre el bravo océano, y yo tan solo este imbécil que olvidó su lugar en este mundo. Mi lugar en los rizos desordenados de tu cabello, en los vacíos que entre tus dedos dejan espacio a los míos.

Eres el hueco del cuerpo que cumple su viaje contra la gravedad, y en un instante sabe que el camino de vuelta a la tierra cambia porque su estómago se lo recuerda.

Eres mi luz, como dijo algún poeta: mi norte, mi sur, mi este y oeste. Mi camino amarillo, mis zapatillas rojas y mi globo aerostático. Mi espada clavada en una piedra, el tesoro allanando en el fondo arenoso del mar.

Y yo, el aventurero, el pirata, el niño y el caballero que encuentra su razón de existir en ti.

Te amo,

Leonardo.

—¿Dónde te vas a ver con el *gringo*? —pregunta con los ojos cerrados.

—¡Estás despierto!

—Ajá.

—¿No vas a venir conmigo? —reclamo entre sorprendida y molesta.

—Claro que sí. ¡Qué sensible estás, mi amor! —responde Leo incorporándose para darme un beso.

—Lo veré mañana en el *Art Institute* en la sección de los impresionistas frente a los cuadros de...

—Camille Pissarro —interrumpe, mientras sonrío.

Tenía años de no estar en Chicago, no recordaba lo hermoso que es, pienso mientras avanza el taxi en dirección a Public, el hotel en el que nos hospedaremos.

Más allá de la belleza arquitectónica, el lago, la naturaleza y los museos, recuerdo el aire que se respira en la ciudad.

El viento tiene una textura especial, una densidad única que proviene de la humedad que se escapa del lago y que contrasta con la seca frescura que sacude los árboles primaverales llenos de polen.

Llegamos al hotel, bajo del taxi y me quedo unos momentos sobre la banqueta. De pronto pienso en la reunión del día siguiente y siento una punzada aguda. Cierro los ojos e inhalo para alejar las preocupaciones, exhalo y con la relajación llega también un beso de Leo en la oreja. Me estremezco, giro y le devuelvo otro en los labios.

—Tengo hambre —digo con sus labios aún en mi boca.

—Yo también, subimos las maletas y vamos al *Volare* a comer, ¿se te antoja?

Es una tarde soleada y fría, demasiado fría para la época del año. Caminamos de la mano, me dejo guiar por Leo, que conoce Chicago a la perfección, me encanta que se mueva con soltura y que tire levemente de mi mano, me siento protegida, después de tantos años de ser protagonista y única responsable de mi vida, me relajo, me dejo consentir, permito que él tome el control.

Lo miro caminar de reojo, avanzamos en silencio en ese mundo maravilloso de lo desconocido, de las calles sin historia que no me remiten a nada personal. Esos rincones están desnudos de emociones, no domino los cruces ni me es familiar el lenguaje de la gente, lo conocido se queda cada vez más lejos. Miro hacia arriba y noto que el cielo es distinto en cada lugar del mundo, nunca he entendido por qué, pero es así.

En cuanto nos acercamos al corazón de Chicago, los edificios aumentan en tamaño y cantidad. Me dejo sorprender por el contraste entre la arquitectura moderna y la que tiene un toque más clásico. De camino al restaurante encontramos una pared de piedras recolectadas en distintas partes del mundo, la gente las toca y se toma fotos con ellas, sonrío al imaginar que tal vez alguien inventó esa historia y que las piedras, en realidad, las trajeron de cualquier lado, menos de donde dicen que son. A los humanos nos encanta darles un significado a las cosas para convertirlos en objetos mágicos.

Pensar que aquello lo tocó Gandhi o fue propiedad de Bono, hace al objeto, cualquiera que este sea, especial.

En la esquina doblamos a la derecha, el restaurante está debajo de un puente en una calle oscura, en la que, de haber ido sola, no me habría metido. Me parece curioso que un lugar de fama internacional tenga una fachada tan común.

Frente a la puerta está la barra del bar, detrás hay un espejo y unos anaqueles donde descansan las botellas en perfecto orden, iluminadas indirectamente por una luz cálida. El barman es un joven alto y bien parecido, vestido con una camisa blanca y un chaleco a rayas en tonos grises.

El área de las mesas ocupa el lado opuesto al bar y están cubiertas por manteles largos, el mosaico del piso es blanco y negro y los muebles son de caoba, los meseros, en su mayoría, son italianos.

Pedimos un Pinot noir, unos calamares al *aglio*, ternera a la pizzaiola y *gnocchis* con salsa de pesto. A medida que la botella de vino se vacía, me siento más relajada, olvido mi cita del día siguiente y logro enfocarme en lo que tengo frente a mí. La comida está deliciosa, la ternera se deshace por lo suave y la salsa de los *gnocchis* está en su punto, perfumada, pero no demasiado.

Me gusta, desde pequeña, armar mis bocados. Combinarlos. Un trozo de carne, un *gnocchi* y luego bañarlo con un poco de salsa, una combinación perfecta, seguida de un sorbo de vino de una copa grande y gorda. La tomo por la mitad sin importarme la regla de etiqueta ni que el vino se caliente o se ensucie la copa.

Bebo un gran sorbo, y mi mirada se posa en Leo, ahí está él, siempre él, desde hace tres años, él.

Compartimos unos profiteroles y tomamos expresos dobles, sambucas y planeamos el resto de la tarde, iremos al club de jazz con más historia de Chicago, pero no al que van los turistas, al otro. Pagamos la cuenta entre risas y nos despedimos del mesero. Le prometemos regresar. Abro la puerta del restaurante, el viento me pega directo en la cara, el vino se ha apoderado no sólo de mi humor, pero también de la sangre que corre por mi cuerpo.

Nos detenemos a unos pasos del establecimiento para que Leo revise el mapa, no entiendo por qué no lo hace desde el celular. Leonardo despliega los tres largos dobleces y malabarea con ellos hasta que lo pone en la dirección correcta.

Caminamos un par de cuadras, finalmente encontramos el club de jazz, hay mucha gente en la entrada. Nos paramos detrás de una pareja que nos comunica que está cantando Victoria Tolstoi. Leonardo me explica emocionado que es una de las intérpretes contemporáneas más importantes. Vamos a entrar, me dice al oído mientras me toma de la mano y se mete entre el tumulto para acercarse a la puerta, una vez ahí, llama al cadenero y le dice en voz baja y con acento hispano exagerado, que esa noche me pedirá matrimonio y que hemos venido desde México expresamente para ver a Victoria. El cadenero lo mira incrédulo. Leo toma mi mano y me quita discretamente el anillo con el símbolo del infinito y se lo muestra al guardián de la puerta. El gorila lo mira, me mira y mira de nuevo el anillo. Abre la cadena sin decir nada y nos deja pasar.

El lugar está forrado de terciopelo color vino. Las paredes tienen textura acolchonada. Las lámparas de cristal de bohemia se antojan demasiado grandes para la altura del techo. La barra del bar es alta y la parte de atrás es de espejo y está lleno de botellas de distintos colores y formas. El barman atiende desde una tarima, lo cual hace que la preparación de los cocteles sea, en sí, un espectáculo.

Nos dan una mesa esquinada y pequeña, me siento emocionada porque el pretexto para entrar al bar fue una propuesta de matrimonio. Mientras nos toman la orden, considero hacer una broma

al respecto, pero no me atrevo.

Las mesas son achaparradas y las sillas anchas y macizas, también están forradas de terciopelo.

De pronto empieza a sonar una melodía que me atrapa, Victoria Tolstoi tiene una voz aguda y melodiosa. Le pregunto a nuestro vecino de mesa por el título de la canción. *Saga of Harrison*. Trato de entender la letra, pero no lo logro, la cadencia habla por sí sola, no necesito saber lo que dicen las palabras.

—¿Estás bien?

—Sí —le respondo a Leo mientras me quito una lágrima con el dorso de la mano.

Busco en mi teléfono la letra de la canción.

Late this night she waits alone,

she tries to forget the truth

the pain is intense

her heart is so sore and bruised

Wishing that the sadness had not come for

its claim so soon,

one life is so short so many things left to say...

Leo me abraza y me da un beso tierno y suave. Me regresa el anillo con el infinito sin decir nada. Me lo pongo de inmediato y me quedo mirándolo. Leonardo se gira para ver a la cantante que está recargada sobre el piano, trae puesto un vestido entallado color verde esmeralda. El pelo rubio, lacio, marcado con unas ondas que la hacen ver como Rita Hayworth. El rostro blanco y los labios pintados de carmín. Tiene una sensualidad inocente y atrevida al mismo tiempo.

—Es un bombón de mujer —dice Leo.

—Ajá —contesto a pesar del vacío que siento cada vez que Leonardo hace comentarios así acerca de otras mujeres. Comentarios, por cierto, recurrentes.

Caminamos de vuelta al hotel, lo tomo del brazo, estoy mareada, bebí de más y eso me hace sentir vulnerable, tengo ganas de llorar.

Leonardo habla, como siempre. No lo escucho, no tengo que prestarle atención, relata una historia que me ha contado miles de veces.

De los techos del hotel cuelgan telas de organza en colores negro y blanco. El piso está hecho de cuadros grandes de los mismos colores. En el bar del hotel toca un grupo en vivo, las mesas están llenas, se ve que la gente se la pasa bien. Nos dirigimos al elevador que tarda demasiado en llegar.

En cuanto entramos al cuarto, Leonardo me abraza y comienza a besarme, me quita la ropa con prisa y luego hace lo mismo con la suya. El cuarto es blanco, lo único gris es la cabecera y la alfombra.

El vino ayuda a que la melodía del club de jazz que sigue rondando mi cabeza, se transforme en deseo. Leonardo sabe qué lugares de mi piel, de mi sombra y de mi luz me llevarán al orgasmo.

Despertamos abrazados entre sábanas blancas, cortinas transparentes y un tapete gris que, después de la noche que pasamos, se siente increíblemente terso.

Me meto a bañar, pues no quiero llegar tarde a la cita con Sawnder White en el museo. Apenas entro en la regadera, siento detrás de mí el cuerpo tibio de Leo que me abraza por la cintura mientras me empuja hacia el interior del chorro. Toma el jabón para pasarlo con delicadeza por mi espalda, luego me recorre esparciendo la espuma por los rincones a los que la noche anterior había llegado con su lengua.

Giro para besarlo, pero me susurra al oído que no lo haga, que en la noche nos desquitaremos. Salgo de la regadera sintiendo un gran júbilo porque nuestra vida íntima es tan intensa como el primer día.

Bajamos a desayunar sin saber que lo que estaba a punto de suceder, daría un giro completo a nuestra relación.

—Mi amor, te mandé una foto por Instagram hace algunas semanas y no me has comentado nada, era genial... —digo mientras le clavo los dientes a un *bagel* con salmón.

—Disculpame, no sé cómo usar esa cosa, enséñame —responde entregándome su teléfono.

Me meto a su Instagram, toco la lupa para escribir mi nombre y seleccionar mis mensajes, de pronto se despliegan un sinnúmero de combinaciones con el nombre de *Isabel Flores*.

Mi sistema nervioso se paraliza, dejo caer el celular sobre la mesa, a pesar de mis deseos por contenerme, la garganta se me seca y siento que no puedo respirar.

—¿Qué te pasa? —pregunta Leonardo sorprendido.

—Esto es lo que me pasa —respondo con un hilo de voz y le muestro la pantalla del celular—. ¿Quién es esta tipa?

—Yo qué sé...

—¿Cómo que tú qué sabes? ¡Tú la buscaste! Aquí aparece el desplegado de combinaciones que hiciste con su nombre —reclamo desesperada pero en voz baja para no hacer una escena—. Hiciste miles de combinaciones de nombres para encontrarla.

—De verdad que no tengo idea de lo que estás hablando.

—No seas mentiroso. ¿Quién es esta *tipa*?

—A ver déjame ver... —dice mientras toma el celular. Se queda mirando la pantalla algunos segundos, seguramente tratando de pensar cómo justificarse—. ¡Ah!, ya sé. ¿Te acuerdas de Martín? El que me vendía varilla... Ella es su asistente. Un día te conté que iba a desayunar con una *chavita* que tenía broncas con su novio, ¿recuerdas?

—Ajá y, ¿qué tienes que estar haciendo buscándola en Instagram?

—La busqué porque está *buenísima* —responde intentando sonar casual—. Es como si tú buscas a Brad Pitt...

—No me vengas con estupideces... Brad Pitt es inalcanzable. Esta es una *niña* que conoces y con la que tienes contacto —digo aguantándome las ganas de llorar.

—Sólo la vi esa vez que fuimos a desayunar. ¡Qué exagerada eres!

Mi cabeza se llena de aire y, como si hubieran abierto las puertas de una presa, empiezan a caerme encima las señales que durante nuestra relación no quise ver. Mi intuición, que había sido muy clara desde el primer día, me decía en voz baja “te lo dije”.

Miro el reloj, apenas me da tiempo de llegar a mi cita en el museo.

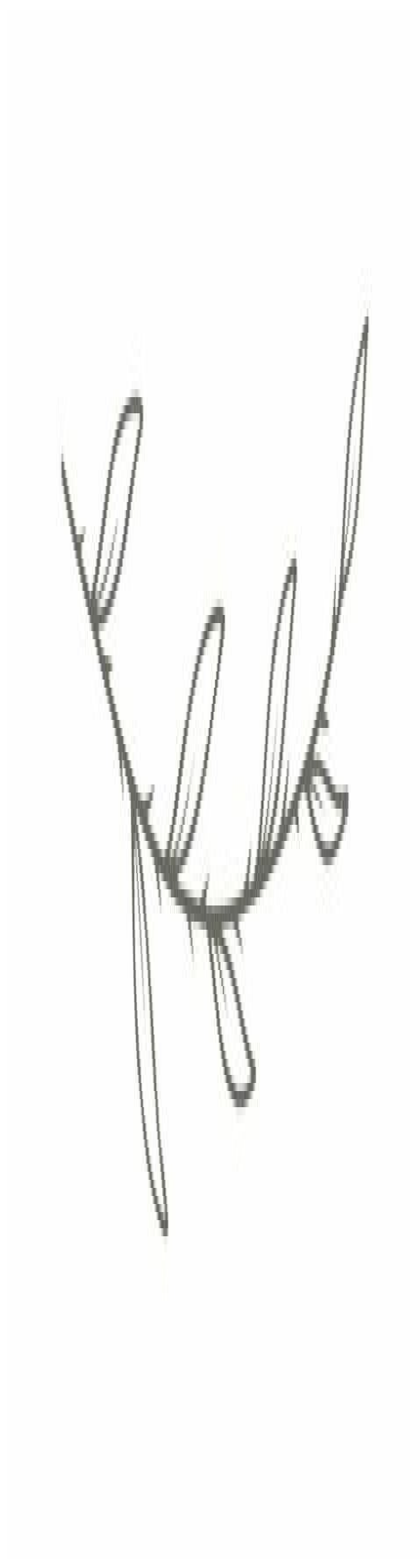
—Me tengo que ir. No quiero que vengas conmigo —susurro mientras me levanto de la mesa. Me voy sin voltear a verlo, sin darle un beso, solamente me voy y él no intenta detenerme.

Camino y tiemblo, estoy sudando frío. Me siento en una banqueta intentando controlar el

mareo. Apoyo la frente sobre mis rodillas. Respiro profundo y me repito como un mantra que voy a estar bien. En mi mochila encuentro una manzana que me como con una gran velocidad para controlar el malestar. Me siento mejor. El sudor se detiene y el mundo deja de girar, otra vez soy yo, otra vez estoy en mi piel y la gente a mi alrededor y las calles cobran su justa dimensión.

Isabel Flores

En la vida de Leo hay otra mujer además de mí. Se habían ido a desayunar hacía algunos meses, claro que lo recuerdo, me pareció extraño, pero no le di mayor importancia.



Me levanto de la banqueta y sigo caminando en dirección al museo, recuerdo las ocasiones en las que Leonardo hablaba de mujeres bellas, no dejaba pasar una oportunidad sin decirme lo que opinaba de la chica que estaba sentada al lado de nosotros en algún restaurante, o de *todas*, sí, *todas* las actrices que salían en cada película que íbamos a ver.

Me hacía saber lo que pensaba del cuerpo de la instructora de la pista de patinaje, de las pasantes que ocupaban la oficina al lado de la suya, incluso no perdía la oportunidad para decirme que su prima era un bombón, me lo repetía cada vez que se encontraban. ¡Su prima!

Mientras camino pienso que Leonardo no había cortado de raíz con ninguna de sus parejas, aún recordaba las bondades que lo habían hecho enamorarse de su primera novia en la universidad. Me parecía extraño que su memoria conservara recuerdos tan coloridos de mujeres a las que no había visto en años. Al final poco importaba la falta de cercanía en el tiempo. Ellas seguían presentes en su vida, y él las convertía en fantasmas que ocupaban un lugar en nuestra cama, en nuestra mesa, en nuestras conversaciones y en nuestra historia. En nuestro departamento vivíamos él, yo... y las mujeres de su vida, en ese orden, casi siempre.

Camino sin sentido intentando seguir un mapa que no entiendo, los momentos con Leonardo me caen en cascada.

Cursando el tercer semestre de la carrera de fotografía, comencé a trabajar como asistente de la directora del instituto. Al graduarme, me contrató de tiempo completo y, pasados algunos meses, me involucré en la organización de las exposiciones de los alumnos y de los artistas extranjeros.

Me sentía completa, adoraba mi trabajo y a mi jefa, que era una mujer moderna y segura de sí misma. Ella me enseñó más de lo necesario para que hiciera bien mi labor porque creía que un equipo fuerte nos llevaría lejos a todos.

Un par de noches a la semana impartía talleres de fotografía de viaje y de la luz como recurso esencial para una impresión artística y de calidad. El temario incluía recorridos por las calles de la Ciudad de México y pueblos aledaños donde nos centrábamos en elementos teóricos y prácticos además de que colaborábamos con ciertas comunidades que nos permitían fotografiarlas y pasar temporadas con ellas para entender su idiosincrasia.

Mi trabajo estaba vivo, lleno de historias y de instantes captados para siempre. La fotografía me enseñó que en un santiamén todo cambia. Solía decirles a mis alumnos que los fotógrafos perseguimos la luz. Es en la luz donde se encuentra la magia que permite eternizar momentos.

Apenas unos meses después de conocernos, Leo comenzó a criticar sutilmente mis actividades, lo hacía en forma de sugerencias, eran juicios velados que aparentaban venir desde un lugar amoroso. Con el paso del tiempo, se dio cuenta de que mi pasión por la fotografía, el altruismo y la docencia, no era una buena combinación para que mis entradas económicas fueran sustanciales, entendió que no estaba cerca de lograr contribuir con el cincuenta por ciento de los gastos en nuestra relación. Las matemáticas eran claras: él se hacía cargo del ochenta por ciento y yo orgullosamente aportaba el veinte restante, nunca pensé que eso fuera a ser un problema, hasta que sugirió que mis ratos libres los podía dedicar a promover mi trabajo y así “mezclar mi

pasión con una carrera económicamente exitosa”. “¿En qué momento te peleaste con el dinero?” “No crees lo suficiente en ti, tus fotografías son geniales”.

Su insistencia por que hiciera algo más por mi carrera, me generó una cierta aversión por la fotografía. Poco a poco mi trabajo se fue haciendo monótono. Las fotos seguían teniendo una gran aceptación, era buena en lo que hacía, pero mi corazón dejó de estar ahí.

Me detengo para preguntarle a un joven si estoy caminando en dirección correcta. Me responde que sí y me indica por dónde seguir, estoy a unos minutos.

Había olvidado que las escaleras del museo están custodiadas por el famoso par de leones. Paso de largo y me formo en la eterna fila para comprar mi entrada, llego a la taquilla y después de pagar, le pregunto al señor dónde quedan los impresionistas. Segundo piso, responde y yo salgo volando dejándole un *thank you* suspendido.

Subo de prisa las escaleras de mármol, me encuentro con una placa que dice *Impressionism* y detrás un pasillo largo con varias entradas a distintas salas, miro mi reloj de nuevo, voy tarde. Asomo la cabeza a una estancia en donde se muestran esculturas de rostros esculpidos por Degas. Nunca los había visto, son espectaculares por lo grotescos, da la impresión de que se mueven, parecen mini-Boteros. Me apresuro a la sala que sigue donde reconozco algunas naturalezas muertas, las atravieso para llegar a un vestíbulo con dos entradas a salones distintos, me meto en el de la derecha y me encuentro con los impresionistas.

Me siento en la banca frente a los cuadros de Pissarro con sus casas pintadas en pasteles, miro de nuevo el reloj. Llego con 20 minutos de retraso, espero que Sawnder no se haya ido al no encontrarme.

Me acerco a un cuadro de bailarinas, se parecen a las de Degas, en principio pensé que eran de él, pero estas son las de Toulouse-Lautrec, podrían ser los fantasmas de las de Degas. Las miro con detenimiento y reparo en lo perverso del cuadro. La primera bailarina tiene al miedo clavado en el rostro, la segunda parece un humano transformándose en espectro y las que siguen, han perdido las facciones por completo. Lo siniestro en los cuadros de Toulouse-Lautrec me fascina, las expresiones diabólicas me estremecen. Parece como si se metiera en el alma a profundidad, como si la maldad despojara en sus cuadros al resto de las cualidades humanas.

Miro el cuadro con menos *cabeza* y entonces se me antoja que todas las bailarinas del cuadro son la misma. La primera está representada en su forma más humana que es como necesita verse para que los mortales la reconozcamos. Las que le siguen, empiezan a girar como si la conciencia se viera obligada a dar la vuelta para desprenderse de quien es y entonces lograra develar su verdadera esencia. Las piernas de las bailarinas son como pinzas que tratan de aferrarse a esta realidad, pero no pueden porque sus pies no las anclan. El verde en el que se pierden se aleja del blanco donde están paradas, que tampoco parece muy estable.

La esquina del cuadro llama mi atención, me acerco para fijarme bien y miro que hay un dejo de tristeza que se le revela al pincel justo antes de abandonar el lienzo, como si fuera un descuido del inconsciente y eso que observo pero que no está, me hace sentir la grieta humana.

Entra al salón un chico que gira la cabeza en todas direcciones, mira su reloj y recorre la sala de nuevo hasta toparse con mi mirada. No trae nada con él.

—Hola, soy Sawnder —se presenta al tiempo que me tiende la mano—. Discúlpame la hora, salí tarde de la universidad.

—No te preocupes —respondo aliviada de que llegara—. Soy Alicia Tarrant.

—Como puedes ver no traje el cofre conmigo —se disculpa mientras intenta recuperar el aliento.

—¿Cómo? ¿Por qué? Ese no fue el acuerdo —digo con voz chillona tratando de contener la rabia.

—Lo sé, discúlpame. Ese cofre es muy importante para mi *granny*, en los últimos años, se ha vuelto una obsesión, casi un motivo de vida para ella...

—¿Por qué no me dijiste que no lo traerías? —lo interrumpo y me dejo caer en la banca. Sawnder se sienta junto a mí.

—No te lo dije para que no cancelaras, lo siento.

—Y, ahora, ¿qué? —reclamo, frustrada.

—*Granny* te quiere conocer para constatar que seas tú a quien debe entregar el paquete. Te invita el sábado a medio día a su casa, yo también estaré ahí.

Dudo antes de responder, de pronto me asaltan las advertencias de Leonardo y de mi hermana Dina. ¿Y si es una emboscada para hacerme algo? Tal vez me quieren secuestrar y pedir rescate, pero, ¿hacerme venir a Chicago para secuestrarme? ¡Qué estupidez! Además...

—Sé que suena raro, no nos conoces —dice el chico adivinando mis pensamientos—, pero te puedo enseñar mi credencial de la universidad, búscanos en internet, no sé... lo siento, pero la única manera para que obtengas el cofre es que te lo dé personalmente mi *granny*, ella está enferma y no puede salir de casa.

—Está bien —respondo con recelo— dame la dirección, los veré el sábado a medio día. Sawnder, ¿por qué es tan valioso el cofre para tu abuela? —pregunto más tranquila.

—Esa caja ha sido custodiada por varias generaciones de mujeres en mi familia. Cuando les tocó a mis abuelos cuidarla, mi *grandpa* se negó a hacerlo, sin averiguar lo que tenía dentro, así que abrió el pequeño baúl y revisó su contenido. En cuanto lo hizo, no dijo más y le hizo saber a mi *granny* que era importante resguardar el cofre y encontrar a sus dueños, los descendientes de tu tatarabuela Carol.

—¡Qué extraño! ¿Sabes algo más?

—No mucho... ¿quieres un café?

Asiento con la cabeza, nos levantamos de la banca y caminamos hacia el centro del edificio. La cafetería está en la planta baja y es de un blanco brillante, miro las paredes, el piso y las mesas, no hay una sola mancha, nada. Me pregunto cómo le hacen para mantener ese color, esa limpieza.

—¿Qué quieres tomar?

—Un latte, por favor —respondo dirigiéndome a la señorita que está detrás del mostrador.

—Yo también —dice Sawnder y saca su cartera, yo hago lo mismo, pero él niega con la cabeza y le entrega un billete a la señorita—. Los últimos años de mi *grandpa* estuvieron dedicados a buscar a tu familia, lástima que no nos contó sus planes, gracias a Facebook me tomó muy poco encontrar a tu familia, tú fuiste la única que respondió... en fin, el caso es que no nos enteramos de la obsesión de mi *grandpa*, hasta que murió. Fue mi *granny* la que nos pidió ayuda.

Tomamos los cafés de la barra y nos dirigimos a una mesa.

—Me pregunto qué habrá dentro del cofre para que haya viajado a través de tantas generaciones y despertara tal curiosidad en tus abuelos —digo mientras nos sentamos.

—No lo sé, pero te aseguro que es una historia interesante, mi *granny* me ha contado poco, pero dice que tus antepasados vivieron el fuego que destruyó Chicago en 1871 y que guardan un doloroso secreto.

Charlamos un poco más de cualquier cosa, pero yo no logro dejar de pensar en lo que me ha dicho Sawnder.

Nos despedimos en las escaleras del museo. Lo miro caminar por la acera y cruzar la calle, hasta que desaparece de mi vista. ¿Cuál será la verdadera historia de la abuela Carol? Me parecía curioso que en casa del abuelo Grant hubiera tantas fotos de sus antepasados y que se la pasara hablando de su historia, sin embargo, me daba la sensación de que cuando se refería a la familia que vivió en Chicago, lo hacía con recelo.

La vibración de mi celular me saca de mis cavilaciones. Es un mensaje de Dina.

¿Cómo te fue con el sicópata?

¿Ya te dio el paquete?

*Hola, hermana. No es un sicópata,
es un chavito que está haciendo
una maestría en psicología y es muy lindo.
No me ha dado el cofre, el sábado
voy a un brunch en casa de su abuela
y ahí me lo dará, pero mencionó
algo muy interesante...*

*¡Tú sí estás de atar! No vayas a casa de
ese tipo, te lo suplico, ahora sí te
secuestran y te matan. ¿No has
visto CSI?*

No le respondo. La histeria de mi hermana es contagiosa y no necesito más ruido en la mente. Camino por el parque que está detrás del museo, miro las flores e intento ordenar la poca información que me dio Sawnder. Mi teléfono vibra de nuevo, seguramente es mi hermana...

Hola, Ali, nos vemos en

Ghirardelli sobre Michigan

Avenue, frente al lago a las 13:00.

El drama de mi familia me había permitido olvidar por un rato mi drama personal. Ghirardelli sobre Michigan está en un segundo piso, desde la calle miro a través de unos grandes ventanales el interior de la tienda. Mi corazón comienza a latir con fuerza. Abro la puerta para percibir olores de cacao, caramelo y vainilla. Las paredes están forradas de piso a techo por chocolates de distintos colores. Una chica se acerca para ofrecermelo uno envuelto en un papel rojo brillante. Lo tomo para abrirlo con delicadeza, lentamente, necesito aplazar la cita que me espera en el segundo piso. Meto el cuadrado entero en mi boca y lo aplasto suavemente, permito que el relleno

líquido invada la totalidad de mis papilas. Cierro los ojos y me quedo en pausa durante algunos segundos, después trago poco a poco, sintiendo la densidad del caramelo pasar por mi garganta y luego por mi pecho.

—¡Hola!

Abro los ojos y veo a Leonardo frente a mí, intento tragar, saludar y respirar al mismo tiempo, situación que provoca una ligera sensación de ahogo. Toso cubriendo mi boca con las manos para evitar salpicarlo.

Se ríe mostrando su dentadura perfecta. Esa dentadura que le ha costado lágrimas y mucho, mucho dinero. En su cumpleaños número 18, un compañero se estrelló en su cara jugando fútbol americano, el golpe fue tan fuerte que lo dejó sin un diente frontal y con una lesión severa en la nariz.

Después de varias operaciones y varios miles de pesos, el dentista le fabricó una dentadura perfecta, falsa, pero perfecta. Como él.

Me toma de la mano para subir las escaleras. Llegamos al piso de arriba y damos una vuelta para encontrar una mesa cerca de la ventana, Leonardo no me suelta y yo me dejo guiar. Nos separan pocos centímetros, lo miro andar con despreocupación, pero con la espalda erguida, pavoneando ese metro noventa, su espalda es ancha y está sostenida por unas piernas atléticas y masculinas.

La única mesa vacía está cerca de un grupo de jóvenes que ríen con soltura. Son cinco chicas, pero por el escándalo que hacen, parecen diez. Están amontonadas alrededor de una pequeña mesa rebosante de helados y bebidas. Me siento en la silla más alejada a ellas, previniendo que esos helados acaben en mi mochila o en mi ropa.

Una chica de playera roja y gorra en el mismo tono se acerca para tomarnos la orden. Leonardo pide una coca de dieta para mí, un *Sundae* de chocolate “para compartir” y un expreso doble cortado para él, con leche light, siempre light, siempre cuidándose. Leo vive atrapado en una vanidad que, al principio de nuestra relación, me parecía sumamente atractiva, pero que con el tiempo se tradujo en un comportamiento obsesivo que esconde la creencia de que nada de lo que hace en su vida, lo hace a la perfección.

Leonardo se vive como un hombre a medias en constante búsqueda por ser de provecho. Más tarde me daría cuenta que esa es su manera de tapar los profundos vacíos existenciales en los que vive. Las exigencias que se autoimpone, en cuestión de ejercicio y alimentación se suman a los miedos que tiene de que el futuro es incierto y terrible y que de alguna manera lo alcanzará. Leonardo tiene un diccionario de tragedias en su bolsillo, no se relaja, está siempre atento para lidiar con la calamidad.

Él cree que su estado es de melancolía, sin duda, es mucho más atractivo un hombre melancólico que uno aterrado. Ese terror disfrazado de tristeza fue el que lo llevó a Mahler, a las valquirias, y a una bola de filósofos como Zizek o Kripke a los que nadie, incluido él, entiende.

Aunque no lo sabe, para Leonardo la confusión es el combustible que lo hace sentir vivo, el drama de lo no resuelto, el análisis del mundo visto desde lo que está roto, podrido, lo que en el fondo cree que no tiene salvación. *Tuitero* asiduo, esa red social se convirtió en un foro para que desahogara la amargura que esconde detrás de su sonrisa falsa y perfecta. Ser parte de dicho grupo virtual le hace sentir que no está solo, pues, en efecto, hay mucha gente enojada ahí afuera. Leonardo sigue a dos tipos de grupos en el *Twitter*, a los disconformes, y a aquellos que

muestran el cuerpo femenino desnudo, so pretexto de ser arte.

Y... entonces, ¿por qué mi obsesión con él? ¿Para qué seguir con un hombre así? Me gustaría definir mi enfermedad tan bien como defino la de él.

El *Sunday* llega y Leonardo le mete la cuchara de inmediato, la mesera sonríe coqueta mientras que él hace ruidos de placer y voltea los ojos exagerando la reacción sin perder de vista a la joven que divertida se retira.

Me advierte que tengo que probar esa delicia, porque si no, se la va a acabar, agarra pedazos de nuez cubierta de caramelo y mientras me acerca la cuchara a la boca, pregunta por mi cita con Sawnder. Le contesto de manera escueta lo que sucedió, sin meterme en detalles.

La mesera nos interrumpe de nuevo para dejar las bebidas en la mesa y Leonardo aprovecha para hacer una de sus bromas, de esas que ni yo ni nadie entiende. Me siento irritada, así que casi sin darle tiempo a la chica para que se aleje, le digo a Leonardo, sin detenerme siquiera a respirar.

—Quiero ver una foto de la *niña*.

—¿De verdad? —pregunta mientras resopla.

—Sí, de verdad...

—¡Uf!, no entiendo por qué te haces eso, Alicia... la borro de Instagram y ya.

—¡No! La quiero ver —repito mientras tomo su teléfono.

Con las manos temblorosas, me meto en el perfil de Leonardo sintiendo en cada célula de mi cuerpo lo denigrante de la situación y el daño que me hago, pero no puedo detenerme.

Isabel Flores... la encuentro... la miro... una foto tras otra, son cientos. Me río entre dientes, mientras las lágrimas caen por mis mejillas.

—No puedo creer que te guste esta chava, no hay ninguna foto en la que no salga enseñando todo, no tiene ninguna clase. Prácticamente sale encuerada...

—Te dije que estaba buena.

—Eres un asco, le llevas por lo menos quince años —reclamo sintiendo cómo cualquier argumento o cualquier cosa que diga, me va a hacer quedar mal—. Sabes lo que quieren estas niñas, ¿no?, agarrarse viejos con dinero.

—Yo no soy un viejo —responde en un tono severo.

—Y tampoco tienes dinero —reviro con ironía.

Nos quedamos en silencio mientras sigo revisando las fotos de *Isabel*. Como si fuera un policía, como si fuera la portadora de la moral. Siento tanto dolor que no sé ni qué decir ni cómo lastimarlo. Agrando las fotos y río con sarcasmo, incrédula ante las elecciones de la *niña* al posar.

—Dame mi teléfono, Ali. Te tengo que decir algo...

—¡Te acostaste con ella!

—Claro que no, esto no tiene nada que ver con Isabel.

—No te atrevas a decir su nombre.

—No voy a seguir discutiendo. Quiero que sepas que últimamente me he sentido muy raro, en general. Triste, como fuera de contacto y no sólo contigo, con mi chamba, con mi familia...

—¿Quieres cortar?

—¡No! —responde Leonardo de inmediato—, bueno creo que no. No sé, Ali. Hay veces en las que pienso que debería de estar un rato solo.

—Eres un cabrón —suspiro entre lágrimas.

Tengo enfrente un enorme *Sunday* de chocolate, una coca de dieta y detrás, afuera de la ventana, el río y un ancho puente. Miro a la gente cruzar, unos lo hacen solos, otros acompañados. Algunos parecen no tener rumbo porque no tienen casa y parecen locos porque le hablan al vacío y no se han bañado y traen puesto todo lo que poseen en la vida.

Miro los edificios y el lago a lo lejos, observo un farol que parpadea hasta que se enciende por completo, su sensor le anuncia que el día se está quedando sin luz, aunque sólo sean las tres de la tarde.

Sin dejar de llorar me levanto de la mesa y camino hacia la salida lentamente.

—¿Adónde vas?

—Lejos de ti.

—¿Te veo en el hotel? ¿Nos vemos en un par de horas para cenar?

—No sé... no sé.

—¿Me mandas un mensaje?

Sigo de largo sin contestarle. Bajo las escaleras de caracol de mármol blanco. Antes de salir de la tienda, le pido a la chica de los chocolates de centro líquido, que me regale otro. La encargada de la canasta me sonríe con empatía femenina, seguramente intuye que mis lágrimas son de un pesar que viene del corazón, y me regala dos. Un pequeño cuadrado envuelto en papel azul metálico y otro en dorado.

Abro la puerta y siento el viento frío sobre la cara. Desenvuelvo el chocolate y lo meto entero en mi boca, sintiendo cómo se mezcla con las lágrimas que tengo atoradas, el dulce líquido pasa rodeando el nudo que tengo atravesado. No lo disfruto.

Siento una mano sobre mi espalda, es Leonardo, pregunta si estoy bien. Me muevo para que me suelte y hago un ademán para que se vaya. No lo hace, entonces soy yo quien echa a andar.

Avanzo unos metros y luego giro, para constatar que Leonardo no me siga. Por supuesto que no lo hace.

Camino sin rumbo, el frío cala cada vez más, me irrita que sea mayo y que el clima esté de mierda.

Pienso en hablarle a Dina, pero me detengo, sé que en el momento en el que mis cercanos sepan lo ocurrido, lo ocurrido se convertirá en realidad.

No quiero buscar un hotel y dormir sola. Mi teléfono vibra. Tengo varios recados de mi hermana y uno de Leonardo.

Te espero en el hotel.

Por favor ven.

Reviso de nuevo el mensaje, anhelo que se haya arrepentido. Vuelvo a recorrer las fotos de Isabel en mi cabeza, el enojo regresa y, contrariamente a lo esperado, regresan también las ganas de él.

Tomo el celular y contesto.

Está bien, voy para allá.

¿No tienes hambre? ¿Dónde andas?

Hay un restaurante de

sushi muy bueno. Está sobre

Lincoln, ¿quieres que nos veamos ahí?

¿Una jarrita de sake caliente?

OK. En una hora.

No entiendo cómo funciona mi mente, esta mente de la que me había costado tanto trabajo apropiarme, parece que las partes de mi cuerpo están desconectadas, lo sensato es dejar a Leonardo y buscar un hotel o regresar a México. Cualquier idea es mejor que seguir cerca de él, pero no encuentro dónde acomodar el dolor ni la congruencia.

Sé lo que debería de hacer. ¿Por qué mi voluntad no sigue a mi razón? Es como si estuviera coexistiendo con un ente que traigo auestas, al que le gusta el dolor y la victimización, esa parte oscura, insegura y destructiva que vive conmigo, es ella la que guarda la esperanza de abrazarlo y que las cosas sean como antes, como la noche en la que me regaló el anillo de infinito, quiero de vuelta los días que pasábamos encerrados en salas de cine viendo películas una detrás de la otra.

Quiero nuestras cenas que terminaban en amaneceres en su casa, donde las persianas azul celeste nos regalaron mañanas que sabían siempre a otoño. Domingos de desayunos con enchiladas de mole en el Azul y Oro, y luego caminar unos pasos para escuchar algún concierto de música clásica en la sala Neza.

Extraño las confesiones que nos hicimos aquella velada en un hotel de tres estrellas en Cuernavaca. Las ventanas no cerraban bien y el viento se movía con violencia, los ruidos de las hojas pegando en contra del vidrio no nos dejaban dormir, así que hablamos de nuestros miedos más profundos, de lo que nos quitaba el descanso cuando afuera no había nada amenazante. Hablamos del terror a la vulnerabilidad de mostrarnos tal cual somos.

Aquella noche, que se convirtió en madrugada y luego en amanecer, nos abrazamos y no lloré solamente yo, él también se confesó y abrazó su fragilidad en las certezas de mi amor.

Hablamos de la muerte y de Dios, ambos temas sin carga emocional para mí. Lo único que pido es que cuando la muerte me encuentre, sea buena y me lleve de inmediato, le decía. Y de Dios, me da igual si existe o no. Si algún día se muestra ante mí, las dudas desaparecerán, y para que eso suceda...

A Leonardo le costaba trabajo comprender esa teoría, sobre todo viniendo de alguien tan analítica como yo. Fue una gran conversación, a él se le bajó la ansiedad en cuanto a la existencia de Dios y a mí me dio un poco de miedo morir sin cuestionármela.

Camino por la ciudad recordando aquella noche y se me antoja creer en Dios solamente para tener a quién reclamarle.

Reparo en las ventanas de los departamentos que tienen las luces encendidas. Envidio las vidas de los que están en sus casas y leen un libro, miran la televisión o cenan en familia. Me pregunto si les duele algo. La gente se ve tan normal desde afuera. Es como si no les pasara nada adentro.

Pienso en Leonardo, en lo que pasaría si nos separáramos, me imagino lo que haría en las noches de viento y de ruidos de árboles, yo ya no estaría más para espantar a los demonios que, a menudo, lo hacen sudar.

Lo veré en un rato, sonrío, soy una imbécil por ilusionarme.

Me meto en el Starbucks frente al *Millenium Park*, están tocando *What is love?*, pido un expreso

doble cortado y me siento en la barra que da hacia la calle. Miro las hortensias color morado y rosa, acomodadas en unas macetas rectangulares pintadas de blanco. Me quito el gorro y los guantes, saco de mi mochila el libro de Federico Traeger: *Cuando todo era para siempre*, y me dispongo a seguir leyendo.

Agradezco que sea el libro de mi amigo Fede el que me acompaña en este viaje en el que mi relación con Leonardo de un “para siempre” se inclina hacia un nunca jamás.

Durante varios minutos me echo un clavado al mundo circense en el que vive la familia Voorman. Un mundo de sicolodelia que me tiene muerta de la risa. Ir de la mano de esa novela me salva de desaparecer en las letras de mi historia de amor que se desdibuja con rapidez.

Las páginas pasan y me calman, me alejan de mí, las peripecias de los personajes no me sueltan, mi cabeza no divaga, hay un león y un complot maquinándose. La historia necesita mi completa atención para que nadie salga lastimado.

Después de un buen rato, miro el reloj, voy tarde, cierro el libro y salgo del café para recorrer las calles con premura, reviso el mapa en mi teléfono y aun así termino en una calle que no es en la que debería de estar. Me detengo en una esquina y abro de nuevo el celular. Luego miro las calles que tengo alrededor, no tiene sentido. Respiro, sé que si me desespero no lograré nada, los minutos siguen pasando y los músculos de mi cuerpo se tensan cada vez más.

Llego al restaurante con media hora de retraso. Abro la puerta y siento ese sudor fresco que sólo se transpira al caminar de prisa en un lugar en el que hace frío. Busco a Leonardo con la mirada, me hace un ademán con la mano. Está en el fondo, sentado en una mesa dentro de un nicho de madera. Al restaurante lo adornan bambúes y plantas frondosas muy verdes, no distingo si son reales o de plástico. Me acerco a la mesa mientras me quito las capas de ropa que traigo encima.

Lo saludo con un beso en la mejilla, el acercamiento es torpe. Mi orgullo no me deja rodear su cuello y besarlo en los labios, que es lo que realmente tengo ganas de hacer.

En el momento en el que me siento, me cuenta lo que hizo las horas en las que estuvimos separados. Se encontró con una exposición de un telescopio que no tenía estructura, no tenía parte superior ni inferior, saca su celular y me muestra las fotos. Me irrita escuchar sus anécdotas. Lo interrumpo para pedirle a la mesera una jarra de sake, y le aclaro a Leonardo que la beberé completa, sin compartirle.

Él hace uno de esos comentarios que le gusta hacer, para sacarle una sonrisa a la chica, ella hace una mueca que parece de agrado y se aleja. Leonardo continúa relatando los orígenes del artista del telescopio y me pide que no me pierda la exposición.

No puedo creer que siga con el tema, yo quiero hablar de nosotros. Quiero escuchar la estúpida historia de ese artista multidisciplinario después de aclarar que seguimos siendo nosotros y que cuando me dice que no me pierda la exposición, se refiere a que iremos juntos y también iremos juntos al museo de arte al día siguiente y que dormiremos abrazados esta noche.

Después de tres cuartos de hora, una jarra y media de sake y tres rollos compartidos, Leonardo sigue hablando, ya no de la expo que vio, sino de una que había visto en Los Ángeles hacía un par de años de otro artista que inventó un espejo que dejaron en la luna para captar el movimiento de no sé qué demonios. El alcohol se apodera de más y más neuronas, me siento bien. Cada vez escucho menos las palabras de Leonardo, por fin, la irritación empieza a ceder.

Mi mirada se va a sus labios y luego a sus dedos y de ahí a su cara de nuevo. Apoyo mi cabeza

entre las manos porque mi cuello no es capaz de sostenerla. Miro esa onda de pelo que se la hace en la frente, luego me detengo en su barba de candado y en su sonrisa. Sus labios se mueven y en mi cabeza la música de fondo del restaurante suena cada vez más fuerte, conozco las letras de las canciones y las tarareo.

Una ligera mueca, parecida a una sonrisa, se dibuja en mi rostro, Leonardo no se da cuenta, Leo no se da cuenta de nada. Mi mente arregla una conversación mágica en la que *mi hombre* - pensar así denota el grado de intoxicación en el que me encuentro- me confiesa que es un idiota y que está arrepentido por ligarse a esa chavita, que jamás ha conocido a nadie como yo. Que regresando a México quiere que nos casemos y que nuestro infinito sí es para siempre. Suelto una carcajada franca.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Leonardo.

—Sí, claro —es lo único que logro contestar arrastrando un poco la última “r”.

—¿Estás borracha?

—Lo suficiente como para pedir la cuenta e irnos al hotel...

El resto de la noche es una montaña rusa, mis sentimientos se van de las carcajadas a las lágrimas en un instante. Hacemos el amor sin decir lo que solíamos decir. Él, porque se está despidiendo, y yo, porque necesito protegerme.

Dormimos en rincones separados de la cama, no sé cuántas horas, supongo que no muchas, pues me despierto con un dolor de cabeza agudo que no es resultado únicamente del sake.

Nos bañamos y vestimos en silencio, Leonardo tampoco se siente bien, tiene ojeras y la cara abotagada. Vamos a desayunar al Beatrix, un restaurante moderno, pequeño y delicioso. Pido un exprés que me cae como aspirina líquida, el dolor de cabeza empieza a ceder. La mesera nos recomienda unos huevos poché sobre empanadas de quínoa y espárragos asados montados sobre un jitomate con reducción de vinagre de arándanos y miel. Leonardo está concentrado en su teléfono contestando correos de la oficina. Agradezco el silencio.

Los platillos llegan calientes, huelen delicioso. Armo el bocado perfecto, me tomo mi tiempo para montar sobre el tenedor un pedazo pequeño de cada uno de los ingredientes en mi plato, en cuanto lo meto a la boca, Leonardo me dice en tono irónico, que su amigo Tony cortó con su novia, “es un pendejo, esa chava es un partidazo”. El bocado perfecto se me atora en la garganta, el resto del desayuno pasa en gris.

Salimos del restaurante y me pregunta si quiero ir al Willis Tower. Muevo la cabeza asintiendo.

Debo de estar loca para querer desperdiciar mi vida con un tipo así. Por otro lado, no ha mencionado nada de la plática del día anterior, tal vez lo analizó y quiere quedarse conmigo. ¡Verdaderamente estoy loca!, pienso con tristeza mientras caminamos, ¿por qué quiero convencerlo de que se quede?

Entramos al edificio, subimos al elevador y hacemos el recorrido, nos tomamos fotos y nos formamos para entrar en el rectángulo en donde el piso es transparente y se ve la calle que está a demasiados metros. Después nos sentamos a tomar una copa de vino que sabe a vinagre, y que sirven en unas horribles copas de plástico. De pronto extraño mi cámara, solía mi inseparable compañera.

—Yo te adoro, siempre te he adorado —empieza a decir Leo— y sé que me voy a arrepentir de mi decisión, pero necesito estar solo un tiempo. Me tengo que recuperar a mí mismo,

reconstruirme.

—¿Solo? ¿Tú? Por favor, cuando cortaste con tu ex no aguantaste ni dos meses... yo sé a quién te vas a echar al plato —digo retirando las lágrimas con una servilleta—. Me estás cortando por la niña *chichona*.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Sí, quieres conquistar a la “asistente” de tu amigo.

—Te estoy diciendo que sólo la vi la vez que fuimos a desayunar con Martín y otros clientes.

—Me dijiste que habían ido solos.

—¡Ah! claro, también esa vez —responde con naturalidad.

—Enséñame tu chat con ella.

—No tengo.

—No te creo, dame tu celular.

—Te estoy diciendo que no tengo chat con ella, Ali, tal vez un par de intercambios sin importancia.

—Eres un mentiroso, lo quiero ver...

Leonardo avienta el teléfono sobre la mesa y alega que no tiene nada que esconder. Tomo el aparato y busco el chat. Introduzco el nombre de Isabel sabiendo que una vez que lo haga, no habrá marcha atrás.

El chat aparece y comienzo a leer, la sangre se agolpa en mis sienes.

Hola, ¿cómo andas?

¿Leíste los libros que te recomendé?

¡Claro, guapo!

Acabo de terminar el de Las edades de Lulú.

Urge comentarlo, tiene unas cosas muuuuuuy interesantes.

El de Zizek ya lo empecé.

Wooow sus ideas de la modernidad son increíbles.

Gracias por las recomendaciones, eres un sol.

—¡Ja! Eres un hijo de puta —digo y el cuerpo entero me tiembla, mi voz se vuelve chillona, aguda, no me reconozco en esta voz ni en este cuerpo ni en esta mujer que lee el chat de su pareja, esta mujer que no soy o que no era—. Le recomendaste *Las edades de Lulú* para que sepa que te la quieres coger y a Zizek para demostrarle que eres inteligente. ¡Eres un cabrón!

—De verdad que sí estás loca. *Las edades de Lulú* es un gran libro...

—Lo leíste hace meses y yo te lo regalé. Acéptalo, lo único peor que un pintacuernos es un pintacuernos que miente cuando lo cachan.

Sigo con la lectura del chat.

Urge, uuuuurge un café.

Me voy a San Francisco con el chavo que

te conté que conocí por Internet,

y estoy muuuuy nerviosa. ¿Cuándo te veo?

Cuando quieras, sabes que

mi horario es muy flexible, bonita.

¿Mañana? ¿Desayunamos?

Besitos.

.....

Hola, ¿cómo estás, hermosa?

Te cuento que me siento triste/feliz.

Estoy pensando en dejarla... ¿Qué opinas?

*Que cuando ya no quieres estar con alguien,
siempre está ese sentimiento agri dulce ¿no?*

De querer tu libertad y al mismo tiempo de pena...

—¿Cómo te atreviste a hablarle de mí? “¿Estoy pensando en dejarla?” Además de cursi, eres un traicionero. Le escribiste a las ocho de la mañana y como no te contestó, le volviste a escribir una hora después para decirle que tenías intenciones de dejarme... te urgía que lo supiera, ¿no? — intento por respirar, pero no puedo, el oxígeno no llega a mis pulmones.

Sigo leyendo impactada por la cercanía que hay entre ambos, por la confianza y las palabras que Leonardo usa al referirse a ella. Encuentro a un hombre distinto en esas conversaciones, lo veo suplicante, desesperado por llamar su atención. Le escribe cada tercer día a las ocho de la mañana en punto. En el extenso chat, ella nunca inicia la conversación. Miro las fechas sin poder creer que mientras él tenía esas conversaciones con la niña, también tenía conversaciones conmigo en las que me decía que me amaba y que nunca había conocido a alguien tan perfecto para él como yo.

*Hola, querido. Te voy a tener que
cancelar, perdón.*

*Me siento fatal, tengo una
gripe terrible. ¿Rain check?*

¡Qué lástima, hermosa!

¿Te llevo un caldito?

.....

*¿Te lo llevo? Me tienes como novio
de pueblo ja, ja. Ya contéstame,
me estás haciendo sufrir.*

Ese es el último mensaje. Me quedo mirando la pantalla “novio de pueblo” ¿vestido y alborotado?, y luego “me estás haciendo sufrir”. Nunca había visto a Leonardo ponerse de pechito por nadie.

—¿Estuviste con ella? —pregunto sintiendo la fractura en el corazón.

—Ya te dije que no.

—No estuviste con ella porque ella no quiso. Si te hubiera dicho que le llevaras el caldo de pollo cuando estaba enferma... —Guardo la cara entre mis manos. Una cadena de electricidad

me recorre y tensa mis músculos. Inhalo con fuerza para compensar el dolor que se cuela profundo.

Leonardo se acerca y me abraza tiernamente.

—No pasó nada entre ella y yo, te lo prometo —lo dice con una voz tan suave que parece honesta.

Me toma del mentón para levantarme el rostro y seca mis lágrimas con una servilleta. Todo a mi alrededor da vueltas. Los ventanales por donde se ve la ciudad, me provocan vértigo. Escondo mi cara en el pecho de Leo y siento deseo, la química no entiende de *chats* ni de traiciones. Es la química del amor que siento por él, a pesar de él.

Me da un beso suave y cálido, de esos que hacen que la realidad, por más insostenible que sea, se olvide.

—Necesito estar solo un tiempo, y eso tiene que ver únicamente conmigo —me dice separando sus labios de los míos.

El lugar se llena cada vez más, llega un grupo grande de gente que inunda el piso, en cuanto entra, se esparce como la humedad, unos se acercan a las ventanas para tomar fotos, otros corren haciendo ruido y otros más, se recargan encima de la gente que está en las mesas, esperando para sentarse en cuanto se desocupe algún sitio.

Los niños gritan en japonés y las madres ríen al escucharlos, son familias completas, abuelos, primos, tíos, cuñadas, sobrinos. Están unidos por la sangre. A mí no me une nada con Leonardo, ya no.

—¿Y, ahora qué? —pregunto más para mí, sin embargo, hago la pregunta en fuerte.

No recibo respuesta.

Los segundos duran demasiado, no necesito que me conteste para saber lo que va a pasar y entonces lloro sin palabras, quiero decir algo, lo que sea, pero mi voz está atorada en la pregunta que acabo de hacer.

De frente tengo los enormes rascacielos, hacia la izquierda se extiende una gran área verde apacible y serena y a la derecha, un lago, que parece mar. Ese lago aparenta ser algo que no es, como mi vida con Leonardo. Miro hacia el horizonte que me presenta un futuro que hasta hace unos días no contemplaba.

Una vida sin él, de pronto, de imprevisto... Miro mi anillo. El infinito dejó de ser.

—Voy a buscar un hotel —digo mientras abandono el banco de la mesa alta que compartimos.

—Son las cuatro de la tarde, ven conmigo, no seas necia, por favor. ¿Qué vas a conseguir a esta hora?

—Ese no es tu problema, te escribo mañana para pasar por mi maleta.

Lo miro y encuentro angustia en su rostro y entonces me siento un poco mejor, todavía le importo. Pero no, algo adentro de mí me dice con rabia que eso no es verdad, que lo que provoca esa expresión en su mirada es la culpa.

Quiero salir de ahí lo más pronto posible, pero la fila para entrar al elevador es eterna. Estoy rodeada por niños que gritan y empujan y yo tengo ganas de empujarlos también y de gritarles. Tengo ganas de comportarme como una niña que quiere justicia, desearía no tener los años que tengo, para perder la conciencia a gusto, perder la compostura y actuar lo que siento. ¡Malditos modales!

No quiero buscar dónde dormir, me gustaría no ser responsable de mí. Me duelen los pies, la

espalda y Leonardo. Creí que estaría detrás de mí suplicándome que me fuera con él. Pero él no es así, nunca me cuidó de verdad, me permitió irme tantas veces como lo propuse. Nunca en nuestra vida juntos me retuvo. Jamás. Y ahora estoy sufriendo las consecuencias de estar con un holograma.

Finalmente toca mi turno para entrar en el elevador, busco una pared, pero están ocupadas y me tengo que ir en el centro del ascensor rodeada de infantes que saltan provocando que el elevador se tambalee. Me contengo para no dejar salir la rabia. En cuanto se abren las puertas entra un viento refrescante, me apuro a salir. Corro hacia la calle y miro hacia arriba para echarle un ojo al eterno edificio que se pierde entre las nubes.

Entro en una cafetería que está en la esquina. Apenas abrir la puerta se siente una oscuridad rancia. Le pido un americano a la chica que me atiende con desgana, se ve tan descolorida como el café que me entrega. Sobre la única mesa disponible hay un par de vasos de cartón rotos y migajas. Limpio usando una servilleta que está sobre la mesa.

Tomo el celular para reservar algún hotel en el centro, pero están carísimos, así que entro en la aplicación de *Airbnb* para buscar algo más barato, dentro del desplegado de opciones se abre una en la que se renta un cuarto en la casa de alguien. Limito la búsqueda. Quiero que sea la casa de una mujer, no sé muy bien por qué, eso no me da seguridad de nada, pero me siento más cómoda así.

Encuentro una habitación en casa de una chica que se llama Nadine. Las fotos dan buena vibra y los comentarios son favorables, antes de ella encontré otros lugares con muy malas evaluaciones. Confío en la veracidad de los comentarios, los buenos y los malos. Le mando un mensaje a la dueña de la casa que contesta de inmediato. En el instante en el que me hacen el cobro a la tarjeta, recibo las indicaciones para entrar en el departamento.

Keys will be right inside the screen door for you in the back door of the apartment. It's the top floor, door on the left. The guest room is right off of the living room. There is a clean towel in the room for you. Closet is available, and there are drawers under the bed. There is a house-trained cat in the apartment as my listing states, and I do request shoes off in the apartment. I work late but will be quiet when I come in. Microwave and fridge may be used as well as the kitchen sink and glasses above for water. When you have a chance, please send me your intended schedule, so I can coordinate the shower with you. Thanks. Nadine²

Leo un poco más del libro de Federico y luego de media hora, salgo del café con la intención de tomar un Uber, pero el wifi no está entrando y otra vez llega esa sensación de desprotección. ¿He olvidado cómo tomar un taxi de la calle? Me recrimino con fuerza. ¡Por Dios! ¡Ahora resulta que me genera conflicto conseguir un mugroso taxi! Estoy furiosa. Tengo ganas de meterme de nuevo al café y mandarle un mensaje de texto Leonardo para decirle que renté un cuarto en casa de un tipo en la peor zona de Chicago. Con ese pensamiento llega la idea de que, en efecto, no revisé el barrio en el que está la casa de Nadine y mi descuido me apachurra el estómago.

Quiero tomar un taxi antes de que se haga más tarde, pero ninguno se detiene, creo que me volví invisible. ¡Maldita ley de Murphy! Yo no creo en esas chingaderas, a mí siempre me va bien, intento disuadirme.

Finalmente, el karma de los amargados se apiada de mí y manda un conductor indio al que no

le entiendo nada. Al mostrarle la dirección en mi teléfono, gruñe diciendo que ese lugar queda muy lejos. Lo que había ahorrado en un cuarto de hotel en el centro lo iba a pagar en transporte. Tomamos el *freeway* y por el espejo retrovisor veo que el hotel *The Drake* se hace cada vez más pequeño, lo sigo con la mirada hasta que desaparece.

Cuarenta y cinco minutos después llegamos al barrio. Se ve lindo, la mayoría de los edificios son de ladrillo rojo, el taxista sigue avanzando y nos alejamos de esos ladrillos rojos para meternos a una colonia en donde veo rejas y anuncios que advierten que están prohibidas las drogas, mala señal, pienso y busco alternativas. Y, ¿si llamo a Leo y le pido que me reciba sólo por esta noche? ¡Imposible! Prefiero pedirle asilo al chofer, antes de aceptar que lo necesito.

El coche se detiene frente a un edificio que parece abandonado, corroboro el número de nuevo en el celular, estoy en el lugar correcto. Las ventanas de uno de los departamentos en la planta baja están rotas, no se ve nada ni nadie adentro. Hay una puerta doble. Me cercioro de que esa sea la dirección y me bajo del auto despidiéndome demasiadas veces del indio, quiero pedirle que se quede conmigo, que espere por lo menos a que encuentre las llaves, pero eso no sucede, en cuanto me bajo del carro, el conductor arranca casi sin permitirme cerrar la puerta.

La casera menciona una rejilla en su mensaje, pero no entiendo bien dónde está la mentada rejilla. Está oscureciendo, miro en todas direcciones, lo último que necesito es que alguien se dé cuenta de lo perdida que estoy. Toco el timbre, sé que Nadine no está, pero aun así tengo que intentarlo. Nada. Busco cerca de las ventanas alguna reja, no la encuentro. Intento llamar por teléfono a mi casera, pero una señorita me dice que la llamada no se puede completar como la marqué, que intente de nuevo.

No quiero distraerme demasiado con el teléfono y convertirme en un blanco fácil. Una persona se acerca, me pego a la pared del edificio para que no me vea. El hombre pasa, me lanza una mirada poco amistosa y sigue de largo.

Asustada, rodeo el edificio para entender que en la parte de atrás hay una escalera de madera que llega hasta el último piso, me alegro y subo de inmediato, en el cuarto piso, me acerco al departamento de la izquierda, y veo la ventana cubierta por la famosa rejilla que deslizo para encontrar detrás la llave del paraíso.

En la entrada están los zapatos de la dueña de la casa, tiene el pie enorme y un gusto de calzado infernal. Miro alrededor, la cocina tiene lo básico, no hay nada fuera de lugar. Yo no podría dejar entrar a mi casa a un completo extraño, por más regulaciones y condiciones que tenga *Airbnb*, la casa de alguien es el cuerpo al desnudo. Se muestra todo de golpe, uno no puede esconderse en su casa. Avanzo unos pasos y me encuentro con el gato blanco que menciona en el anuncio. No se acerca, yo tampoco. Lo saludo con un movimiento de cabeza y paso a su lado esperando que no me salte, se me acerque, me lama, se me embarre o haga lo que sea que hacen los gatos.

Husmeo, pero no demasiado. Encuentro el baño impecable y pequeño, la regadera está cubierta con una cortina que dice *Paris is always a good idea*, en letras doradas y detrás un estampado de la torre Eiffel.

Mi cuarto está al final de un pasillo ancho que termina en un estudio que supongo funciona también como sala, hay un par de adornos y una foto de la que asumo es Nadine con un amigo o novio. No miro más, me siento una intrusa.

Entro al cuarto de visitas y cierro la puerta de inmediato pues el gato blanco y peludo me sigue

sigiloso. La habitación tiene una cama matrimonial con un cobertor color verde botella. Dos hileras de cortinas, las primeras translúcidas y las de encima gruesas, me alegro porque voy a dormir bien. Es extraño no tener equipaje conmigo, no tengo nada, ni mi ropa ni mi pijama ni calzones limpios para mañana, nada.

Al lado de la cama hay una mesita de noche y una lámpara de luz cálida. Enfrente un mueble con algunos libros, uno es un diario de viaje, otro de auto ayuda y el tercero es *Tom Sawyer*. Tengo una manzana en la mochila y no tengo cepillo de dientes. Me como la fruta y luego voy al baño, tomo muy poco de la pasta de dientes de Nadine, la pongo en el dedo índice, de reojo miro el anillo de infinito. Me lavo los dientes como cuando éramos niños y lográbamos convencer a los papás de que nos dejaran dormir en casa de los abuelos o de algún primo, me acuerdo que me encantaban esas noches fuera de casa, ahora no entiendo por qué.

Me lavo la cara con agua y me desmaquillo con papel de baño y jabón, que, por supuesto me entra en los ojos, me echo mucha agua intentando aliviar el ardor, pero no lo logro, mis párpados están demasiado hinchados por el llanto, ni siquiera puedo cerrarlos por completo. Me miro en el espejo, me veo más blanca de lo normal y las manchitas en mi cara están más encendidas. Mi pelo es un desastre. Resoplo y apago la luz para regresar al cuarto. Afuera del baño me espera el peludo vigilante. No entiendo cuál es el atractivo de esos bichos, pienso con enfado.

Entro a la habitación y cierro la puerta con llave asegurándome que el felino quede del otro lado. Suena mi celular, tengo varios mensajes de mi hermana y uno de Nadine, me imagino que está en casa y que me ha visto husmear y usar su pasta de dientes, además de que he hecho caso omiso a su compañero de casa.

Hope your first evening is comfortable.

I'll be working late tonight,

but let me know if you need anything.

I'll be in and out tomorrow.

Me quito los *jeans* y el brasier, me meto dentro de las cobijas y siento alivio, el colchón es firme y estoy sola. Esta noche es mía.

Despierto con hambre. Salgo del cuarto y escucho que Nadine está usando la regadera así que regreso a la habitación y me tiro sobre la cama para esperar mi turno en el baño, aunque en realidad sólo me voy a remojar, noto cuánto necesito un buen chorro de agua caliente sobre mi cuerpo. Tomo uno de los libros que están en el mueble frente a la cama.

Unos minutos después de que la regadera se apaga, se enciende la secadora de pelo, luego se deja de oír, siento la tentación de abrir la puerta del cuarto, pero me contengo y paro la oreja, es curiosa esa expresión, pero, en efecto cuando escuchas con atención da la impresión de que la oreja sí se levanta un poco.

La puerta del baño se abre y siento el crujir de la madera, dejo pasar unos minutos para darle oportunidad a Nadine de volver en caso de haber olvidado algo.

Al cabo de un tiempo prudente, me meto al baño y enciendo la regadera, el chorro del agua tibia cae abundante sobre mi cabeza y espalda. No tengo *shampoo* ni acondicionador. Mi pelo sin acondicionador y sin peine es una desgracia. Miro la gama de cuidado capilar que tiene mi casera y me doy permiso de usarlo. A mí no me molestaría que ella hiciera lo propio, de encontrarse en circunstancias iguales a las mías, y aunque no estoy convencida de usar algo que no me

pertenece sin preguntar, lo hago. Caigo en cuenta de que estoy usando el baño de alguien que no me ha visto, estoy parada en su piso, en su tapete, en medio de sus cosas. El regaderazo aunque lejos de ser perfecto, me cae de maravilla.

De vuelta en la habitación miro mi teléfono que me anuncia que tengo un mensaje.

*Hola, espero que estés bien,
ayer te llamé, pero no contestaste.*

¿Qué vas a hacer hoy?

No tengo ganas de responder, quisiera tener la fortaleza para no hacerlo, pero no puedo.

*Voy a pasar por mis cosas al hotel en
algún momento y no sé qué más voy a hacer.*

Ok, ¿comemos juntos?

O cena, lo que quieras...

No creo...

Está bien, tómate tu tiempo, Ali.

*Acuérdate que tenemos boletos para la sinfónica,
avísame si vas a ir por fa.*

¿Por? Si no voy, ¿vas a invitar a alguien?

Claro que no, ¡qué cosas dices!

*Quiero invitarte a comer antes
del concierto o por unas cervezas después,
lo que quieras.*

Ok.

Busco en el *Google Maps* algún restaurante cercano. Miro las direcciones y trato de memorizarlas, no quiero parecer turista en este barrio.

Salgo del departamento y el viento helado me obliga a ponerme el gorro, la bufanda y los guantes. Es mayo, pienso. ¡Hay que joderse con este intento de primavera! Camino un par de cuadras, miro el nombre de las calles, pero no me ubico, así que saco mi teléfono y me dejo dirigir.

Llego a Magnolia y giro hacia la derecha, avanzo un par de metros y encuentro un pequeño restaurante al otro lado de la calle, es un local sobrio, pintado de blanco y sin demasiados adornos, me meto y camino hacia a la barra para ordenar, en la vitrina se exhiben unos muffins de arándano, hojaldres de chocolate y galletas con nueces. Se me antoja todo tanto, que tengo que tragar saliva. Me llama la atención que no percibo ningún olor.

Después de revisar detenidamente el menú, me decido por unos huevos con tocino y un *latte*. Son huevos sintéticos y tocino de soya, ¿está bien?, pregunta la dependienta. ¡No! Claro que no está bien. ¿A quién se le ocurre hacer algo así? Pregunto por otro platillo, pero la respuesta es similar. Los burritos son de carne de soya, la crema no es crema y el queso tampoco es queso, sólo tienen la apariencia y la consistencia, igual que el lago de Chicago que parece mar pero que no es mar y la perfección de Leo.

Unos minutos después me entrega un platillo que se ve exquisito, estoy hambrienta. Tomo

unos cubiertos hechos de material reciclado, que parece que se van a desintegrar apenas tocarlos, y unos sobres de sal sin sodio y de endulzante hecho a base de coco.

Me siento en una mesa y corto el primer bocado, supongo va a estar delicioso, en vez, el sabor a cartón me provoca ganas de aventarle a la señorita el platillo con todo y sus aditamentos orgánicos y naturistas y largarme a un Mc Donald's. Lástima que ahí lo que venden tampoco es lo que dicen que venden.

Sigo comiendo porque muero de hambre, cada bocado me genera más agresión, los huevos no saben a nada, ni la crema, ni el queso, vamos ni las tortillas integrales. La "comida" sabe a papel, pero no puedo desperdiciar ni dinero ni tiempo y además cuenta de que, cuando como algo que no me gusta, no me satisface.

El vacío después de terminar ese horrible desayuno es peor que el que tenía antes de entrar en el restaurante. Dejo el intento de *latte* en la mesa y me voy sin despedirme de la señorita que me atendió.

Me dirijo a la estación de metro que queda algunas cuabras hacia el norte, a lo lejos un grupo de chicos platican, se empujan y ríen. Quiero evadirlos sin hacerlo de manera obvia, la acera contraria a ellos está en penumbra y me da miedo, pero está vacía, me pongo el gorro de la chamarra y atravieso la calle y luego la oscuridad.

Una señora pasa a mi lado y me dice algo que finjo no escuchar, me sigo de frente. Intento descifrar cómo comprar un boleto para el metro en las complejas máquinas que se encuentran en un nicho apestoso y sucio, pero no lo logro. Un señor uniformado me explica que, si compro una tarjeta por 15 dólares, luego la puedo usar como tarjeta de crédito. Los *gringos* están locos, pienso. No entiendo cómo una tarjeta de metro se puede convertir en una de crédito. Estoy por explicarle que no vivo en Chicago pero me detengo, quiero agilizar el trámite. Compro la tarjeta y subo unas escaleras *grafiteadas*, apresuro el paso.

Finalmente llego al andén y me siento en una banca. Miro la dirección que tengo que tomar para ir al centro. En mi mochila tengo los folletos de "Recorridos para turistas" y el libro de Federico, me decido por lo segundo.

¿Dónde estará Leo? Seguramente salió a correr en la mañana y luego fue a desayunar en el centro y estará por meterse en algún museo. Debe de tener el día planeado. Suspiro.

No tiene amigos, pienso, ¿quién en este mundo no tiene amigos? Yo no habría sobrevivido a las estupideces que he hecho en mi vida sin mis amigos. Son mis cómplices, mi familia, mi conciencia, mi diario, mi carne, mis diablos, mi pasado y mi futuro. Mis amigos lo son todo y Leonardo no tiene ni uno. Ese era uno de los miles de focos rojos que no quise interpretar en su momento.

El metro viene vacío, eso me da la oportunidad de elegir el asiento que quiero, me acomodo en uno que está pegado a la pared. En cada parada el vagón se llena un poco más, hasta que se satura.

El paisaje afuera va cambiando. Al principio lo único que se ven son las escaleras de emergencia en las partes traseras de los edificios, la mayoría son de madera e idénticas entre ellas. Algunos edificios están pintados con grafiti, los que llaman mi atención son unos diseños de plantas que parecen trepar por los tubos, otros son caras que cubren varios pisos. ¿Quién será el artista? ¿Se tendrá que pedir un permiso especial para pintar una cara en un edificio? ¿Autorización de los inquilinos? El grafiti es arte callejero que no pide autorización, sin

embargo, estos no parecen estar hechos con premura en el transcurso de una noche. Pienso cómo se vería mi cara sobre ladrillos.

En una ocasión Leonardo me tomó una foto, yo estaba dentro del coche esperándolo, tenía la mitad del cuerpo fuera pues estaba fumando y no quería que se impregnara el olor en las vestiduras del carro. Leo caminó en mi dirección y tomó una secuencia de varias fotos, hay una que es mi favorita porque se nota el humo que estoy exhalando y que me cubre la cara casi por completo, sin embargo, se logra ver la expresión en mis ojos, recuerdo lo que estaba sintiendo en ese preciso momento, y cuando la revelé, me aseguré de exponer un poco más esa parte de la foto a la luz para que pareciera quemada. Cuando Leonardo tomó la secuencia de fotos, no teníamos prisa, esa es una de las cosas que recuerdo.

Miro las pinturas de las caras sobre los ladrillos y otras cubriendo las escaleras y pienso en el tiempo y en la velocidad de los eventos, lo efímero. Lo que está impreso y lo que descansa sobre un lienzo jamás sentirá prisa, ni desesperación. Una imagen congelada tiene todo el tiempo del mundo para contemplar lo que pasa a su alrededor.

A partir del estadio de los Cubs, el paisaje cambia, los edificios crecen en altura y cercanía. Luego el metro se vuelve subterráneo y ya no se ve nada, entonces me fijo en la gente con la que comparto espacio. Frente a mí está sentada una chica pelirroja, de tez muy blanca, es joven, tendrá unos 26 años. Trae una falda que le llega debajo de la rodilla, botas altas de cuero y una chamarra a tono. El pelo largo le cae con soltura por los hombros. Tiene conectados unos audífonos y la cara metida en el celular, no he podido ver sus facciones, así que las trato de adivinar. El tipo que está sentado junto a ella tiene un poco de sobrepeso, no mucho, sin embargo, le queda incómodo el asiento del metro y la ropa que eligió. La camisa está a punto de disparar uno de los botones a la altura del vientre y el moño —trae moño— no lo deja respirar con libertad. Lleva una gabardina a cuadros y un bigote tupido y negro, como su cabello, también está perdido en el celular. Lo miro bien y sonrío, parece un personaje salido de una película de Harry Potter. En la siguiente parada se sube un señor delgado y alto, se sienta junto a la chica pelirroja, que no se percata. El señor tiene aspecto desaliñado, trae pantalones de vestir, sudadera de alguna universidad y encima una chamarra de piel café. Un gorro desgastado y las uñas sucias y largas. En cuanto se acomoda en el asiento, saca un periódico de la bolsa interna de su chamarra, y comienza a llenar un crucigrama. En la mano derecha en el dedo anular lleva un aparatoso anillo dorado. No sé por qué, pero casi podría asegurar que no carga celular.

Más adelante se sube un chico que tiene el pelo largo y muy lacio amarrado en un chongo en la coronilla, de facciones orientales, vestido impecable, pantalones negros, camisa blanquísima y una chaqueta color gris rata. Carga una bolsa de Dunkin' Donuts, lo curioso es que cuando abre la bolsa, le veo las uñas, las tiene negras, como si trabajara directamente en la tierra. Entre las piernas detiene un maletín para computadora y pienso que dentro no hay una computadora. Qué ganas de bajarme donde se baje y seguirlo... descarto la idea.

Prefiero quedarme con la vida secreta que he imaginado para este joven y no desencantarme al descubrir que trabaja como garrotero en un restaurante italiano. Eso explicaría el pantalón de vestir, la camisa impecable y las uñas sucias, seguramente dejó la universidad porque no le alcanzó para pagar la colegiatura y tuvo que vender su computadora, de ahí el maletín sin computadora.

Me bajo en Clark y camino en dirección al río, a la mitad de un puente me detengo y me

recargo sobre el barandal. Subo la mirada y veo un espectacular que dice *Where is your attention?* Enfoco la mirada para ver si dice algo más, pero el anuncio cambia para mostrar la cara de un bebé embadurnado de papilla.

Encuentro un *Nordstrom Rack* y me meto para comprar ropa interior y calcetines, no tengo ganas de ir por mi maleta y ver a Leonardo.

Camino al lado del lago, respiro el aire fresco y miro los árboles pintados de rojo. El pasto que empieza a tomar un color verde intenso después de los largos meses de invierno y los tulipanes de colores que le dan un tono de vida al gris de las nubes que opacan el cielo.

Al llegar al *Institute of Design* siento la tentación de entrar a la tienda de *souvenirs* antes de comprar mi boleto, pero no lo hago. Suelo perderme horas entre los cuadernos y las postales. Elijo ver los cuadros en su versión original.

Llego al segundo piso por las escaleras de mármol, guardo el mapa y me dispongo a confundirme entre esos colores que normalmente provocan que mi respiración se acelere. Me gusta desaparecer en las ansias, anhelos y sueños de los artistas.

Miro el reloj, el único lugar en el mundo en el que se me hace tarde es en los museos, es como si ahí dentro el tiempo se alterara. Me pregunto si realmente el tiempo es objetivo. Detengo el pensamiento y escucho... silencio. Los museos están en silencio, los guardias de las salas no permiten que el tono de voz suba y yo siento que puedo descansar del ruido que provoca el caos de la vida. El silencio es el que detiene al tiempo, pienso mientras avanzo entre las piezas.

Miro de nuevo mi reloj que me advierte que si no me apresuro, no tendré oportunidad de pasar por la sala de los dioses hindúes y con ese pensamiento el silencio se rompe. Odio la prisa, es como la inercia, se sigue, no tiene freno. Calmarla o explicarle que no siempre tiene que estar activa, no es cosa fácil, sobre todo cuando la educación ha llegado junto con ella. Recuerdo que desde pequeñas mi hermana y yo debíamos comer con prisa, bañarnos con prisa, lavarnos los dientes con prisa y dormir con prisa, como si detenerse en las acciones diarias fuera de mala educación, hacer esperar no era bien visto en mi casa.

Un día encontré una guarida en la sala: entre el ventanal y la parte posterior del sillón gris había un hueco que usaba para esconderme del reloj de mi madre, pasaba horas leyendo una y otra vez *La piel de zapa* de Balzac, rezaba para que no desapareciera, era mi bálsamo, mientras la piel de zapa existiera, habría un lugar en el mundo para mis sueños.

Bajo las escaleras de dos en dos y busco desesperadamente la sala de los dioses hindúes. Se me cruza una muestra de armaduras del siglo XVIII y otra con cuadros de santos y familias reales, sigo de frente, abro una cortina roja y ahí están desplegados frente a mí hileras de esculturas de dioses de diferentes tamaños, en su mayoría hechos de bronce o piedra.

Camino entre deidades, hasta encontrar a Ganesha con su cabeza de elefante, el removedor de obstáculos. ¿Se habrá ganado ese título al perder la cabeza por defender a su madre? Hago una nota mental para investigar más a fondo su historia. A su derecha está Lakshmi y sus dos pares de brazos, lo que podrá atrapar esa diosa con tantas manos. Avanzo y me encuentro con Shiva que me mira altivo, su silueta se mueve en todas direcciones y sus extremidades como tentáculos me confunden, no sé si van de derecha a izquierda o de arriba hacia abajo, me imagino los movimientos que hace para generar la destrucción absoluta, como si fuera un ventilador de fuego. ¡Ja! Lo que yo haría si tuviera sus poderes. Si no haces caso a las señales del universo, dice mi hermana, entonces el universo te mandará señales más contundentes, de esas enormes

que no puedes dejar de ver, como un incendio o algo así.

Doy unas vueltas, me detengo de nuevo delante de otra representación del dios Shiva y entiendo la fascinación que tenemos ciertas personas por el drama, por los sentimientos que arrasan con todo, que destruyen y no dejan nada con vida, como si así se pudiera empezar de cero. La gente como yo, con imaginación y tendencia a eternizar historias, nunca empezamos de cero. Salgo del museo con la sensación de que estoy dejando algo ahí dentro, pero me tengo que ir. Tomo un taxi y le doy la dirección de la abuela de Sawnder, mientras el carro avanza, me dedico a mirar por la ventana, llegaré tarde, pienso nerviosa, la pierna me tiembla, me pregunto si el lugar está lejos. Le pregunto al chofer pero me responde algo que no entiendo, le doy las gracias y guardo silencio. Nos alejamos del centro, cruzamos un puente, pasamos por calles con tiendas mexicanas, luego nos metemos por una vía estrecha que me recuerda caminos europeos. Se detiene indicándome el edificio con el número 18. Es un barrio hípster, lleno de jóvenes y restaurantes de comida tailandesa, vietnamita, sushi, tiendas de muebles y de ropa *vintage*.

Me acerco a la entrada del edificio y toco el interfono. *Come in*, se escucha. Abro la puerta con esfuerzo, está hecha de madera sólida, pasando esa puerta hay otra más ligera. Me gustan las construcciones que resguardan a las personas de los terribles fríos invernales y del viento. Una vez que estoy entre las dos puertas el viento se deja de escuchar y de sentir sobre la piel. Me detengo un instante para percatarme de que la sangre me pulsa en las mejillas y en la cabeza. Me quito el gorro mientras camino y subo las escaleras de madera cubiertas por un tapete verde oscuro. Me gustan los edificios que tienen tapete en el área de las escaleras, me da una sensación de calidez, de llegar a casa desde que se abre la puerta de la calle. Las paredes están pintadas de gris y en el centro está el cubo del elevador, es un edificio con personalidad. Llego al departamento 103 y encuentro la puerta entreabierta. La termino de abrir mientras digo *hello*. Hola, responde Sawnder, acercándose, me invita a pasar y a que me siente en lo que él va a buscar a su *granny*.

El departamento es pequeño, pero acogedor, la sala consta de tres piezas y está tapizada de color vino, en el centro hay una mesita con un gran florero y al lado un trinchador con tantas fotos que no se logra ver la superficie. Típico, pienso, en los departamentos de la gente mayor siempre hay muchas fotos, mucha gente, mucha historia, mucho tiempo libre, y poca memoria.

El comedor es circular, de madera, y está lleno de comida que se ve deliciosa: en el centro hay una fuente de frutos rojos, moras y uvas. En platos más pequeños, todos con el mismo patrón, hay salmón ahumado, queso crema, alcaparras, *bagels*, una jarra de café y otra de té y tres tazas con sus platos. Parece una mesa de cuento de hadas o de cuando jugaba a las comiditas con mis muñecas.

Hello... escucho una voz melodiosa. La abuela de Sawnder es una señora demasiado alta para su edad, al parecer su columna no ha cedido a tantos años de vivir bajo la ley de la gravedad. Cuando me acerco para saludarla, noto un cambio en su semblante, de pronto se ve más pálida, emite una exclamación y me da un abrazo. Sin decir nada más, me invita a que me siente y luego me pide que me sirva lo que quiera, que le da mucho gusto tenerme en su casa.

Quiero preguntarle muchas cosas, quiero ver el cofre, pero entiendo que la mujer necesita tiempo para procesar lo que sea que la alteró cuando me vio.

Sawnder le acerca unas moras, ella se las come despacio y el color regresa a sus mejillas.

—Claro que eres tú —dice de pronto— sírvete lo que quieras y en cuanto terminemos de

comer, te daré lo que, obviamente, te pertenece.

No entiendo por qué está tan segura de que soy yo la persona adecuada. En unos momentos más me quedaría claro el motivo de su certeza.

Siento la garganta seca y el estómago cerrado, pero no quiero desairar a la mujer, así que me sirvo un poco de salmón, fruta y un *bagel*. *Granny* me pregunta lo que he hecho y si me gusta Chicago, mientras respondo, la abuela me mira como tratando adivinar algo, dejo de hablar y le sonrío en un intento por disimular mis ansias.

—*Sandy, the box, please, sweetheart* —le dice la señora a su nieto sin quitarme la vista de encima.

Sawnder se levanta de la mesa y desaparece por el pasillo, después de unos momentos, sale del cuarto del fondo con un cofre de madera pintado de verde claro. Lo deposita sobre la mesa frente a su abuela. La atención está puesta en mí. La señora me pide mi identificación, se disculpa porque sabe que obviamente soy descendiente de Carol Waltrus, pero no puede correr riesgos. Me llama la atención el apellido que usa cuando se refiere a mi tatarabuela, no lo había escuchado jamás.

Le entrego mi credencial y, a cambio, me da una llave. Me siento obligada a abrir el baúl ahí mismo. La abuela me confiesa que su difunto marido y ella han visto parte del contenido, *you know dear, we couldn't take the risk to have something dangerous in our home*, se disculpa. Sin embargo, me promete que no ha leído los diarios.

¿Diarios?

Meto la llave con nerviosismo en la chapa y abro el candado, luego la tapa. Hay un montón de fotos enlazadas con un listón rojo, otros montones más pequeños con boletos de tren, de cine y papelitos sueltos con leyendas, recortes de periódicos y debajo una pila de diarios, y más cosas que no logro identificar.

—*Look at this picture. It is the only one of your great great grandfather, you look just like him* —me dice la señora entusiasmada.

Me muestra la foto y noto de inmediato el parecido. La confusión llega en forma de un mareo que no puedo contener. Había visto fotos de mi familia, de mi abuelo Tom, que estaba casado con Carol, sin embargo, Tom no es el hombre que sale en la foto posando junto a mi tatarabuela. ¿Por qué me parezco tanto a este señor?

Sawnder ve mi expresión y me salva de dar explicaciones para las que no estoy preparada, me disculpa con su abuela para que me pueda ir. Me dirijo a la *granny* y le agradezco haber cuidado del cofre, ella toma mis manos entre las suyas y me mira con ternura. Acaricia mi mejilla y me dice que voy a encontrar cosas muy fuertes dentro, que me tome el tiempo necesario para descubrir el contenido y que recuerde que las coincidencias no existen. Que la historia de tu familia te sirva de algo, querida Alicia, me dice en voz baja. Le doy un abrazo, me despido de Sawnder, y salgo del departamento. Bajo las escaleras en modo automático, salgo del edificio, siento el viento frío y me meto al café que está cruzando la calle, es un lugar acogedor, tiene mesas sobre la banqueta y cada silla está pintada con distintos motivos de naturaleza. Apenas entrar en el local, el piso trueno, es de madera sin pulir y los tablones están disparejos. Las paredes cubiertas por libreros de piso a techo me invitan a inhalar. Además de ejemplares antiguos en pasta dura, hay piezas curiosas descansando en las repisas. Un juego de tazas de té

demasiado pequeño para mi humor, botellitas de distintos colores cerradas con corchos, y demás miniaturas.

Pido un café americano y me siento en una mesa, el mareo no cesa, mi mente me arroja las frases de la *granny*, nada tiene sentido. Abro el cofre y miro que hay cartas, diarios, fotos, recortes de periódicos, notas y boletos. Tomo la foto de la abuela Carol con el desconocido.

Tiene una inscripción detrás que dice Carol & Lewis, 1867. Ambos están muy elegantes. Ella trae un vestido y guantes que le cubren la mayor parte del brazo, el pelo recogido en un chongo, adornado con un par de perlas y un maquillaje discreto, por lo que alcanzo a distinguir, porque la foto es en blanco y negro. Él trae un frac y en la mano sostiene un sombrero de copa, detrás se ve una casa antigua. Los rasgos de Lewis son idénticos a los míos, no entiendo el parecido, miro a Carol y pienso que tal vez tuvo un amorío con ese señor. El pensamiento provoca que el piso debajo de mis pies desaparezca, se me duermen las manos y el mentón, mi alrededor gira con fuerza. A pesar de estar sentada, siento que caigo y que las paredes se me vienen encima. Los comensales parecen estar muy lejos y casi no escucho voces ni la música del establecimiento.

La chica me trae el café y me indica el mueble en donde están los condimentos, asiento con la cabeza sin lograr emitir palabra. Respiro, cierro los ojos y después de algunos minutos estoy mejor. Cuando logro recuperarme, tomo el montón de diarios, intento deshacer el nudo que los une, pero en mi urgencia lo aprieto más. Manipulo las libretas para sacarlas de otra forma, pero corro el riesgo de romperlas. Me levanto ofuscada y le pido a la chica unas tijeras, *sure, one second please*, me responde *p a u s a d a m e n t e*. Busca en un cajón, nada, abre el de abajo, nada, me mira y sonríe, yo le devuelvo una sonrisa acartonada, tengo ganas de saltar detrás del mostrador y buscar las tijeras yo misma. Después de algunos segundos que mi cuerpo registra como eternidades, aparecen las mentadas tijeras, las tomo controlándome para no arrebatárselas y libero los diarios. Mientras camino de vuelta a la mesa, abro uno, la primera hoja tiene fecha de junio de 1866, le doy un sorbo a mi café y me dispongo a leer. Mi teléfono vibra.

¡Hola! ¿Ya te entregó el paquete el gringo?

Ya, hermana. Luego te cuento.

Ok. Ali, necesito que me mandes el archivo con las fotos que tomaste en Alaska el año pasado.

Creo que vendí la serie completa.

Si lo logramos, por fin podrás dejar tu trabajo en el instituto y dedicarte a lo que se te dé la gana.

¡Felicidades, hermana!

Márcame cuando puedas por favor.

¡Qué maravilla, Dina! Te mando el archivo en un momento.

Le contesto a mi hermana de forma automática, y me dispongo a encontrar las respuestas a las miles de preguntas que revolotean en mi mente. Mientras sacudo los papeles, se cae una carta que está metida entre las hojas del diario.

Querida Jane,

Te necesito pedir un favor muy grande. En cuanto me vaya de Chicago quiero que quemes el contenido del cofre, adentro encontrarás retazos de mi vida con Lewis. Fotos, boletos, notas y mis diarios. No tiene sentido guardarlos, no los quiero conmigo y no deseo seguir escribiendo. Esta vida dejó de tener sentido una vez que me enteré de cómo murió el amor de mi vida. Te pido que quemes el contenido sin miramientos. Todo. No dejes rastro, por favor. Yo intenté hacerlo, pero no pude, hay demasiadas heridas abiertas en cada letra, en cada foto, en cada cosa que he guardado con recelo.

Seguiremos en contacto, les avisaré cuando estemos instaladas en Florida para seguir con nuestras causas,

Gracias de antemano, siempre y por todo,

Tu amiga que te quiere,

Carol Waltrus

Mi curiosidad crece tan rápido como la confusión y el mareo, creo que voy a vomitar. Guardo la carta en mi mochila, vuelvo a respirar y abro el primer diario.

junio, 1866

Papá sigue insistiendo en que salga con chicos, dice que estoy en edad de buscar marido. La realidad es que no tengo interés en ninguno de mis pretendientes, mis hermanos me dicen que soy rara, ellos quieren que salga con su amigo Tom, me insisten todo el tiempo, pero yo no quiero... ¿Por qué no seré como las demás jóvenes de mi edad? Mis compañeras de clase están felices de salir con chicos, fantasean con sus vestidos de novias y con el montón de hijos que van a tener. Yo no siento nada cuando pienso en matrimonio o en hijos, pero no puedo llevarle la contra a papá, así que hoy salí con Lewis por segunda ocasión.

Fuimos a dar una vuelta al Coliseum Park con mis hermanos y con su amigo Tom, y como siempre, se entretuvieron hablando con unas muchachas. Lewis aprovechó la oportunidad para darme un regalo. No supe si abrirlo frente a él o no, nunca sé cómo reaccionar ante esas situaciones. Lo que se debe de hacer, irremediablemente, lo hago mal. No me emocioné mucho con el regalo pues pensé que sería lo típico. Alguna joya, abanicos, que no sé ni cómo usar, o chocolates. Los chocolates sí me gustan, las joyas y los abanicos, no.

Pienso que si mamá no hubiera muerto hace tantos años me gustarían las joyas, llenarme de adornos y tener olanes en los vestidos.

¡Qué lata! Odio los vestidos con sus capas y capas de fondos, medias y corsés, no hay nada más incómodo que eso, cada vez que me tengo que poner uno, me imagino que me estoy metiendo en una de las mallas como las que usan mis hermanos en la fábrica para guardar salchichas. ¿Por qué mis hermanos no tienen que usar esas cosas? ¿Por qué no tienen que usar maquillajes? Ellos son mucho más feos que yo y no esconden su cara ni su cuerpo ni tienen que hacerse peinados ridículos como los que usamos las mujeres.

Así que salí con Lewis, a mi papá le gusta ese joven, dice que es de buena familia y que con él aprenderé buenos modales. Tampoco entiendo para qué sirven los modales.

Cuando Lewis me dio el regalo, se dio cuenta que no tenía idea de qué hacer con él, así que me pidió que lo abriera. Era un libro, mi cara se iluminó hasta que descubrí a la autora, Geraldine Fleming, intenté ocultar mi decepción, pero no lo hice muy bien. Lewis se puso nervioso y me dijo que pensó que me gustaría ese libro porque la primera vez que nos vimos me preguntó que qué era lo que más disfrutaba hacer y yo le respondí que leer.

El resto de la cita fue incómoda, se me quitaron las ganas de hablar y Lewis no supo qué hacer con mi silencio. Geraldine Fleming... ¿es que las mujeres únicamente saben escribir historias de amor y de matrimonio? Si yo escribiera, escogería una historia como la del libro de la ballena que me encontré en la biblioteca de papá. Aún recuerdo la furia que le entró cuando me vio leyendo esa novela, su reacción sigue siendo incomprensible para mí. Hasta donde entendí, era la historia de un señor cazando ballenas, sólo eso. Pensar en una aventura así, me entusiasma mucho más que el matrimonio.

Levanto la mirada, el cielo se nubla, tomo otro diario al azar para abrirlo por la mitad.

abril, 1867

Me preocupan los ataques de tos de Lewis, me da la impresión de que se ahoga, él dice que está acostumbrado, sufre esos ataques desde niño, yo miro cómo se le transforma el rostro, se pone rojo y parece que en cualquier momento dejará de respirar.

Cierro ese diario y tomo otro. Lo abro en la primera hoja, mi corazón está acelerado.

junio, 1867

Me encanta cuando Lewis me cuenta la historia de sus abuelos. Hoy me relató cómo empezó el negocio familiar. Nunca pensé que hacer sombreros fuera tan preciso, tan complejo y que pudiera despertar pasión hacerlos. Cuando Lewis habla de sombreros, los detalla como si se tratara de algo exquisito. Me parece increíble lo diferente que resulta el negocio de la familia de Lewis y el de la mía. Mis hermanos y mi papá siempre huelen a sangre y en la mesa se cuentan historias terroríficas. Justo hoy llegaron emocionados porque en la fábrica en la que trabajan, están por comprar una máquina donde ponen al cerdo vivo, luego la hacen girar para desmembrar al pobre animal, usar todas sus partes y venderlas. ¿Por qué tiene que estar vivo el pobre animal?, pregunté y mis hermanos y mi papá rieron, repetí la pregunta, pues no vi la gracia y me respondieron que si matan al animal de otra forma, la carne se pone dura. Mi hermano el mayor, imitó el sonido que hacen los pobres puercos mientras mueren, reaccioné defensiva diciéndole que me gustaría que fuera a él a quien pusieran en la máquina a ver si le daba tanta risa. Inmediatamente me di cuenta de que había ido demasiado lejos, mi papá me mandó a mi cuarto. Me levanté de la mesa y mientras caminaba, mi hermano me gritó que no debía compadecerme de esos animales, que hasta antes de su muerte los cerdos vivían como

reyes, que incluso bebían agua más limpia de la que bebíamos nosotros. Sentí rabia al escuchar esa tontería y azoté la puerta con fuerza. Mis hermanos son unos brutos.

En esta ciudad no se le trata bien a nadie, ni a la gente ni a los animales, por eso mi papá me tiene bajo estricta vigilancia. Una vez lo escuché decir que a Chicago sólo vienen los que ya no tienen nada qué perder... en fin. Esta noche no cené nada, me dio igual que me mandaran a mi habitación sin haber probado alimento, estoy harta de la comida que se prepara acá, lo único que comemos es carne de cerdo. Me pregunto cómo sería vivir fuera de este lugar. Imagino la casa de Lewis llena de sombreros, seguramente no se come como en la mía y podría jurar que no huele tan mal...

Cierro el diario y lo apilo junto al resto, luego paso el listón y hago un nudo para meterlos en el cofre. Tomo un boleto, es grande, dice algo de un circo, aunque están desdibujadas la mayoría de las letras y las impresiones. En el fondo del baúl encuentro un papel quemado en las esquinas por el tiempo y la humedad, parece ser un certificado, la letra está demasiado estilizada y no logro entender lo que dice. Cierro el cofre. La vibración del celular me hace volver.

Ali, no te olvides de mandarme la serie de Alaska.

No se me olvida, hermana...

Antes de abandonar el café, me fijo en la línea del metro que tengo que tomar para llegar a casa de Nadine. La repito sin cesar como un mantra para no olvidar adónde voy. Me levanto de la silla despacio y recojo mis cosas. Afuera está oscureciendo y no tengo ganas de salir del metro de noche.

Camino con frío e incertidumbre. ¿Quién es Lewis? ¿Por qué nadie habló nunca de él? Bajo las escaleras al tiempo que se detiene el vagón que debo tomar. En cuanto se abren las puertas, la gente sale como escupida del interior. Me apresuro y entro empujada por la multitud casi sin tocar el piso, una vez adentro, la aglomeración humana se distribuye, estoy en el pasillo, el cofre es demasiado grande como para que pueda sostenerlo con una mano y tomar el tubo para detenerme con la otra. Acomodo la caja entre mis pies apretándola con fuerza.

Después de 30 minutos y varias paradas, el vagón comienza a vaciarse y aprovecho para sentarme. Afuera la oscuridad se apodera con rapidez de las nubes brillantes, provocándome una incómoda ansiedad en la boca del estómago. Esa sensación memorable es una vieja compañera que se resiste a abandonar mi cuerpo. ¿Será posible dejar de luchar y coexistir con ese nudo que vive cuasi permanentemente en mi interior? ¿Y si ya es parte de mí? ¿La gente nacerá con ansiedad?

Me bajo en Wilson, salgo de prisa, hace frío y el andén está desolado. Me apresuro a bajar las escaleras escuchando ruidos que asumo son de algún asaltante, giro intentando no ser demasiado obvia, pero no puedo, el terror se permea como la humedad.

Camino por las calles viendo sombras que descubro son de los árboles. Recuerdo que traigo el cofre conmigo y el miedo se convierte en pánico, si alguien se lleva el cofre... veo el edificio de Nadine a unos cuantos metros y me apresuro aún más. Doy la vuelta en la esquina para cruzar por el estacionamiento y subir por la parte trasera. Llego a las escaleras de madera y las subo de dos en dos, intento meter la llave sin lograrlo en el primer intento, mis manos tiemblan tanto, que no atino a enfocar. La puerta se abre por dentro, es Nadine, este es nuestro primer encuentro.

—*Hi, come on in. Are you ok?*

—*No...* —respondo mientras me meto a la casa.

En cuanto Nadine cierra la puerta detrás de mí, me ahogo en llanto. La mujer no sabe qué hacer ni qué decir, jamás me ha visto. Seguro que en ese momento se arrepintió por no haber sido más precavida, y asegurarse de no haberle rentado el cuarto a una loca.

—*Sorry* —me disculpo entre sollozos.

—*Don't worry, listen, I am going out with some friends to a play, do you want to come?*
—dice mientras mira el reloj.

—*No, thanks.*

—*Come on. It is a performance in a mansion by the lake. I cannot leave you here like this.*

Claro, soy un desastre y supongo que Nadine prefiere tenerme cerca y regresar a una casa íntegra. Tal vez quiere conocerme y ver cuál es mi estatus mental, antes de dejar su departamento a mi merced. Yo haría lo mismo. No, yo no rentaría mi casa, para empezar. Lo pienso unos instantes, no compré nada para cenar y no tengo mis cosas conmigo.

—*I will go* —contesto avergonzada.

—*Great, I'll wait if you want to change clothes.*

—*Ok, thank you so much.*

Camino al cuarto sintiéndome completamente estúpida. Cierro la puerta de la habitación y saco de mi mochila la playera, la ropa interior y los calcetines que compré en la mañana, le quito las etiquetas y me cambio. Se siente bien ponerme algo limpio. Trato de apresurarme, pero el ritmo que trae mi cuerpo no quiere alcanzar la prisa de mi casera. Escondo el cofre en el closet y le echo una última mirada imaginando las historias que guarda...

Bajamos las escaleras con premura. Nadine es una mujer de unos 36 años, delgada, alta, con unos pies demasiado anchos para su complexión. El pelo lo tiene recogido en una apretada cola de caballo. Es muy blanca y usa maquillaje en tonos rosados que acentúan el color de su piel. Su expresión es seria, parece que al hablar conmigo acerca del clima, está cerrando un contrato importantísimo de trabajo. Usa las manos con parsimonia, con calma, con movimientos que parecen estudiados. Si no fuera tan rígida, se podría decir que es atractiva.

En el Uber que nos recoge viene un amigo de ella, en cuanto nos subimos, Nadine le explica que soy su *Airbnb guest*, el chico me hace las preguntas obligadas, nombre, lugar procedencia y si me gusta Chicago. Respondo de manera automática y luego comienzan a hablar entre ellos de temas que no son de mi conocimiento ni incumbencia y lo agradezco porque aprovecho para mirar por la ventana y pensar en mis abuelas y abuelos. En su paso por Chicago, Florida y luego México. Lo poco que leí de los diarios no arrojó luz a los relatos que nos vienen contando los abuelos desde hace tantos años.

Es curioso que en las reuniones familiares nunca se ponen de acuerdo cuando se trata de entender quién se mudó a dónde y cuándo... ¿Por qué será que necesitamos saber lo que pasó con nuestros ancestros? No entender de dónde vengo me genera una sensación de volatilidad, como si mis pies no estuvieran apoyados en el piso y en vez tuviera que flotar.

Recuerdo la primera fotografía que tomé cuando niña, estábamos en Galveston, mi abuelo Grant me había regalado de mi cumpleaños número 13 una cámara que se podía sumergir en el

agua. Me metí dentro del mar y comencé a retratar. Cuando revelé el rollo, me llamó la atención que a simple vista sólo se veía una mancha verde, me quedé mucho tiempo mirando la imagen y poco a poco se fueron revelando los granos de arena y el movimiento que sucedía debajo de la superficie.

En ese momento no lo supe articular, pero ahora entiendo que eso fue lo que me llamó la atención de la fotografía. Que podía quedarme mucho rato mirando una impresión y eventualmente se revelaría algún misterio. La vida no se puede detener para ser diseccionada, pero los momentos captados por una cámara, sí.

El Uber se detiene frente a la mansión. Es una estructura que desentona con el resto de las casas de la calle. La fachada es de piedra y justo en el centro tiene unas escaleras que llevan a la puerta principal.

La mansión tiene cuatro pisos y muchas ventanas desde las cuales se arrojan luces de diferentes colores.

Al pie de las escaleras nos espera el resto de los amigos de Nadine, un grupo ecléctico y no del todo amigable. Nos saludamos con ligeras muecas, me miran y luego miran a su amiga como reclamando que hubiera llevado a una extraña. Subimos los escalones y entramos en la mansión. Nos formamos para comprar los boletos para el performance.

El chico que atiende debe de tener no más de 30 años, vestido de traje y corbatín, lentes de armazón grueso y goma en el pelo. Cuando le pregunto cuánto cuesta el boleto, sube la mirada *ah, you are new... 20 dollars*, responde. Le entrego el billete y, a cambio, me da un botón rojo con el dibujo de un señor en traje, corbata y zapatos de vestir suspendido a media carrera. Parece una imagen de los años cincuenta. Atoro el pin en mi chamarra y tomo una de las hojas que están en el escritorio.

The Pillars of The Circle House

Time is circular, it doesn't exist

Nothing is real

This is not you, this is not me

We are time, and time comes and goes, forever³.

Doblo el papel y lo guardo en la bolsa interna de mi chamarra. La antesala se llena y entonces se abren unas cortinas que revelan otro cuarto con sillones que están demasiado pegados a las ventanas, en un costado hay un grupo de mujeres de diferentes edades, vestidas de manera poco ordinaria, una trae un camión, otra ropa de los años 50 y la otra una falda y una blusa de colegiala. En cuanto entramos al salón se acercan para repartirnos unas pastillas tic-tac anaranjadas.

Me meto el dulce a la boca, y cuando lo hago, me llega la idea de lo que pasaría si eso no fuera sólo un dulce.

Algunas paredes están tapizadas, otras son de madera y los marcos de las ventanas tienen cenefas con motivos navideños. Escondo mi celular para sacar fotos a pesar de que está prohibido.

Una mujer, no sé calcular su edad, anuncia con voz chillona que nos va a dividir en cinco grupos. Nadine me busca con la mirada y yo asiento en señal de que está bien separarnos. El gesto me conmueve.

Me toca un grupo de unas ocho personas, una pareja, un par de chicos que asumo son amigos de los actores porque se desenvuelven con naturalidad y tres mujeres que vienen juntas y no aceptan separarse. Una es alta y voluminosa, trae un vestido negro de varias capas, las piernas desnudas y botines color vino. Sus ojos están enmarcados con unas gruesas líneas color gris, los labios fucsia y el pelo muy negro y lacio, recogido en un chongo restirado. La segunda es muy larga, su vestido es de flores, trae un saco de pana café y luce un pronunciado escote, imposible de pasar desapercibido, tiene la cara muy blanca, la nariz respingada y los labios color rosa. La tercera es mucho más bajita que sus compañeras, los pantalones verdes parecen estar pintados sobre sus piernas, imagino el momento de quitárselos y siento angustia, esos pantalones son tan parte de ella como su propia piel. En la parte superior trae varias capas de ropa de distintos estampados y una mochila cruzada en diagonal sobre la espalda. El trío me mira con desconfianza, ¿es que todos se conocen? ¿Se me nota lo extranjera? Tal vez estoy exagerando y esa es la manera que tienen de mirar.

Nuestra guía es la chica del camisón, tiene unos 30 años y el pelo largo y suelto. Nos hace señas para que la sigamos, entramos en un cuarto donde descansan varios instrumentos musicales en repisas. Hay un par de guitarras *vintage*, un bajo y un joven que toca un piano.

La chica del camisón comienza a cantar apenas cruzamos el umbral, mira al personaje detrás del piano y pone cara de sorpresa. Él se levanta, la toma entre sus brazos y bailan al ritmo de la música que no dejó de sonar cuando el chico se levantó del banco.

Nuestra guía sale del cuarto bailando sola y nos hace un ademán para que la sigamos, subimos por unas escaleras y entramos en un cuarto que tiene por puerta una cortina blanca. Una vez adentro, nos paramos en los costados. En el piso hay juegos infantiles, en las paredes cuelgan cuadros de Mickey Mouse, Donald, Tribilín y Pluto, también hay repisas, en una descansa un buzo pequeño dentro de una pecera sin peces, en otra una televisión antigua y en otra, juegos de mesa. Del techo cuelga un aeroplano de madera que da vueltas.

La actriz se mueve frenética por el cuarto como buscando algo, de pronto se detiene y le habla a alguien que no se ve. Le dice palabras de amor, se ve nerviosa, entonces se dirige a nosotros y nos pide que pase lo que pase no le digamos a su supervisora acerca de la conversación que acaba de tener. Aunque quisiera reproducir la “conversación”, no podría, pienso, no entiendo nada.

La chica se tranquiliza y continúa buscando con la mirada, toma una caja de donde saca una estructura circular de plástico y comienza a tejer figuras con hilos, mientras lo hace, nos dice que esas líneas que está manipulando son nuestras vidas, que nunca estás todo el tiempo con nadie más que contigo mismo, lo único que tienes con el resto de las personas que te rodean, son pequeñas interacciones, continúa diciendo. Momentos que compartes y que, además son momentos en los que ambas partes están interpretando un sinnúmero de cosas que no tienen que ver con lo que está sucediendo en una realidad humanamente imposible de comprender.

En cuanto termina de hacer la figura, deja de hablar, deshace el círculo de estambre que utilizó para tejer, lo corta en trozos pequeños y nos pone a cada miembro del grupo una pulsera hecha del estambre blanco. Mientras lo hace, nos informa que se llama Megan, cuando concluye su labor, sale de la habitación.

En el siguiente espacio únicamente cabe ella, los demás nos quedamos fuera del umbral tratando de ver lo que pasa adentro, hay una cama que parece de hospital, las sábanas y las

cobijas son blancas. Megan está sentada en un banco al lado de la cama y llora, reclama y se lamenta, le habla al chico que está en la cama, y que es el mismo que estaba en el cuarto de los instrumentos de música. De pronto aparece la supervisora para reprender a la joven, le dice que no debería de comunicarse con fantasmas, y nos pregunta si ha estado hablando sola, al unísono respondemos que no.

Bajamos las escaleras y entramos en la cocina, ese es mi cuarto favorito porque está lleno de plantas de varios tamaños. Algunas cuelgan como lianas desde el techo y se extienden por doquier. Junto al lavabo hay hierbas de olor que decoran el ventanal. Megan toma una lombriz de una de las macetas y nos pregunta si es correcto que la mate.

—¡No! —responde el grupo alarmado.

Se sobresaltan como si estuvieran a punto de presenciar un asesinato masivo. Chavitos..., pienso, y me río. Si supieran lo que mis amigos y yo les hacíamos a las lombrices en la primaria. Creo que me comí un par y rebané por la mitad a varias más.

La guía mete la lombriz en una cajita de Tic-Tacs y luego le echa tierra y hojas que corta en pedazos muy pequeños para que quepan en el contenedor.

—*How should we call the worm?* —pregunta nuestra guía.

Los chicos empiezan a gritar nombres, hasta que una de las trillizas grita.

—*Television.*

—*Yeah, I like that name. Now I need a guardian for the worm* —dice Megan mientras le da una vuelta al círculo con la mirada y se detiene en mí. Me entrega la cajita como si se tratara de un tesoro y me pregunta dónde vivo.

—*Mexico* —respondo.

Mis compañeros de experimento aplauden sorprendidos por que la lombriz se irá a un lugar lejano y exótico como México.

—*Are you sure that you can take care of her?*

—*Yes, I am* —respondo solemnemente mientras esbozo una sonrisa.

La guía ríe conmigo y me da un abrazo.

Guardo a *Television* en la bolsa trasera de mis pantalones, sintiendo una felicidad irracional por llevarme algo tangible de aquella noche bizarra. La lombriz, me daría cuenta en soledad, es un pedazo de liga de plástico.

Saliendo de la cocina, subimos hasta la planta más alta, no sé por qué, pero es un espacio que se siente extraño, tiene una chimenea humeante y el tapete está decorado con figuras de lámparas, es color verde oscuro y está raído. Hay sillas de madera labrada alrededor de la habitación y por los ventanales se ve el lago iluminado por la luz de un par de farolas.

Megan toma unas hojas de papel, escribe algo en tinta roja y luego las rompe, las hace trizas. Reparte papeles entre nosotros y plumas y nos pide que escribamos algo que queramos enterrar. Nos indica que después de hacerlo rompamos los papeles y los aventemos al piso.

Escribo en mi hoja LEONARDO, en tinta roja y mayúsculas, miro durante algunos segundos su nombre, que trae pegado su cara y lo rompo con coraje, destrozo cada letra, hasta que no queda nada ni una sola línea. Aviento los restos del papel al suelo y siento rabia de que no caigan con fuerza, por el contrario, flotan, no se rompen más y no hacen ruido al caer.

Megan llora y grita, le grita al hombre que está parado frente a ella, que para esas alturas

estamos seguros de que era su pareja. Le reclama que no le confesara que estaba enfermo, le reclama haberse muerto. Finalmente se desploma y dice en un suspiro que no es justo que no le diera tiempo para despedirse. Que ocultar la verdad le está costando un corazón que no quiere sanar. El tipo se acomoda sobre el piso, ella se acuesta encima él, cierran los ojos y la luz se apaga.

Llevo las manos a mi corazón y lo detengo porque siento sus ganas de salir volando. Se abre la puerta y nos vamos en silencio. La chica y el fantasma se quedan en el cuarto. Bajamos las escaleras hasta llegar a la sala en donde todo comenzó y nos acomodamos en las esquinas, nadie habla. Nadine y yo nos miramos de reojo.

La señora, la de edad más avanzada, se para en el centro del cuarto y dice.

One mustn't dwell on the past, when they can become the future.

We are all a part of the stars, and our energy flows like water.

The circle of life is important for the rejuvenation of all things.

Rehabilitation starts within yourself.

La gente se dispersa, Nadine y sus amigos devuelven el botón que tiene dibujado al señor a medio correr, y salen. Yo me quito mi botón y lo guardo en la mochila. Los organizadores tienen muchos y yo necesito más pruebas, todas las que pueda reunir, de esta experiencia.

Nadine me invita a cenar con sus amigos a *Josefina's*, un restaurante nuevo de comida *fusion*. Dudo en ir pues me espera el cofre en el departamento, pero tengo hambre y no quiero regresar sola a casa, así que acepto.

El restaurante decorado con motivos playeros, me remonta a los que están en los malecones de las playas mexicanas. El menú fusión-Acapulco-hípster no se me antoja para nada. Nos sentamos en periqueras y en lo que piden platillos al centro, miro a mi alrededor, el frío exterior desentona con el calor que suponen las redes de pesca y las sirenas que cuelgan del techo. Las paredes están decoradas con palmeras, animales marinos y un enorme sol.

El barman nos ofrece cocteles con nombres cursis en supuesto español que no puede ni pronunciar. Pido uno de mango con tequila y Midori. Me sabe a gloria, Leonardo se burla cuando pido esas bebidas... un tipo de dizque-izquierda como él no pide cocteles con sombrillas.

La comida llega, se ve deliciosa a pesar de mis prejuicios, el mesero comienza a acomodar los platillos, mientras nos explica lo que son. Pan con queso de cabra, aceite de trufa y menta; panques de elote con *burrata*; brochetas de pastor de pollo con pera y nuez caramelizada; ensalada de berros con manzana y salsa de tamarindo con frambuesa; *wraps* de frijoles de colores con compota dulce hecha a base tomates *cherries* y un pastel de carne molida con pasas amarillas y negras, aceitunas y chile ancho.

Compartimos el festín emitiendo sonidos de placer y admiración, las combinaciones, olores y texturas satisfacen no sólo nuestros paladares, pero también la vista y el olfato. Los sorbos de alcohol combinados con la comida, me provocan un agradable estado de placer. Cierro los ojos, el coctel hace su efecto, siento los músculos relajarse y la sonrisa brotar con facilidad. El chico de mi derecha parece estar muy interesado en el escote que llevo. *What do you do at home?*, me pregunta, yo no tengo intenciones de convivir, así que finjo no entender lo que dice y le lanzo una sonrisa de vergüenza, subo los hombros y pongo cara de idiota. Él, frustrado, comienza a hablar con alguien más. Pido otro coctel para ahuyentar la pregunta que me acaba de hacer, pero

no lo logro.

What do I do at home? La pregunta trae pegada mi vida en México. En algunos días regresaremos y empezará la ardua tarea de dividir las cosas que son de los dos. Plantas, cuadros, *tuppers*, sartenes, libros, vasos, muebles... nuestras cosas eran nuestras, casi para siempre, así que no importaba que estuvieran mezcladas. Cancelar cuentas de Netflix, Spotify, itunes, y nuestra tan querida tarjeta de cinéfilo frecuente. Inventarme una rutina después del trabajo y regresar a ser soltera en un mundo que está hecho para parejas.

Regresar del trabajo, ¿a dónde? El departamento que compartimos es de Leonardo.

—*Are you ready to leave?* —me pregunta Nadine desde el otro lado de la mesa.

Una amiga de ella nos lleva a su casa, voy en el asiento trasero del coche y respiro profundamente, el mareo no permite que me estabilice y las náuseas se vuelven insoportables.

El aire frío que respiro al bajar del auto se siente bien al principio, pero el malestar crece apenas pongo un pie en la escalera, miro hacia arriba, falta mucho por llegar hasta el último piso. Subo lento y me disculpo con Nadine inventando que me duele el tobillo.

Apenas entramos en el departamento, el wifi se conecta y me llegan los mensajes acumulados durante las últimas horas. La mayoría son de Leonardo, está preocupado por mí, dice. No le contesto y de inmediato mi estómago me reclama esa decisión. Tengo un mensaje de Sawnder que quiere saber si estoy bien, y otro de Dina.

En la cama el techo gira y siento arcadas, me acomodo para recuperarme hasta que me vence el cansancio y me duermo, sueño que caigo en continuo, caigo sin final, me sobresalto pero no logro despertar. Durante la noche tengo la sensación de estar prendida de las sábanas.

Me despierto con dolor de cabeza. Tengo dos mensajes de Leonardo en tono conciliador y “respetando” mi silencio. Me recuerda que hoy es la sinfónica y pregunta si tengo intenciones de ir.

Te había dicho que sí.

¿Qué? ¿Ya encontraste a quién llevar en mi lugar?

Por supuesto que no,

¿por qué tienes que ser tan hiriente?

¡Ah! ahora resulta...

Eres imposible.

Nos vemos allá, si quieres

llegar y si no, me da igual.

Y deja de estar en línea. Siento la pesadez en el estómago a la que estoy tan acostumbrada desde hace mucho tiempo, y como si mis dedos tuvieran una mente independiente a la que se supone tengo dentro de la cabeza, le escribo.

Perdón, estoy cansada.

¿Qué vas a hacer hoy?

¿Quieres que nos veamos?

¡Qué imbécil soy! Después de lo que hizo con la *niña*, yo me pongo de tapete... ¿y si no hizo nada con ella y sólo fue un coqueteo inocente?

¡Claro! ¿Qué planes tienes?

Pensaba ir al museo de ciencias...

no sé, ¿tú?

Voy al museo de arte contemporáneo.

Nos podemos encontrar para comer,

vamos juntos al concierto

y después recogemos tu maleta, ¿te parece?

Sí.

Ok, Ali. Te mando el nombre

del restaurante

y la ubicación.

Aviento el teléfono a la cama y me meto a bañar. Voy a ver a Leonardo. ¡Carajo!, este humor fresco y alegre se debe a que voy a ver a Leonardo. No tengo solución.

Me siento en una banca en el andén para esperar el metro y saco mi libro, respiro, eso me provoca la novela en este viaje, me recuerda que necesito respirar. Me quedé en que Nenito está haciendo cine porno y, contrario a lo que imaginé, es todo un éxito como director, sus películas se venden muy bien. Me río, gracias, Fede, pienso, tus páginas me provocan sonoras carcajadas, me recuerdan que sigo viva, a pesar de mí misma.

Llego al Wildberry's que está en el centro, son a las 10 de la mañana, el tiempo de espera es de una hora. No sé si valdrá la pena aguantar el hambre. Veo pasar algunos platillos que prometen, tomo la carta y la reviso exhaustivamente. Pediría un *omelete* de queso y tocino y unos *very berrie hot cakes* que vienen con crema de arándanos y moras azules. Los vi y olí cuando pasaron cerca de mí, fue amor a primera vista.

Después de la hora exacta, la *host* me acompaña a mi mesa. Me toman la orden y en unos minutos tengo frente a mí el desayuno: calculo que son unos cinco huevos con medio kilo de queso y otro medio de tocino. Traen los *hot cakes* al mismo tiempo, en ese lugar no hay un segundo que perder. Sobre la mesa descansan dos platos enormes que ocupan la totalidad del espacio, el café queda en una esquina, y el vaso con agua no cabe.

Una pareja que está al lado mío me mira con asombro, a cambio de su expresión les regreso una amplia sonrisa. Si ellos supieran lo que la comida significa para mí. Es el eslabón que tengo con mi mamá y con mi abuela, son los recuerdos de infancia que llegan primero con un olor y luego con un bocado, con ese primer bocado que es irrepetible, y que puede llevarte a escenas de tu vida que no recordarías de otra manera, no hay nada que te transporte a otro espacio, a otro tiempo como los sabores.

Miro el lugar, los manjares que tengo enfrente y recuerdo mis ansias de estudiar para chef, qué ironía, enterarme de los secretos de la cocina, me hizo recular y dedicarme a la fotografía, fue la única forma de volver a disfrutar de la alquimia culinaria, mi parte hedonista regresó y afortunadamente olvidé las recetas y los procedimientos que, de momento, le quitaron la magia a la cocina.

Me como un cuarto del huevo que está delicioso, luego, me preparo para probar los *hot cakes*.

Primero los huelo, después parto un pedazo grande que acerco a mí al tiempo que cierro los ojos, como cuando vas a recibir un beso que se percibe como en cámara lenta, de esos que puedes saborear porque vas sintiendo la cercanía.

Abro la boca grande y meto el bocado, lo primero que noto es la crema, la textura es perfecta, tiene un toque agridulce como de limón que engaña al paladar generando un leve escozor en la lengua, mastico la masa que es esponjosa pero no demasiado, la consistencia tiene la justa densidad. El sabor es ligero, se nota un gusto suave a frutas. El aroma a masa recién horneada me lleva a la cocina de mi madre cuando nos preparaba sus famosos *hot cakes* para cenar, yo tendría unos diez años. Cuando terminaba de cocinar, me dejaba lamer los cucharones y el refractario donde mezclaba la masa. Me la comía cruda y luego me daba dolor de panza, pero era irrelevante, valía la pena sufrir por algo tan delicioso. ¿Habría sido aquel momento cuando ligué el malestar con el placer?

Me lleno demasiado pronto y sin hacerle caso a mi saciedad, sigo comiendo hasta que verdaderamente no puedo más. Tengo que desabrochar el botón de mis *jeans* y pienso que esa es una de las ventajas que tendría de no tener pareja, puedes hacer y comer lo que se te dé la gana. Uno tendría que ser quien realmente es con o sin pareja, pienso al fin.

Salgo del restaurante y me dirijo al acuario que está del otro lado del parque, meto las manos en el chaleco y siento uno de los diarios de Carol en la bolsa interna, nada más palpar la pasta con las yemas de los dedos, provoca que se aceleren los latidos de mi corazón. Me acomodo en una banca frente al lago y me dispongo a leer.

agosto, 1867

Las conversaciones que tengo con Lewis me llevan a mundos que me gusta imaginar, jamás hubiera pensado que estas tierras estaban embrujadas, que los mosquitos eran del tamaño de palomas y que a pesar de los pantanos, las enfermedades y los demonios, la gente se quedó, yo no soy tan valiente. Lewis dice que nuestros antepasados fueron tan arrojados porque no tenían nada qué perder, que lo que los movía era la ambición de futuro.

Me cuenta que poco antes de 1680 llegaron cientos y cientos de jóvenes a la ciudad de Chicago con el entusiasmo desenfrenado por crear riqueza, lo arriesgaban todo. El miedo era su motor y hacer dinero lo único que tenían en mente... a los que no eran lo suficientemente valientes, se los tragaba el fango y la hierba que era espesa y larga. Al parecer los demonios que cuidaban el lago eran duros con los débiles. ¿Cómo lograron construir una ciudad sobre arcilla y sobrevivir a pesar del aire envenenado?

Finalmente papá me dejó salir con Lewis sin mis hermanos y su inseparable amigo Tom. Aproveché para pedirle que me llevara al centro. Después de mucha insistencia, accedió y me indicó que no me podía separar de su lado ni siquiera por un instante.

Conforme nos acercábamos, me apretaba cada vez más el brazo pegándome a él. Sentí nervio y al mismo tiempo una curiosidad enorme. Caminando por las calles del centro, alcancé a escuchar a unos señores decir que un tren había arroyado a un niño que cruzaba por las vías. El comentario me impresionó. Lewis me dijo que desgraciadamente era común que sucediera

eso. El tren pasaba por el corazón de la ciudad y la gente cruzaba sin precaución.

Las calles estaban llenas de saloons, barberías y fábricas, olía horrible. Los hombres caminaban muy rápido y demasiado cerca de nosotros. Había mucho ruido y confusión, cerdos, perros y ratas corriendo entre la gente. Basura en el piso y carretas jaladas por caballos pasando encima de las banquetas y ahuyentando a los transeúntes. No nos cruzamos con ninguna mujer, Lewis se puso nervioso al percatarse de las miradas que varios borrachos me lanzaban, así que propuso que fuéramos al parque. Me sentí aliviada caminando al lado del lago, y le pedí que me contara más historias de nuestros antepasados. No entendía cómo esos hombres construyeron una ciudad sobre pantanos.

Lewis me contó que cuando los pioneros llegaron a estas tierras, el pasto medía entre cinco y seis pies y era tan tupido que no se podía caminar entre la hierba, era impenetrable. El agua estaba estancada, y se vivía un intenso calor, esa combinación resultaba en un paraíso para los enjambres de moscos que medían lo que los pájaros, además de las moscas de arena que se metían en la piel y provocaban una comezón que se quitaba únicamente encajando las uñas hasta sacar sangre. La tierra era barro que se comportaba como cemento, los hombres más desgraciados se hundían en el fango y morían ahogados. Llegar a tierra firme era una misión suicida. Las aguas y el aire estaban envenenados. En el invierno, las temperaturas bajaban hasta 28 grados bajo cero y en el verano el calor era infernal, tanto, que quemaba la piel.

Chicago era una ciudad de soñadores, atrevidos y locos, decía Lewis entusiasmado.

Le pregunté si a él le hubiera dado miedo encontrarse con un mundo tan hostil, me respondió, sin pensar, que claro que le hubiera dado miedo. Esos hombres dormían en sus canoas, para protegerse de las epidemias y de los fantasmas de los indios que, según las leyendas, vivían en esas tierras. Lewis estaba obsesionado con la historia de la ciudad, traía siempre con él el diario de un misionero jesuita de nombre Marquette. Uno de los pioneros que llegó a Chicago alrededor del año de 1673, cuando Chicago era Chicagua, que en lengua india quiere decir lugar de cebollas salvajes. Seguramente es por eso que esta ciudad huele tan mal, me decía Lewis siempre de broma.

Nos sentamos debajo de un cerezo y me preguntó que qué hubiera hecho de vivir en un mundo que constantemente me amenazara, guardé silencio sin saber qué contestar, era raro que alguien me preguntara lo que pensaba de lo que fuera.

¿Alguna vez has sentido miedo real?, preguntó ante mi silencio. Inmediatamente pensé en mamá. Ella murió cuando yo era muy pequeña, no recuerdo ninguna emoción relacionada con el evento, sólo sé que murió de tifoidea. Si el miedo que se siente en algún momento de la vida no se registra en la memoria, supongo que no cuenta.

Espero poder dormir, tengo la imagen del niño atropellado por un tren. Lewis dirá lo que quiera de su maravillosa Chicago, a mí me parece una lugar inhóspito y agresivo, una ciudad de

salvajes. ¿Cómo puede ser que un niño muera y a nadie le importe?

Hace frío y llovizna, guardo el diario y comienzo a andar al lado del lago que se ve gris. Gracias a las gotas, la bruma poco a poco se levanta. Me cruzo con familias que pasan a mi lado, y me pregunto si algún día tendré eso. “Eso” que se ve tan fácil de obtener...

Llego a la plaza en donde están los museos y me dirijo al acuario para resguardarme de la lluvia. Está lleno de niños, como es de esperarse. Después de una fila eterna, por fin, entro. Huele a humedad y a comida para peces. Horrible. Dejo de respirar. Camino y miro las peceras en distintas formas y colores, siento nostalgia por haber perdido la inocencia que me provocaba perderme en esos mundos cuando era pequeña. Me meto a un show que está por comenzar. En el centro hay una piscina que tiene de fondo el lago. Una joven pareja se sienta junto a mí. Hablan sin quitarse las manos de encima. Él es cariñoso con ella, juega con su pelo y luego le besa el cuello. La mira con ojos de deseo, pero también de amor.

Leo nunca me miraba. Cuando estábamos en un restaurante y me levantaba de la mesa para ir al baño, giraba la cabeza para verlo e, invariablemente, estaba haciendo cualquier otra cosa, revisando el celular, echándole ojo a la vecina de mesa, al *bartender*, a la televisión, a lo que fuera, pero nunca a mí. Después del primer año dejé de cerciorarme de que me miraba cuando me alejaba de la mesa.

Me la pasaba justificándolo y repitiéndome que era una mal pensada, yo era siempre la paranoica. Si está conmigo es por algo, él es libre de irse cuando quiera, me convencía, pero la verdad nunca es tan clara.

Los ventanales se oscurecen y, a su vez, se ilumina la alberca y las rocas alrededor. Es un show de delfines y focas que no tiene nada de especial, pero la música, las luces y la pareja sentada junto a mí, me dan esperanzas. Los niños, por otro lado, me desesperan, y me doy cuenta del lugar en el que me encuentro. Estoy irritable, sensible. Miro el reloj. Todavía faltan 6 horas para ver a Leonardo. Me estoy volviendo loca y, ¿si soy bipolar? Detesto a Leo, quiero hacerle daño y verlo sufrir por mí. Al mismo tiempo y con la misma intensidad necesito estar con él. Respirarlo. Dormir con él, abrazarlo. Con todo el daño que me ha hecho y aun así ¿quiero estar con él? Mi patología no tiene límites, prenden la luz de la sala. El show termina. Me levanto y camino hacia la salida, sigue lloviendo. Me cruzo hacia el museo de ciencias. Lo disfruto mucho más, tiene salas impresionantes y pienso en él, sé perfectamente cuáles serían sus comentarios.

Le pido a un señor que me tome una foto y sonrío mucho más de lo que me gustaría, cediendo a la presión que ejerce sobre mí. *Smile, smile*, me dice. No quiero, déjeme en paz, pero no se lo digo, en vez, sonrío con una sonrisa enorme que esconde mis ojos.

Me siento en la cafetería del museo, pido un expreso doble cortado y saco el diario.

agosto, 1867

Es la primera vez que llego tan tarde a casa, Lewis me invitó a la ópera. Fue todo un evento, tuve que conseguir un vestido e ir con la vecina para que me ayudara con el peinado. Extrañé tener una mamá, estas cosas son cosas de las que se encargan las madres.

Cuando abrí la puerta, me sorprendió ver a Lewis, no sé por qué pero no me había dado cuenta de que fuera tan alto y apuesto. Tal vez fue el traje, el sombrero o el olor a eucalipto.

Llegamos al teatro con tiempo de sobra, la gente iba muy elegante. Una vez que se levantó el

telón, la audiencia guardó silencio por completo. Fue una sensación nueva y refrescante, jamás había experimentado el silencio de esa manera. En mi vida no hay silencio, con dos hermanos y un papá, la casa está siempre llena de ruido.

La historia en el escenario me envolvió, las voces, los vestuarios y ese mundo fuera de este, me llevó muy lejos, me transporté a los lugares a donde me llevan los libros que leo. Lugares de amor y de aventura.

Lewis me miraba de reojo y yo me daba cuenta, pero no me atreví a mirarlo de vuelta.

Desde que me recogió esta noche, sentí algo, no lo sabría describir y tampoco sé si me gusta lo que siento. Es algo en el estómago y en la cabeza y supongo que en la imaginación porque no puedo dejar de pensar en él.

Me dieron ganas de que me bese. ¿Será que me estoy enfermado de lo mismo que enferman mis amigas?

Cierro el diario y lo pego contra mi pecho, miro la foto de Carol y Lewis que estoy usando como separador, me pregunto si esa foto es de esa noche en la que fueron a la ópera y en la que Carol sintió que se estaba enamorando.

agosto, 1867

Mi hermano me sorprendió mientras escribía, intentó arrebatarte de mí, querido diario. Mi estúpido hermano dice que no debería de estar con las narices entre hojas y letras todo el día. Luego quiso leer lo que estaba escribiendo, pero te defendí hasta con mordidas, le pegué y lo pateé, afortunadamente entró papá a la recámara. Corrió a mi hermano del cuarto y luego mostró su consternación pues lo único que me gustaba hacer era leer y escribir. Se sentó en mi cama y me dijo con ternura que las jóvenes de mi edad se divertían de otras maneras, no encerradas.

Nunca me había preocupado que papá o mis hermanos leyeran lo que escribo porque jamás se han mostrado interesados en mis diarios, pero sé que mi reacción del día de ayer despertó la curiosidad de mi hermano, así que hoy en la mañana cosí bolsas pequeñas dentro de mis enaguas para esconder los diarios, esa es la única manera de mantener mis confesiones a salvo. Además de escribir en la primera hoja de todos mis diarios una inscripción que apela a la moral de aquel que se atreva a mirar lo que no le pertenece.

Abro el diario en la primera hoja y miro que en la contraportada dice:

Este es el diario de Carol Waltrus, si tú no eres yo, no tienes por qué leer estas líneas, si a pesar de la advertencia, continúas con la lectura, es bajo tu propio riesgo, yo no respondo por nada de lo aquí escrito, pues es privado y no te incumbe.

Cierro el diario y sonrío. ¿Qué pensaría Carol de lo que encontré en el celular de Leonardo? ¿Serán los celulares el equivalente moderno a los diarios?

Leonardo está parado frente al restaurante, me siento incómoda caminando hacia él, como si me fuera haciendo más chaparra con cada paso y más gorda. Lo puedo escuchar criticándome,

como siempre, como aquella vez. Llevábamos muy poco tiempo juntos cuando me dijo, “estás pasadita de peso”, todavía no estaba tan enamorada de él y eso me permitió decirle que así me había conocido y que, si no le gustaba, podía irse, que yo no tenía problemas con mi cuerpo.

Después de mucho tiempo llegué a pensar que ese era un tema superado entre nosotros, hasta que una noche, después de hacer el amor, me dijo que estaba preocupado por mí porque estaba “subiendo de peso”. Al principio no entendí, pero después de unos minutos logré traducir lo que, en realidad, me estaba diciendo: “mi amor, estás subiendo de peso y así no me gustas. ¿Qué vas a hacer con esa información?”

Ahí está Leonardo sonriendo a medias con ternura, como si, en verdad, se alegrara de verme. Me recibe con un beso en la mejilla y un ligero abrazo. Mientras entramos él habla, como siempre, me cuenta alguna estupidez que le pasó en la mañana. Leonardo llena espacios de silencio con nimiedades, escondiéndose en aventuras aburridas y repetitivas de sus percances en el mundo. Siempre con alguna crítica, buscando el error, lo que no funciona, pero disfrazando sus palabras o su significado en una amabilidad eterna y en su falsa sonrisa.

Nos sentamos en la mesa y propone pedir una carne y una ensalada para los dos. Asiento. Le digo que no me importa la comida, mientras la acompañemos con alcohol, tampoco me importa si es vino o tequila. Necesito intoxicar mis neuronas, bajarlas un rato de la obsesión en la que acostumbran vivir. Sobre todo, porque vengo rumiando la idea de decirle algunas cosas que pienso de él, y esas pláticas nunca terminan bien.

—¿Una botella? —sugiere.

—Sí, por favor —digo en tono de broma juntando las palmas en señal de rezo.

Le doy un gran sorbo a la copa y cierro los ojos, puedo sentir el líquido anestesiando mi drama y aligerando mis huesos. Terminamos la primera copa antes de que llegue la ensalada. Leonardo arrima su silla a la mía y se acerca como para decirme un secreto, me besa el cuello y la oreja. Siento su aliento, aspiro profundamente su olor como para se quede adentro de mi cuerpo. Para retener, aunque sea, una partícula de él, porque sé que se va a ir. Leonardo acumula mujeres, historias, pasados, no nos deja ir, pero él sí se va. Siempre se va. Desde que le dio el primer beso a su primera novia hace veinte años, comenzó a correr.

Como sin hambre y me apresuro a beber sin importar que la cabeza me pese un poco más con cada trago. Voy al baño, me miro en el espejo y esbozo una estúpida sonrisa que me hace entender que la conciencia me ha abandonado y que esa noche no me voy a cuidar, voy a estar a merced de mis deseos, que me queda claro, no han sido los mejores consejeros de vida.

Cuando regreso del baño, Leonardo me pide que le platique lo que encontré en el cofre. Le cuento a grandes rasgos lo que he leído.

—Los estoy saboreando lento —digo—. Me costó mucho llegar hasta acá para acabarme el motivo del viaje demasiado pronto, la verdad es que leer esas líneas están removiendo la historia de lo que soy, está provocando que me cuestione lo que creía que era ley, mi cuerpo, pero sobre todo mi mente, no puede aguantar tanta confusión en tan poco tiempo.

—Claro, me imagino —me dice mientras acerca su silla y me mira—. Cuéntame...

Me escucha con atención, como si no hubiera nada más que yo en su mundo. Me hace preguntas y sacamos conclusiones. La botella de vino se termina y el tiempo también.

Salimos del restaurante y me propone caminar a la sinfónica. La ciudad se viste lentamente de luces que se van encendiendo en distintas ventanas. El viento está frío, me pongo el gorro y tomo

a Leo del brazo con fuerza, por muchos motivos, todos erróneos. A él le gusta más que lo tome del brazo a que le dé la mano, nunca entendí por qué. Mientras andamos, imagino una caminata así, el viento, el centro de Chicago, los rascacielos, el frío y el silencio con un amor que es correspondido.

Nos acercamos a un restaurante para que Leonardo use el baño, su vejiga es del tamaño de una nuez. Las luces están muy bajas, así que nos pegamos al vidrio para ver hacia el interior. Hay una chica detrás del mostrador haciendo cuentas en la caja registradora. Leo toca para llamar su atención, ella hace una señal de que está cerrado, pero él insiste, la chica se acerca despacio, abre la cerradura y luego la puerta sólo un poco para anunciarnos que no hay servicio.

Leonardo le explica que vamos a la sinfónica y que tenemos que darnos prisa para llegar, pero que no lo logrará si no nos permite usar el baño. Ella ríe, pues Leonardo se pone a bailar indicándole que no aguanta las ganas, mientras abre la puerta, la chica nos muestra una escalera al fondo.

Bajamos hasta el sótano en donde se encuentran varias puertas, abrimos una por una hasta que damos con el baño. Leonardo entra primero y luego yo. El retrete está decorado con figuras de colores que encajan como si fuera un rompecabezas. Las paredes pintadas de azul celeste con nubes enmarcadas en plateado y en el techo veo pegado un poster de una escena de la película *Waking Life*, en la que aparecen Ethan Hawke y Julie Delpy en la cama, es un guiño a la trilogía que filmaron juntos hace algunos años, recuerdo perfectamente que en esa escena hablan de la reencarnación como una expresión poética de la memoria colectiva. *Waking Life* trata del mundo que existe entre la realidad y los sueños, el protagonista flota, literalmente, entre los dos mundos, buscando pruebas para saber con certeza cuál es el verdadero. El viaje es delirante, le cuento a Leonardo apenas termino de subir las escaleras. Se queda pensativo escuchándome y me dice que sí vio la película y que le pareció una tontería, que no entendió nada. No todo lo tienes que entender con la razón, protesto haciendo una mueca de desesperación.

Antes de salir del bar, me doy cuenta que no hay mesas ni sillas, salvo por las que están atornilladas al piso frente a la barra. Las paredes color gris no tienen adornos y detrás de la barra no hay nada. Buscamos a la chica para darle las gracias, pero no la encontramos, salimos de prisa pues no queremos llegar tarde al concierto.

Meto la mano a mi chaleco para comprobar que el diario de Carol sigue ahí.

Nos acercamos a la sala de conciertos, hace frío, la gente va cubierta con abrigos, guantes y gorros. La escena me lleva a la Navidad con mi familia. Mi abuelo Grant nos llevaba a mi hermana y a mí los diciembres a ver *The Nutcracker* en Nueva York. Todos los inviernos era la misma rutina, vestirnos especialmente elegantes, ponernos guantes, gorro, bufanda y salir del hotel para caminar las calles llenas de gente, pasar por el árbol de navidad del Rockefeller Center y seguir de frente no sé cuantas cuadras ni en qué dirección, sólo recuerdo la mano del abuelo sobre la mía apretándola con fuerza. Por nada del mundo me sueltes, me decía.

Después de caminar durante mucho tiempo, llegábamos a la explanada del Lincoln Center que se antojaba enorme. Había mucha gente y confusión hasta que entrábamos, buscábamos nuestros lugares y decidíamos quién se sentaba dónde.

El instante antes de que el espectáculo comenzara era mi favorito, mi cuerpo se relajaba en la paz del silencio dentro de una sala llena de gente. La luz cálida suavizaba los rostros y permitía que el entorno se armonizara. Las butacas color vino, los adornos dorados de los balcones y el

telón rojo se fusionaba con las miradas expectantes y con la emoción que flotaba en el aire. Una sensación de seguridad me arropaba, invariablemente mi abuelo se sentaba junto a mí, yo lo miraba en varios momentos durante el espectáculo, su semblante se perdía en la historia y de acuerdo a lo que sucedía soltaba lágrimas o sonreía con la cara entera.

En ese momento no lo entendí, pero en mi mente hice retratos de las expresiones de mi abuelo que guardo en la memoria hasta el día de hoy. ¿Qué sabía mi abuelo de nuestra historia familiar? ¿Por qué nunca dijo nada? La seguridad que guardaba de mi infancia se desmoronaba.

Llegamos justo a tiempo, me dice Leo. En la entrada nos reciben los boletos y conforme cruzamos la puerta nos quitamos abrigos, guantes, y bufandas.

—¿Quieres algo? —pregunta Leonardo.

—Sí, unos chocolates —contesto automáticamente como si la respuesta viniera de mis años de infancia.

La sala es pequeña pero hermosa, la estructura es circular, las paredes son blancas y están adornadas con relieves que se asoman sutilmente de los balcones. En el centro se encuentra la tarima de madera ocupada por los instrumentos musicales. Tomo algunas fotos, pero no logro captar el tono del recinto, y mucho menos lo que me hace sentir, así que guardo el celular y respiro con los ojos cerrados.

Los asientos son reducidos, me alegro porque Leo y yo tendremos que estar muy cerca. Nos sentamos y automáticamente pone su mano sobre mi pierna, como hacía cuando íbamos a la sala Neza en México. Le doy un beso en la mejilla, y él gira para darme uno en los labios. El concierto comienza, es la sinfonía número dos de Bruckner. Miro a Leo de reojo, si no me gustara tanto... pienso, y cierro los ojos de nuevo para dejarme llevar por la melodía que me hace llorar. Quiero dormir contigo, le digo al oído. Me va a encantar, responde y me da otro beso.

Salimos del concierto y caminamos en dirección al hotel, lo tomo de la mano lamentando no tener la suficiente fuerza interior para evitar el contacto. Pasamos por un estacionamiento vacío que muestra un grafiti enorme en una de las paredes de ladrillos, me asomo para tomarle una foto, pero Leo me apresura. Parecemos turistas, es peligroso, me dice. Le echo una mirada fugaz, es una pintura que abarca por completo el costado del edificio. Un colibrí rojo extrae las mieles de la flor que tiene enfrente. Mientras caminamos pienso en el tamaño del pájaro y de las flores.

No guarda proporción con la realidad. Los colibríes son pequeños, en cambio el que pintaron en los ladrillos es desproporcionadamente grande, ocupa tres pisos del edificio y las flores apenas cubren una planta. Recuerdo las caras en las partes traseras de los edificios cuando tomé el metro desde casa de Nadine hacia el centro y me cuestiono la permanencia del arte citadino. Quién lo hace. Quién lo propone, y al final, a quién le pertenece... el arte citadino actual es como la literatura anónima del medioevo. Si tuviera frente a mí a esos artistas les preguntaría dónde se les perdió el ego, y en ese momento pienso que tal vez les pagan mucho por pintar los costados de los edificios. No, eso es poco probable.

Entramos al hotel, Leo me jala hacia el elevador, en cuanto se cierra la puerta, me arrincona, me besa desesperadamente y mete la mano adentro de mis pantalones. Al llegar al piso, me toma de la mano y apura el paso. Abre la puerta y me lleva a la cama. Las cortinas están abiertas, se ven las luces de los departamentos de enfrente. La decoración en blanco del cuarto y la luz cálida de las lámparas nos dan la bienvenida. Leo me quita la ropa mientras besa las partes que van

quedando desnudas y yo hago lo mismo con él. Sabe perfectamente qué rincones de mi piel me harán dejar la cabeza en otro lado. Conoce mi cuello casi más que yo, sabe la presión que tiene que ejercer con los dientes en el músculo que está debajo de la oreja para provocarme oscilar entre los límites del placer y del dolor. Muerde hasta donde puedo tolerar y suelta justo cuando estoy a punto de gritar. Me gira para besarme la espalda desde el nacimiento de las nalgas hasta la nuca, lo hace despacito y luego se acuesta encima de mí, generando presión entre su cuerpo y la cama, me toma de la cadera para subirme un poco y rodear con sus manos mi cintura para luego bajarlas hasta el monte de venus. Me retuerzo de placer, trato de tocarlo, pero me detiene, extiende mis brazos en forma de cruz y me susurra que no me mueva.

Recorre mi espalda alternando la lengua y los labios, pasados unos instantes me muevo para voltear su cuerpo con el mío y lo dejo acostado boca arriba para tenerlo a mi merced, es mi turno de jugar con la lengua.

Me dejo caer suavemente, mi boca quiere decirle que es mi amor, pero no lo hago, él tampoco ha dicho nada desde que entramos al cuarto. El entendimiento de que lo que estamos haciendo es sólo sexo llega junto con el orgasmo. Un orgasmo profundo, eléctrico, que me duele en el cuerpo físico y en el sutil. Me duele en la conciencia, en los recuerdos, en el futuro, pero sobre todo en el desamor en el que exploto.

Él también llega y se desploma, no abre los ojos, no me abraza, no me dice las palabras que solía decirme. Gira y se duerme.

Me levanto de la cama, me acerco a la ventana y me siento sobre el alféizar.

En el departamento que queda del otro lado de la calle, las cortinas están abiertas y gracias al faro puedo ver un cuarto que asumo es de una niña pequeña porque distingo un caballo de peluche, un tapete rosa y en el fondo una casa de muñecas de tres plantas. En el mismo piso se ve luz en la sala. Me imagino a la pequeña dormida y a sus padres preparándose un café para ver la tele un rato antes de acostarse. Eso hacíamos Leo y yo entre semana. Adoraba acurrucarme adentro de una sudadera y luego adentro de él, en sus brazos fuertes, sintiendo el calor de su pecho.

Lo miro dormir en la orilla de la cama. Nunca habíamos dormido así, lejos.

Cuando hacíamos el amor o simplemente compartíamos la cama, lo hacíamos en un abrazo que se iba deshaciendo conforme transcurría la noche y al que regresábamos en la madrugada en cuanto dejábamos al sueño entre las penumbras.

Esta noche no hay caricias ni declaraciones ni cercanía. Esta noche no hay amor y me duele justo donde empieza la garganta, ahí donde salen los gritos, donde se me pierde la voz.

La luz de la sala de los vecinos se apaga y yo me meto dentro de las cobijas al lado de Leo, con cuidado de no rozarlo y me hago bolita en mi orilla de la cama.

Después de una noche que dura demasiadas horas, por fin abro los ojos y giro para ver a Leonardo, en su lugar hay un papel que dice,

Fui a correr, ¿me esperas para desayunar?

Hago bola el papel y lo aviento al bote de la basura. Abro mi maleta y saco lo necesario para darme un largo baño y ponerme la ropa aunque esté arrugada por el encierro de tantos días.

Prendo la regadera y dejo que salga vapor, acción tremendamente reprendida por Leo, para él todo tiene que ser rápido, nada de disfrutar ese tipo de cosas como bañarse, debemos ser conscientes del medio ambiente sin excepción. Escucho sus palabras en mi cabeza, y decido

hacer caso omiso, permito que el baño se llene por completo de vapor, tanto, que no puedo ni siquiera ver mis pies. Me meto a la regadera que está a una temperatura difícil de soportar... al principio, permito que cada parte que entra en contacto con el agua se aclimate y soporte los altos grados, la piel se me pone roja. Y aguanto. Aguanto, hasta que mi cuerpo entiende que no la voy a poner más fría.

Quiero que la presión y el calor relajen mis músculos, pero eso no sucede, sólo siento dolor. Puedo poner el agua más fría, apagarla, salirme del chorro, pero no lo hago. Me quedo lastimándome hasta que la respiración me avisa que no tolero más, toso desesperadamente y prendo la llave derecha. De mi cuerpo sale vapor, me recupero para bañarme con pesadumbre, el agua hirviendo acabó con mi energía.

Salgo de la regadera sintiéndome más cansada que la noche anterior. Si ese fuera mi cuarto de hotel, me metería en la cama, pediría *room service* y no saldría durante todo el día.

Me visto y me peino con lentitud. Guardo mis cosas y cuando estoy cerrando la maleta, llega Leo en shorts, con los audífonos colgando del cuello y sudando. Se ve feliz y me cuenta las maravillas de correr al lado del lago. ¿Es que no ve mi cara? No, claro que no.

Cuando lo conocí, una de las cosas que me atrajo fue su nariz que le daba a su rostro una característica de masculinidad que me fascinaba, después entendería que su nariz marcaba los límites de su visión. En Leonardo eso de “no podía ver más allá de sus narices”, era más literal que metafórico.

Él sigue hablando, yo lo miro y pienso que la vida se debe de mirar diferente con una nariz tan protuberante.

—Ali, te estoy preguntando si quieres desayunar conmigo.

Le respondo que no y me marcho arrastrando mi maleta con dificultad sobre el tapete.

Pido un taxi y le doy la dirección de Nadine. El taxista hace una mueca y me reclama la lejanía de mi destino. Asiento sin dar mayor explicación. Le voy a pagar, ¿qué no?

En cuanto llegamos al edificio recuerdo las escaleras, jalo la maleta escalón tras escalón sintiendo los tirones en mis músculos.

Subo hasta el último piso con mucho trabajo, entro al departamento donde el gato blanco parece que me ha estado esperando. Lo saludo y meto la maleta en el cuarto. Tomo otro diario del cofre, lo guardo dentro de mi chaleco y salgo de nuevo en dirección al centro. Desde mi teléfono compro un boleto para el *boat tour* que sale en una hora, eso me obliga a apresurarme y no tener tiempo para rumiar a Leonardo.

Me subo al metro, tomo asiento y saco el diario de mi chaleco.

septiembre, 1867

Hoy Lewis me pidió matrimonio. No lloré, no me desmayé ni me convulsioné, no me pasó nada de lo que describen las novelas románticas. Lo que sí siento es temor y también estoy emocionada.

Fuimos a dar una vuelta, como todos los domingos, me dio gusto verlo pues él era el único que entendía mi pasión por las historias, apenas lo vi, comencé a contarle sobre las aventuras de Oliver Twist, lo sentí ausente, pero no quise incomodarlo con preguntas. Llegamos a Lincoln Park y nos sentamos en una banca, guardamos silencio, situación inusual entre nosotros que

desde que comenzamos a salir hace más de un año, nunca hemos estado sin hablar. Pensé que estábamos en silencio porque Lewis iba a terminar la relación porque yo no soy como el resto de las chicas.

De pronto sacó una caja pequeña de su saco, la abrió y me la extendió sin decir nada. Las manos le sudaban. Era un anillo con un diamante, la piedra más bonita que había visto jamás. El sol le pegó justo en el centro y el rayo que salió se fue directo a mis ojos, me deslumbró tanto que solté el anillo, casi chocamos cabezas cuando nos agachamos para recogerlo. La escena nos hizo reír y los nervios y el temor se disiparon. Lewis se acercó, respiró y fue otra vez él, su rostro me mostró el semblante dulce e inocente de siempre. ¿Te quieres casar conmigo?, me dijo casi en un susurro. ¿No te vas a arrodillar?, le pregunté. Se apartó un poco de mí e hizo un ademán como para poner su rodilla sobre el pasto. Lo detuve con la mano, le di un beso en la mejilla y le dije al oído. Es una broma, tonto, jamás te pediría que hicieras algo así. Reímos de nuevo y me dijo que se había saltado las reglas porque nada en nosotros era convencional, que teníamos secretos e historias que sólo compartíamos en nuestro mundo.

Me pidió que actuara sorprendida cuando pidiera mi mano frente a mi padre y mis hermanos al día siguiente. Por eso me voy a casar con Lewis, porque él sabe lo que quiero incluso antes que yo. Extraño a mamá. No me acuerdo de ella, pero la extraño, me gustaría ver el rostro de una madre, de mi madre al enterarse de que me voy a casar con un hombre como Lewis.

La siguiente es mi parada, guardo el diario y salgo del metro, pienso en esas uniones perfectas, suspiro, me pregunto si eso podrá pasarle a quien sea o hay personas inmunes a ese tipo de amor...

Miro el reloj y me doy cuenta que voy tarde, corro para no perder el tour, llego a la salida del barco con el corazón latiendo. *Run Lola Run*. Así me siento. Así me manejo en la vida. Corro. A todos lados, es irrelevante si tengo prisa o no, si voy a tiempo o no. No conozco a nadie que sea tan puntual como yo. Mi padre, tal vez, pero mi puntualidad y mi prisa no tienen que ver con el reloj ni con las citas de trabajo o con amigos. Tiene que ver con escapar de algo que me persigue, que me obliga a estar atenta y con la guardia en alto para contraatacar esa mancha oscura y enorme que tiene la descortesía de no dejarse ver... ¿Cómo puede ser tan aterradora, estar tan viva y aun así permanecer eternamente escondida? Cuando creo que la voy a descubrir, giro con velocidad y sigilo, pero no la cacho, se mueve mucho más rápido que yo y desaparece, no sin antes dejar un rastro de miedo que se queda en mi piel muchas horas. Nunca he vivido sin miedo de ser atrapada. Sintiendo constantemente que escapo.

Me formo detrás de una pareja, ella es una mujer mayor y está en silla de ruedas, él es más joven, seguramente es su hijo, tendrá alrededor de treinta años. Él se entretiene en su celular, ella mira en dirección al río, pero en realidad está detenida en algún pasaje de su memoria. Se le nota la añoranza, se huele la melancolía, o ¿será que la estoy confundiendo con la mía?

Observo a la señora y me pregunto cuándo habrá dejado de caminar, ¿sería algo permanente? Y me entra la culpa por tener un par de piernas fuertes y no agradecer lo suficiente por ellas. De pronto escucho ruido, mucho. Giro para darme cuenta que una avalancha de niños viene en mi

dirección.

Volteo hacia el cielo y le cuestiono si me tiene que castigar de esta manera. Niños, muchos niños, por todos lados y maestras gritando. Miro el reloj y pienso si valdrá la pena cambiar mi boleto y tomar el tour que sale dentro de media hora. ¿Y si en el barco que sigue sucede otra calamidad como esta? Me dirijo hacia la taquilla, no hay nada peor que un grupo de niños desbocados. Cambio mi boleto y me meto a husmear en las tienditas que están sobre el muelle. Compró una bufanda tejida, al tacto es deliciosa, pido un chocolate caliente y me siento en una mesa al aire libre con vista al lago. Traigo una bufanda nueva, y no hay ruidos. Gran decisión la de cambiar mi boleto. Saco el diario, el viento arrecia, me resguardo en la bufanda y en la historia de mi familia.

Paso las hojas que hablan de los preparativos, quiero llegar al día de la boda, sigo en la prisa, pienso y me resigno, supongo que hay cosas que nunca cambian.

noviembre, 1867

Estamos en un tren de lujo, tiene las paredes tapizadas de color vino con figuras doradas. De los techos cuelgan telas y las ventanas son muy grandes y están enmarcadas por unas cortinas muy elegantes. Afuera en la estación hay un gran alboroto del que estoy a salvo, pues estamos en una cabina privada. El señor Pullman nos regaló de bodas dos boletos a Nueva York en uno de sus trenes más exclusivos. Nos quedaremos un par de noches allá, además de las que dormiremos en el tren. Estoy viviendo las aventuras que leo en los libros, y aunque estoy haciendo lo que hacen las mujeres de las novelas que odio, creo que cuando yo soy la protagonista, no me molesta tanto.

La ceremonia fue linda, aunque me sentía muy rara vestida con tantos olanes y con tanto maquillaje en la cara. Le pedí a mi papá que me dejara llevar algo distinto, pero me dijo que en eso no me saldría con la mía, que entendiera que ponerme un vestido de novia era lo único que me pedía. Sentí ternura, vi tristeza en sus ojos, debe ser difícil criar una niña sin una mujer que ayude y en una tierra de salvajes. Me pregunto por qué papá nunca se volvió a casar.

Acepté ponerme el vestido que la vecina eligió, era horroroso, estaba lleno de encaje que picaba y el velo me daba comezón en la cara y me lastimaba la cabeza. Lewis se dio cuenta de mi incomodidad y reía discretamente, me daba envidia que él estuviera tan cómodo en su traje. Después de la ceremonia hubo un brindis y música, me di cuenta de que el momento más emocionante de mi boda fue cuando Lewis me pidió matrimonio hacía ya varios meses.

Mientras escribo, Lewis termina de llenar el papeleo para el viaje. Esta noche vamos a dormir juntos y siento muchos nervios.

Cierro los ojos y me imagino a Carol, trato de sentir lo que ella en ese momento en el que estaba por empezar su vida con Lewis, nunca había tenido tantas ganas de enamorarme así, por completo, con miedo, a pesar del miedo.

Se acerca la hora de mi viaje, guardo el diario y camino de nuevo hacia la salida del bote. Me formo y para mi tranquilidad constato que, en su mayoría, los pasajeros somos adultos, y aunque sé que eso no es garantía de tranquilidad, me siento mejor de compartir el espacio con gente que

ha aprendido a reprimir sus inconformidades y a no escupirlas en lugares públicos.

Me subo y escojo la fila de en medio, luego me muevo a la orilla para tener el agua más cerca, pero me arrepiento porque ahí no tendré la mejor vista de los edificios, de los puentes y del río.

Así es Leonardo, pienso, en ningún lado está contento, él cree que es culpa de la mujer en turno, del trabajo, de su familia o de la circunstancia, pero su bienestar es responsabilidad de él y sólo de él. Su inmadurez emocional le hace pensar que el problema está afuera y que su melancolía —yo más bien la llamo estupidez—, es el resultado del mundo en el que vive.

Él es de esos que creen que mientras más noticias ve, habita el mundo de una mejor manera. Mi eterna discusión con él era así: ¿de qué te sirve estar pegado a las noticias si no haces nada? El único movimiento que haces es *tuítear* tu enojo, y *retuítear* las amarguras de la gente a la que sigues que está igual de amargada que tú y luego hacer “virales” sus quejas. ¡Por Dios!, tienes tres seguidores que además ni siquiera te dan *like*.

La realidad es que a Leo sólo le dan *like* las mujeres que están detrás de él. Sus apariciones en *twitter* son ridículas y están plagadas de ira, pero él dice ser un hombre “pacífico” y “trabajado”. ¿Sabrá lo que quieren decir esas palabras?

Finalmente elijo un asiento cerca del agua, miro mi reflejo. ¿Algún día bajará el enojo? ¿Cuándo dejaré de criticar a Leonardo para entender lo que yo cargo?

El recorrido comienza, me maravillo con los rascacielos que, en efecto, rascan los cielos, miro hacia arriba buscando dónde terminan los edificios, hay algunos que son tan altos que se pierden entre las nubes y no distingo si realmente veo el final de la estructura; sostengo mi cuello con las manos para mirar lo más arriba que puedo. Pasamos frente a un monstruo de espejos en donde se reflejan las nubes que viajan con rapidez, el viento choca con el azul del cielo y hace un ruido como de hojas quebrándose en el otoño.

De pronto el guía dice algo que me llama la atención, según él, el fuego de 1871 que devastó Chicago es de las mejores cosas que le han pasado a la ciudad porque eso les dio la oportunidad de reconstruirse desde los cimientos y convertirse en una de las ciudades más hermosas de Estados Unidos.

¿Cómo una tragedia tiene el potencial de convertirse en algo maravilloso? Mucha gente perdió la vida y los que no, perdieron todo lo que tenían. Por más que intento, no encuentro la lógica a ese razonamiento, de pronto recuerdo con angustia las palabras de Sawnder en el museo, cuando me dijo que mis antepasados vivieron el fuego de 1871 y que guardan un doloroso secreto.

Llegamos de regreso al muelle, el viento se cuela por entre las capas de ropa que traigo y eriza mi piel, busco al sol que no se deja ver por ningún lado. La temperatura cala como si fueran agujas, no lo tolero. Una vez abajo del bote, camino de prisa para calentarme, pero no lo consigo, las articulaciones me duelen. Me alejo del *pier* y camino entre las sombras de los edificios, busco desesperadamente un rayo de sol pero los pocos que se filtran por entre los rascacielos, no calientan.

Veo a lo lejos un Barnes & Noble y aprieto el paso. Abro la puerta y apenas entrar, siento un clima más amigable y noto el silencio que brinda el resguardo del viento. Me quito los guantes y con las manos congeladas me toco las mejillas que están tan frías que queman. Froto mis manos una contra la otra para ponérmelas en la cara. Mi cuerpo recupera una temperatura agradable y comienzo a caminar entre los pasillos.

Me pregunto cuántos ejemplares habrá en una librería, cuántas historias en cada libro. Si esas historias no se leen, ¿dejan de existir?, ¿se mueren?

Paso por la mesa de las novedades con algo de recelo, no entiendo cuál es la metodología que se utiliza para escoger los libros que ocupan esos espacios centrales. Supongo que es un método igual de aleatorio como el que se usa para publicar los libros. Tomo el que está hasta arriba y lo abro. La novela empieza así. *Lo que más me gustaría hacer ahorita sería morirme, desafortunadamente no tengo tiempo para hacerlo...* cierro el libro y continúo caminando.

Me cruzo con la sección de *Self Help*, miro a mi alrededor para constatar que no hay nadie mirándome y me meto al pasillo.

Recorro los títulos *Analyze People, Cognitive..., Manipulation, Enjoy the Little things*, sigo recorriendo los lomos con más rapidez, lo único que distingo son letras sueltas, *F..., D..., G...*, hasta que encuentro la parte de los libros de autoayuda que tienen que ver con el amor. *How to flirt*, busco en el estante del medio, *Body Language*, me pongo en cuclillas, *All the rules...* y de pronto veo un título interesante. *Conscious uncoupling: 5 steps to living happily ever after. How to break up in a whole new way*, de Katherine Woodward Thomas. Jamás habría tomado un libro de “esos” en presencia de mis amigos. Acerco un banco para sentarme y ver de qué se trata.

...frantic and distressed, we are driven to extremes to try to win back the affections of our beloved, doing almost anything to abate our anxious desire...

These are the kinds of nasty breaks that can induce what's called “broken heart syndrome,” which is when the physical heart is literally stunned into behaving in ways that simulate a heart attack.

Abro el libro en otra página.

You fractured your femur; your doctor looks on, your x-ray in hand, cocking her head to the side and saying ever so kindly, “well, now, let's just give it some time. You'll feel better soon enough.” Broken hearts, like broken legs, need a lot of tending to in order to properly heal.

Tomo mi celular de la mochila y encuentro mensajes de Leonardo, Sawnder y mi hermana. Le marco a Dina.

—Ali, ¿estás bien?

—Sí. ¿Tienes dos minutos?

—Claro.

—Estoy en Barnes & Noble y me encontré con un libro que explica mi enfermedad...

—¿De qué hablas? ¿Cuál enfermedad?

—Leonardo...

—Ah, Leonardo... —responde mi hermana con desgano.

—Escúchame —la interrumpo antes de que diga otra cosa—. La autora explica que cuando a alguien se le rompe el corazón es como cuando te rompes el fémur, pone el ejemplo de un doctor que después de ver la radiografía de su paciente, irónicamente le dice que tiene el fémur roto, pero que no se preocupe que con el tiempo se va a curar...

—No entiendo nada, Ali.

—Lo que dice esta mujer en su libro es brillante. El corazón roto necesita de un tratamiento para curarse, igual que cualquier hueso del cuerpo cuando se rompe, no sólo es una cuestión de tiempo. Además, dice que una ruptura puede llegar a causar ataques de ansiedad y de desesperación... Dina, ¿estás ahí?

—Sí, estoy pensando en lo que dices. Está de la fregada que estés pasando por esto sola, ya tienes el cofre, regresa, hermana. ¿Qué más quieres encontrar allá?

—Los diarios, Dina, nuestra historia, la de la abuela, eso es lo que quiero entender. Te marco después...

Cuelgo y acomodo el libro debajo de la axila para que no se vea el título. Camino por el pasillo principal y me encuentro con una edición de *The hero with a thousand faces* de Joseph Campbell en pasta dura, también lo tomo. El libro habla del origen del mito, de la psicología y la metafísica, las historias populares del universo, y el destino de la meditación.

Mientras camino hacia la caja, pienso en la fascinación que tenemos los humanos por las historias. Por verlas, escucharlas y crearlas. ¿Será que nos relacionamos con la ficción para entender el mundo desde una perspectiva distinta a la nuestra? Pago los libros y luego me meto al café que está al lado de las cajas, me formo en la fila y, mientras me atienden, reviso el mensaje de Leo y el de Sawnder.

Hola, Ali. ¿Estás bien?

¿Quieres que nos veamos para cenar?

Sí, ¿dónde?

Suspiro por pensar que no tengo remedio. Acabo de comprar un libro que me orientará para terminar con Leo y voy a ir a cenar con él.

Afuera del museo de arte a las 7,

¿te parece bien? Y de ahí decidimos adónde ir.

Ok.

Pido un capuchino con chocolate blanco y crema batida. Dina dice que mi obsesión por Leonardo tiene que ver con la química que tenemos juntos, y que esa sólo se cura con la distancia. No hay otro remedio, sentenció tajante mi amigo la primera vez que Leo terminó la relación. Él es la adicción más fuerte a la que me he enfrentado. Ni el cigarro me costó tanto trabajo dejar.

Recojo mi café y me siento, tomo la bolsa para sacar los libros que compré y los pongo sobre la mesa. Les acaricio la portada como si fueran un par de lámparas mágicas, ¿será cierto que la química tiene el poder de generar una adicción tan fuerte?

Recuerdo que, a veces, cuando Leonardo bebía de más o cuando se dejaba invadir por alguna emoción grande, sonreía de verdad, sin meter toda la cara, sin medir con exactitud cuántos

dientes debía mostrar para enseñar una sonrisa perfecta. Fueron esas contadas ocasiones en las que realmente me mostró quién era.

Miro el mensaje de Sawnder.

Hola, Alicia, hay una tocada de jazz

en la noche, ¿quieres venir?

No puedo, tengo planes, gracias.

Te escribo mañana.

Miro el reloj y apresuro el café, salgo de la librería y me dirijo al museo con premura, aún tengo tiempo, pero quiero llegar antes para entrar a la tienda de suvenires y finalmente comprar un cuaderno, ese es uno de mis rituales de viaje. Suspiro. ¿Cómo tuvo el valor para terminar conmigo en Chicago? Leo es la persona más egoísta que he conocido jamás. Entonces llegan a mi cabeza las palabras de Dina, Leo no es mala persona, solamente es un idiota. Y me río sintiendo un poco de alivio. Él es definitivamente un imbécil y yo una estúpida por permitirle tratarme como lo hace.

Me detengo en un semáforo para cruzar la calle, a mi lado un señor fuma y le importa poco la gente a su alrededor, él disfruta de su vicio, a pesar de los demás. Cuando yo fumaba me preocupaba que la gente se incomodara con mi humo y hacía contorsiones inimaginables para evitar molestar con mi vicio a los que estaban cerca, aunque fueran fumadores. Esa es mi vida, me la paso justificando lo que hago, disculpándome, escondiéndome, y tratando de que nadie se altere con mi presencia. Sin exigir, sin pedir, siempre accesible y amable a pesar de mí. En algún momento tomé como cierta la estúpida creencia de que mientras más grande el sacrificio, mejor persona soy.

Entro a la tienda de suvenires del museo y me dirijo a la sección de los cuadernos. Le doy una vuelta al aparador, nada llama mi atención, me voy a los estantes y después de buscar entre varios, elijo uno. Calculo que tiene unas 200 hojas, los bordes son dorados y la portada es amarilla en la parte superior, azul índigo en medio y turquesa abajo. La inscripción es la que me motiva a comprarlo,

*This
world
is but a
canvas
to our
imagination*

Thoreau

Lo pago y en lo que me dan el cambio, hago una anotación en la primera hoja, Alicia Tarrant, Chicago, mayo, 2017. *Museum of Design*. Lo cierro y lo guardo en mi mochila, son las siete en punto. Salgo apresurada mientras me pongo la chamarra, busco a Leonardo con la mirada y lo encuentro al pie de las escaleras, platicando con una chica que sostiene unos panfletos en las manos. Me detengo sin saber qué hacer. Bajo las escaleras apresurada y paso a su lado para que me vea, pero no me detengo, camino hacia la derecha y lo espero a unos metros, no sé qué le

dice a la joven, pero la hace reír. Su especialidad, pienso con amargura, chistes falsos, carentes de sentido y de humor, seguramente la chica ríe por compromiso.

Después de despedirse de la joven, se acerca con una gran sonrisa y me da un beso que deja pegado a mi mejilla durante unos segundos, luego lo truena y tomándome del brazo me pregunta que qué tengo ganas de comer.

¿No me vas a decir quién es esa mujer?, pienso irritada.

—Donde quieras —respondo seca—, pero si te quieres quedar con esa *niña*, no tengo problema.

“Niña”, lo digo con malicia.

—¿De qué hablas? Me estaba dando propaganda de los republicanos y le pregunté su opinión acerca de Trump. Estaba guapa, ¿no? Ven, te voy a llevar a un lugar que te va a encantar —dice mientras comienza a andar.

Conocía esa técnica a la perfección, me lanzaba un comentario en apariencia inocente que me lastimaría y luego cambiaba de tema. Él sabía que me iba a quedar colgada de sus palabras después de que la semilla de los celos se resguardara en mis heridas.

Me trabo, esa es la palabra adecuada, trabada, atorada, sin lograr moverme con soltura, quiero hablar de esa *niña* republicana, quiero saber si se queda pensando en ella, si intercambiaron teléfonos, si la buscará en Instagram porque tiene buen cuerpo.

—Hay una pizzería deliciosa cerca, ¿quieres ir?

—Ajá —respondo distraída.

Es nuestra última noche en Chicago, pensé que íbamos a pasarla en algún lugar especial. Ese es mi problema, siempre espero algo más de Leonardo. Mientras caminamos escucho otro más de sus famosos soliloquios, pienso en lo que haría Carol en mi situación, saco el teléfono y le mando un mensaje a Sawnder.

¿Sigue en pie la invitación a la tocada?

Avanzamos unos pasos y mi celular vibra.

¡Claro!

La dirección es 665 W Aldine Ave.

Está a 15 minutos del centro en taxi.

Aquí te veo.

Me detengo en seco. Leonardo me mira esperando alguna explicación. No sé muy bien qué decirle y me quedo en silencio unos instantes.

“La distancia es lo único que cura las obsesiones”. “Es un idiota”. “La gente no cambia”.

—Me tengo que ir —es lo único que alcanzo a decir.

—¿Qué? ¿A dónde vas? ¿Con quién? —pregunta Leonardo confundido.

Doy la media vuelta y empiezo a caminar.

—¡Ali! —me grita—. ¿Qué te pasa? ¿Qué haces?

Sigo de frente, no volteo, camino más rápido. Una parte de mí quiere que Leonardo venga detrás; mi parte más sana ruega que no lo haga. En la esquina doblo a la izquierda y detengo un taxi. Me subo y le doy la dirección al chofer, me recargo en el asiento, miro por la ventana y exhalo profundo. Estoy temblando.

Se recomienda escuchar esta lista de música mientras se lee la novela, aunque no es necesario hacerlo.

<https://open.spotify.com/playlist/0xmtaFkEJJiDiFjRagAS0?si=df62191319ea46b2>

2 Las llaves estarán adentro del mosquitero en la Puerta trasera del departamento. Es el último piso, la puerta de la izquierda. El cuarto de visitas esta pasando la sala. Hay una toalla limpia para tu uso. Puedes usar el closet, y hay cajones debajo de la cama. Hay un gato entrenado como lo indico en la descripción. Favor de no usar zapatos en el departamento. Trabajo hasta tarde, pero seré silenciosa al volver. Se puede usar el horno de microondas y el refrigerador, así como el fregadero y hay vasos para tomar agua. Cuando tengas oportunidad mándame tus horarios para que coordinemos el uso de la regadera. Gracias. Nadine.

Los pilares de la casa circular. El tiempo es circular, no existe. Nada es real. No eres tú, no soy yo. Somos tiempo y el tiempo va y viene para siempre. N del A.

SEGUNDA PARTE

Necesito desesperadamente saber qué hacer, no tengo idea de lo que quiero, no logro conectar con mi interior, así que recurro a un ritual para buscar una respuesta en algo externo, algo mágico. Saco el diario de Carol, pongo la mano encima, cierro los ojos y le pregunto: ¿Qué es lo que estoy buscando?, me concentro. Abro el diario en un lugar cualquiera y apunto con el dedo en la mitad de la página:



... la leyenda de los Sioux. Era la tribu de los Potawatomi y su líder Black Hawk. Cuando Marquette y Joliet llegaron a las tierras indias del Mississippi, los franceses trataron de persuadirlos para que no siguieran adelante con el viaje, pues decían que una vez que se adentraran en esas aguas, encontrarían peces más grandes que sus botes, cisnes sin alas, gatos salvajes, pájaros con agujones y monstruos marinos que devoraban canoas y hombres. Además de que los guerreros que protegían esas tierras eran violentos. Aun así y, a pesar de las advertencias, los dos pioneros decidieron seguir adelante con su expedición...

Quiero entender de qué se trata esa entrada, me regreso al principio y miro que son los cuentos que le contaba Lewis a su hija Elsie, mi bisabuela, acerca de los pioneros que llegaron a Chicago. Sonrío y miro por la ventana de nuevo, trato de encontrarle sentido a las líneas que acabo de leer.

El taxi se detiene frente a un edificio, me quedo unos instantes mirando los balcones, la fachada de ladrillo rojo y las macetas que se asoman de algunas ventanas. Estoy por entrar en una fiesta en donde no conozco a nadie, considero irme, pero no lo hago, toco el timbre, suena el *buzz* que me deja entrar. Me dejo guiar por la música hasta encontrar la puerta abierta del departamento. Resulta ser demasiado pequeño para la cantidad de gente dentro. En el centro hay una banda tocando jazz, camino entre caras, vasos, risas y calor, hasta que veo a Sawnder que levanta las manos desde una esquina para llamar mi atención. Me acerco y nos saludamos con torpeza, reímos como un par de adolescentes.

—Están tocando *Summertime* —dice, y yo asiento—. ¿Te traigo algo de tomar? Ven, vamos a la cocina —toma mi mano y me guía.

De pronto, mientras caminamos, entra una bocanada de aire a mis pulmones a pesar de la gente y del ruido y de que nada en ese lugar me resulta conocido.

Sawnder me sirve ron con coca cola en un vaso de plástico de esos enormes de medio litro, me siento en la universidad de nuevo, sonreímos y regresamos al salón donde toca la banda. La concurrencia está formada por jóvenes al menos diez años menores que yo.

Sawnder se mete hasta el frente de la multitud y me acomoda delante de él. Le doy un sorbo a mi bebida, no me gusta, pero necesito relajarme, así que me tomo la mitad del vaso de un jalón y comienzo a bailar. El calor y la *cuba* me desinhiben, suelto el cuerpo y me dejo llevar por la

sensualidad del jazz. Cierro los ojos y siento la música, es más fácil adueñarse del espacio en entornos desconocidos. Abro los ojos para constatar que cada quien está en lo suyo, la ausencia de juicio provoca que me mueva con libertad y que disfrute de mi cuerpo y del momento.

Recorro el lugar sin dejar de bailar y me doy cuenta que el músico que está detrás del gran contrabajo me mira fijamente, cuando hacemos contacto visual, sonrío. Sus ojos oscilan con delicadeza entre sus dedos, las cuerdas de su instrumento y yo. Sawnder se percata y comienza a imitar los movimientos del contrabajista sobre mi cuerpo. Me toca suavemente los contornos como si ahí estuvieran las cuerdas, cada vez estamos más cerca, hace calor, siento el cuerpo sudado de Sawnder que de pronto acerca su boca a mi cuello, noto en su aliento el alcohol, un olor intenso y agradable. El músico acomoda el contrabajo y lo aprieta hacia él, Sawnder hace lo mismo conmigo y yo me dejo hacer. Le devuelvo al contrabajista una mirada suave y mientras, giro un poco la cara para darle una mordida a Sawnder en la oreja.

La melodía acelera el ritmo, Sawnder me voltea para que lo mire de frente y me besa mientras baja las manos lentamente por mi espalda hasta detenerse en la cintura. Sé que el jazzista nos mira, y eso me prende aún más. Los brazos fuertes de Sawnder me aprietan, me susurra que nos vayamos de ahí, todavía no, esperemos a que termine el concierto, le digo de vuelta, lo beso y me muevo para quedar de nuevo frente al contrabajista.

El saxofonista anuncia que tocarán la última pieza, le digo a Sawnder que estoy lista para irme, sonrío y me toma de la mano para dirigirnos a la salida, mientras caminamos volteo a ver al contrabajista que me mira con cara de por favor no te vayas. Le lanzo un beso y desaparezco. Me gusta pensar que seré para el músico una imagen sin nombre, sin olor ni sabor. Esta noche se masturbará pensando en mí, en curvas que jamás tocará, en un orgasmo que no sabe cómo suena. El placer de la imaginación, un lugar sin límites en el que absolutamente todo es posible. Suspiro.

—¿Estás bien? —pregunta Sawnder.

—Sí, muy bien —respondo mientras miro su cuerpo atlético bajando las escaleras delante de mí, de la playera se asoma su cuello, me dan ganas de morderlo.

Pongo atención pues el estado de embriaguez en el que me encuentro, está a punto de provocar que me tropiece y caiga rodando por las escaleras.

Salimos a la intemperie, el viento nos recibe apenas abrimos la puerta, me pega en la cara y me provoca cerrar los ojos para sentir que la temperatura en mi cuerpo comienza a bajar. El sudor que cubre mi piel baja de temperatura con rapidez y en la nuca siento el frío como cosquillas congeladas, me estremezco. Caminamos por las calles en movimiento, estamos en una zona de bares donde los jóvenes aprovechan que ya es primavera para sentarse en las mesas de la banqueta aunque el clima no sea *ad hoc* para estar fuera. Miro el cemento y veo que hay plantas pequeñas, hojas y florecitas saliendo entre las ranuras del pavimento, para ellos también es primavera y buscan cualquier grieta para asomarse a ver el sol y gozar del preludio del verano después de un largo y crudo invierno.

Sawnder intenta pasar su brazo por encima de mis hombros y, al hacerlo, por poco me tira, nos reímos, balbucea algo ininteligible y me detengo para reír con la panza, dejo escapar unas lágrimas de emoción y respiro profundo para interrumpir la risa. Seguimos caminando hasta que logramos detener un taxi. No tengo ni idea de dónde estamos y tampoco sé cuál es nuestro destino.

El taxi se dirige al centro y se detiene frente a un edificio muy elegante, Sawnder se baja y luego me ayuda a bajar a mí.

Se encamina a la entrada del rascacielos y yo me pongo muy nerviosa.

—¿Qué haces? —pregunto alarmada—. ¿A dónde vas? —digo arrastrando la s.

—Sh, sh, sh —responde él poniéndose el dedo índice sobre los labios—. ¡No hagas tanto ruido! Estamos en West Chesnut...

—*Good night, Mr. White* —dice el conserje mientras abre la puerta.

—*Night, Mr. Parbu* —responde Sawnder tratando de mantener el equilibrio, luego toma mi mano y me jala hacia el interior.

Al entrar balbuceo lo mejor que puedo un buenas noches. Tengo miles de preguntas que no puedo hacer porque me gana la risa con sólo abrir la boca. El elevador está cubierto por espejos que parecen fragmentados, muevo mi cara para que se divida en muchas más, me divierte verme en pedazos, tengo un ojo arriba, el otro a la derecha y la frente se alarga como si cubriera toda mi cabeza.

—Soy un Picasso, ¡mira! —grito apuntando a mi cara en los espejos y los dos reímos. Sawnder aprieta el número 63, siento vértigo—. ¿Están bien contruidos estos edificios? ¿No se caen? —le pregunto a Sawnder que me mira confundido... no me responde y sale del elevador, tras llegar a nuestro destino, va una velocidad que me sorprende.

En el vestíbulo del piso 63 hay una mesa blanca con una orquídea del mismo color, a los costados descansan un par de sillones morados minimalistas. No digo ni una sola palabra, ahora que lo pienso, los lugares elegantes y pulcros invitan a bajar la voz.

Me acerco a Sawnder mientras intenta, sin éxito, meter la llave en la chapa.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto me le pego por detrás y meto mis manos debajo de su playera para acariciarle el abdomen.

—No, no —responde entre risas—, no le atino...

Recargo mi cabeza en su espalda y cierro los ojos, tomaré una pequeña siesta, le digo y me río. ¡Bendito alcohol!

—¡Listo! —grita Sawnder provocando que mi corazón se arranque a latir con fuerza.

El departamento da una sensación de amplitud pues hay muy pocos muebles, en el centro, donde debería de estar la sala, está la cama sobre una base sin cabecera, a su lado hay una mesita de noche con una lámpara estilo barroquí en tonos azules. Los pisos son de ébano muy oscuro. En un costado se eleva una columna redonda y blanca, cerca de uno de los ventanales, desde donde se ven los edificios del centro de Chicago, descansa un escritorio de madera antiguo. La imponente vista me recuerda al Willis Tower. Las luces de los rascacielos me provocan un estremecimiento y me viene a la mente la imagen de las copas de las secoyas en California.

Sawnder me pregunta si me gusta su casa. Le respondo que mucho, luego le doy un beso urgente, aprieto mucho los labios contra los suyos, lo abrazo y pongo las manos en sus nalgas para acercar su pene hacia mí y sentir su erección. Le subo la playera para quitársela pero me detiene.

—No, así no —dice y me aparta suavemente.

—¿No quieres?

—Claro que quiero, pero no vamos a tener sexo borrachos, ven.

Me dirige hacia la cocina que es abierta, hay una barra de mármol blanco y cuatro bancos de

plástico en el mismo tono. Con trabajos me siento en uno de ellos en lo que Sawnder saca cosas del refrigerador. Pone frente a mí una selección de quesos, uvas, una baguette que rebana con gran destreza para el nivel de intoxicación en el que estamos, y dos botellas de agua mineral. Corta un pedazo de camembert, lo pone en el pan y me lo da.

Voy a decir algo, pero me detiene metiéndome una uva a la boca, me río y le reclamo la manera tan poco sutil que tiene para callarme. Me lanza una mirada seductora y pide disfrutar el momento sin palabras. El comentario me cae mal, afortunadamente el alcohol aún corre felizmente por mis venas y tengo antojo por el cuerpo torneado de mi anfitrión, y eso me obliga a desechar la observación.

Sawnder toma el control del aparato de sonido para poner una música *lounge* suave, luego prende unas velas color crema que están formadas a lo largo de los ventanales, son de diferentes tamaños y grosores. Cuando termina, se quita la playera y se acerca a mí que sigo sentada en el banco, me abre las piernas y se mete en medio. Acerca mucho su cara a la mía pero no me besa, recorre con sus dedos mis mejillas, los pómulos, acaricia mis orejas, luego hace lo mismo con mi cuello y hombros. Me mira a los ojos y continúa hacia arriba, se detiene en la frente y la besa, besa el nacimiento del cuero cabelludo, pasa sus dedos por mi pelo, lo huele y cierra los ojos. Yo lo dejo hacer, sintiendo una mezcla de placer e incomodidad, me siento demasiado observada, a pesar del alcohol.

Gira el banco para dejarme de espaldas a él y me toca la espalda con suavidad, me desabrocha el *brasiere*, baja los tirantes y los saca por los brazos, sin quitarme la playera. Me toca el pecho por encima de la tela, tengo que poner atención para seguir el recorrido de sus dedos pues el tacto es sutil. Besa mi cuello mientras exhala con suavidad.

Me toma de la cintura para bajarme del banco. Al caminar, quiero tocarlo, pero me lo impide, entonces le cedo el control y me dejo llevar, me quita los pantalones y los calzones, me siento expuesta, vulnerable, no sé qué hacer. Se da cuenta y me besa en los labios, pone mi mano en su pene que está duro y murmura, me encantas, ¿se nota? Ahora déjate llevar.

Dudo un poco cómo hacerlo. Me llegan a la mente unas venas demasiado azules que tengo cerca de un lunar en el muslo derecho. Mi vientre no es plano y tengo celulitis en las nalgas.

¿Cómo acomodo esa información para permitirme sentir placer? Sawnder es muchos años menor, es atlético y tiene una cara muy atractiva. ¿Qué pensará de mi cuerpo en el que la gravedad ha hecho estragos? Quiero detener mis pensamientos, que mi mente no joda este momento, respiro para ver si con eso mis traumas corporales se desvanecen, pero no lo logro, Sawnder me besa el abdomen al tiempo que intento meterlo lo más que puedo.

Hago un esfuerzo tan grande por ocultar mi vientre que el placer junto con la borrachera, se esfuman.

—Perdón, no puedo, le digo mientras me alejo y busco mi playera.

—¿Te lastimé? —pregunta consternado.

—No, no para nada. Es que... no logro dejar de pensar en Leonardo —miento.

Sawnder me abraza y me consuela, dice que no pasa nada y que me entiende. Y yo siento un nudo en la garganta tan grande que no me permite que pase la saliva. Soy una imbécil, pienso. Mis estúpidas inseguridades no me dejan soltarme y disfrutar, llevamos toda la noche cachondeando y ahora me invento una historia para ocultar que no acepto mi desnudez.

Nos metemos debajo de las cobijas y lloro de impotencia, de rabia, de coraje. Sawnder cree

que lloro por amor.

El sol entra por los ventanales, abro los ojos y siento algo en mi brazo, Sawnder me está pintando un contrabajo con una pluma. Me río y le pregunto que qué está haciendo.

—Esperando a que te despiertes —responde con una mueca pícaro—. ¿Café?

—Sí, por favor.

De camino a la cocina, recoge la ropa que se fue quedando desperdigada por el suelo. Cuando levanta mi chaleco se cae el diario de Alicia y unos recortes de periódico. Sawnder los toma mientras me mira. Es el diario de tu abuela Carol... y estos son titulares del fuego de 1871, dice mientras lee los recortes.

Me levanto de un brinco y miramos los encabezados en silencio.

GREAT FIRE IN CHICAGO!

Over thirty blocks destroyed!

The losses amount to millions!

Hotels, Depots, Telegraph Offices and Water Works, all Burned!⁴

*

The fire fiend

Great Conflagration in the City of Chicago.

Stores, Mills and Tenement's Swept off by Flames-Several Blocks Already

Destroyed- Men, Women and Children Fleeing for Life from the Fire.⁵

*

Fire!

Destruction of Chicago!

2,600 Acres of Buildings Destroyed.

Eighty Thousand Burned Out...

All the Hotels, Banks, Public Buildings, Newspaper Offices⁶

Hay recortes de *The Janesville Gazette*, *The Chicago Tribune* y de muchos periódicos más con los mismos titulares. El fuego en Chicago en octubre de 1871.

Abro el diario y busco esa fecha. Comienzo a leer en voz alta mientras nos acomodamos en los bancos de la cocina y Sawnder prende la cafetera.

octubre, 1871

No sé qué día es ni cuántos han pasado desde que comenzó el fuego... afortunadamente mis diarios estaban en mis enaguas, y gracias a eso ahora tengo dónde escribir. Necesito ordenar mis ideas, y plasmar lo que sucedió aquella terrorífica noche.

Lewis me despertó atemorizado, me dijo que envolviera en una manta a Elsie, teníamos que apresurarnos. El fuego..., repetía sin parar. ¡Nos va a alcanzar! Traté de calmarlo, el fuego no

era novedad para nosotros. Lewis no respondió, me suplicó que no discutiera y que le hiciera caso, y lo hice. Al salir de la casa con mi bebé en brazos, miré hacia atrás y vi en el horizonte una línea roja que crecía y se acercaba con rapidez. Le tocamos la puerta a mis hermanos y mientras salían, Lewis empapó unas cobijas con el agua del pozo. Me echó una sobre los hombros y me pidió que cubriera a Elsie, luego él hizo lo mismo.

Las llamas se veían muy lejos, me costaba trabajo pensar que nos alcanzarían, claramente Lewis estaba entendiendo algo que a mí me tomó un poco más de tiempo aceptar. Mi hermano nos advirtió que el fuego iba a cruzar el río. Mi marido respondió que eso era imposible. Muy pronto lo imposible sucedió. El río estaba lleno de aceite proveniente de las fábricas y eso ocasionó que las llamas lejos de apagarse con el agua, se encendieran aún más. El aceite fue la balsa que cruzó al fuego al otro lado, donde estábamos nosotros entre muchos otros.

De pronto el cielo se iluminó por completo, la noche se hizo día y cayó una lluvia de fuego, el ruido se volvió cada vez más cercano e insoportable. La gente corría despavorida, ardía y gritaba. El estruendo seguía creciendo, el rugido se unió al ensordecedor alarido de peligro que inundó la ciudad demasiado pronto. Las llamas brincaban de un lugar al otro y luego aparecían como de la nada, era como si el fuego tuviera una mente propia y jugara a las escondidillas. El piso quemaba y no se podía respirar, los pulmones me empezaron a doler. Elsie lloraba, pero su llanto se confundía con el de la gente, con el del viento.

Las ratas salían de las cloacas despavoridas, y los caballos que jalaban las carretas, relinchaban levantando las patas anteriores y tirando lo que traían a cuestas incluidas las personas. Los bomberos pedían agua, las mangueras se atoraban en los vestidos de las mujeres que cachaban al vuelo las llamas convertidas en tornados incandescentes.

Los techos volaban como dragones encendidos y furiosos, prendían lo que se cruzaba a su paso. Mi marido no soltaba mi mano, corríamos en círculos tratando de no separarnos de mis hermanos y de Tom, no sabíamos a dónde ir, dónde refugiarnos, la cara de Lewis era el espejo del horror. La confusión se apoderó de todo. Estábamos acorralados.

Entonces Lewis nos tiró al piso para cubrirnos de las llamas que iban mucho más rápido que nosotros, nos arrastramos por las calles ardientes, para resguardarnos en el Water Tower.

Tom, y mis hermanos se acercaron para advertirnos que nos teníamos que mover de lugar, habían dejado libres a los presos que estaban en la cárcel del ayuntamiento, teníamos que tener cuidado porque algunos se habían escapado de los custodios y estaban atacando sin piedad. Eran asesinos de alta peligrosidad.

Lewis propuso el parque Lincoln, nos dirigimos hacia allá con mucho trabajo, me dejé guiar por mi esposo y por mis hermanos, no podía ver por el humo y el caos, mi completa atención estaba centrada en no perder a Elsie. La apreté tan fuerte a mí que todavía, al pensarlo, me duelen los brazos.

Al llegar al parque, Tom le dijo a Lewis y a mis hermanos que nosotras estábamos a salvo, pero que ellos tenían que regresar para ayudar a la gente atrapada en el fuego. Le supliqué a mi marido que no lo hiciera, que no nos dejara, pero el corazón de Lewis no le permitió estar a salvo a sabiendas de tanta gente que no lo estaba.

Después de muchas horas, no sé cuántas, llegó la lluvia, que fue la que apagó el fuego, ningún intento humano lo logró. La guerra fue de naturaleza contra naturaleza.

Más horas pasaron y los gritos se fueron ahogando en el humo, en los cuerpos flotando en el río y en el lago. Los edificios seguían desplomándose. Las calles estaban llenas de restos de madera y de humanos y de animales y de hogares que dejaron de serlo.

El aire lleno de cenizas que caían como nieve ligera, cada vez se escuchaban menos ruidos y poco a poco se fue haciendo perceptible el crujir de lo que se seguía quemando por dentro, como si el fuego se hubiera metido en las entrañas de los restos de la madera y desde ahí siguiera vivo, amenazante.

Mientras escribo estas líneas, tengo miedo, mucho miedo. Lewis se fue con Tom y mis hermanos para ayudar a la gente atrapada en el fuego, pero no regresó, no ha regresado... Tom y mis hermanos han estado buscándolo por todos lados, no hay rastro de él. Han desaparecido las referencias que nos ubicaban, ya no sé dónde queda el centro ni nuestra casa, no sé dónde quedaron las cosas que conocía. Sólo se ven añicos, polvo, humo, todo es gris arriba y abajo. No se ve el cielo ni la tierra. Nos movemos entre bruma.

Elsie no para de toser, y yo desespero cada vez más. No me quiero mover del parque, aquí fue donde vi a Lewis por última vez. Va a volver, estoy segura. Pienso en mi padre y me alivia que no esté con nosotros y no vea su ciudad en ruinas.

Me duele el pecho y los ojos me arden, el cuerpo de Elsie está caliente, no sé dónde voy a conseguir medicinas, agua, leche. Muevo las manos y los pies, no siento nada, mi cuerpo está entumecido. Tengo que mantenerme alerta hasta que regresen mis hermanos con Lewis. Todo estará bien...

No puedo seguir leyendo, el pecho se me comprime, imagino a Carol con su bebé, la angustia. Sawnder me quita las lágrimas de las mejillas con una caricia, toma el diario y con un gesto me pregunta si continúa leyendo, asiento.

Lo hemos perdido todo, todo. Tenemos que seguir buscando a Lewis, Elsie me preocupa, pero no sé qué hacer. Parece que vivimos en una ciudad fantasma. La madera sigue albergando fuego dentro, lo sé, el fuego siente nuestro miedo, caminamos sobre brasas ardientes, Lewis le contaba a Elsie historias de los indios que vivían en estas tierras, yo me angustiaba porque pensaba que sus espíritus regresarían para desquitarse. Lewis reía y me decía que me tranquilizara, que eran leyendas. Ese demonio de los pantanos al que le arrebatamos estas tierras es el que se está vengando, estoy segura. Estos días en los que no se distingue muy bien la hora, y que están

inundados de silencio, se escucha un murmullo en forma de amenaza y juro que por entre le bruma salen imágenes humanas de los indios que están reclamando sus tierras.

¿Qué más se quiere llevar el fuego? ¿Qué más se puede quemar? Todo está destruido. Los demonios deben de estar contentos. Ni siquiera el río detuvo al fuego, no puedo borrar de mi mente las caras de terror adentro del agua, los intentos por apagar las llamas. No entiendo cómo le ganó el fuego al agua, es contrario a la lógica. Los gritos y las señoras con sus vestidos corriendo mientras ardían, quién iba a decir que la elegancia las mataría, esos encajes agarraban al fuego que volaba por los aires y las capas de tela se encendían de inmediato.

Las chispas volando por los aires incendiando lo que quedaba a su paso, parecían estrellas anaranjadas cayendo del cielo sin piedad. No sé si lo que vi esa noche por las calles fue cierto o estoy enloqueciendo y mi mente está inventando recuerdos. Las calles encendidas y el fuego brincando de las aceras a las ventanas para saltar por los techos de los edificios. En los aires volaban paredes, animales y cualquier cantidad de objetos.

Las ratas huían rechinando, los cerdos lloraban por las calles, los caballos desbocados no se podían controlar y la gente corría en direcciones contrarias tratando de buscar refugio.

Los bomberos vueltos locos trataban de entender la lógica del fuego, pero no lo lograron, éste se les adelantaba y tomaba giros insospechados. Mientras corríamos, vi arder al hotel Palmer recién inaugurado y construido a prueba del fuego, pero eso al fuego no le importó y también se lo llevó...

No he podido llorar. Recuerdo la muerte de mi padre, cuando lo lloré, entendí que de verdad había muerto. No quiero llorar. Lewis sigue desaparecido y yo no lo voy a llorar, no permitiré que se muera.

Sawnder deja el diario en la barra de la cocina, se acerca a mí, me abraza, no contengo el llanto, después de varios minutos, me acurruco y me quedo dormida con la pesadilla de un pasado que se revela y que duele aunque sea tan lejano.

*Sawnder me despierta con un beso en la frente y me pregunta si tengo hambre, me dice que me va a llevar a comer los mejores huevos benedictinos del mundo y los mejores centros de dona del universo, los sirven con *toppings* de leche condensada, chocolate y dulce de leche, me dice con la intención de que me anime un poco.*

Sonrí invadida de ternura, en otro momento hubiera bastado con que mencionara los centros de donas, para que yo saltara de felicidad, pero en ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuera el dolor de enfrentar lo perdido, de la añoranza y la desesperación, de la vida que se va como agua entre las manos, que no se puede detener, atrapar, contener. La maldita incertidumbre de lo que depara el futuro.

Sawnder insiste en ir a desayunar, gano tiempo dándome un largo baño. La regadera de Sawnder es amplia y se cierra de forma hermética para guardar dentro el vapor, en uno de los costados tiene una parrilla cubierta, que funciona como un sauna concentrado, casi puedo ver a las toxinas salirse de mi piel.

Poco a poco el pasado se evapora y el presente aparece suave y con olor a limpio, inhalo el olor a lavanda del *shampoo*, luego limpio el espejo y miro mi cara. Pienso en Carol, en el fuego. La mañana es soleada y fresca, las hojas de los árboles reflejan los rayos del sol y se mueven emitiendo un leve crujir. Caminamos y mientras Sawnder marca para hacer la reservación en el restaurante, pienso en los diarios, en los secretos familiares y me pregunto si existe la carga genética más allá de las enfermedades, de las formas de nuestros cuerpos o el color de los ojos. La información que no sale en los resultados de los análisis médicos, ¿estará guardada en algún lugar adentro de cada quien?, ¿en nuestras emociones?, ¿en el alma?

Que el cofre llegara a mis manos era sumamente improbable, la información que contiene no la habría podido descubrir de otra forma. Sin embargo, si esas verdades se hubieran quedado ocultas para siempre...

—¿Qué piensas? —pregunta Sawnder al terminar la llamada.

—En los secretos. La tontería esa que dice que todo siempre sale a la luz.

Eso es una estupidez, lo que no sale a la luz, no sale y nadie se entera nunca.

En cuanto abrimos la puerta del restaurante me invade el olor a masa horneada. El espacio es amplio, parece un salón para banquetes de cuento de hadas. El piso de mármol está tan limpio que brilla. Las mesas son de madera barnizada, y están finamente trabajadas. Las sillas de terciopelo color vino son amplias y cómodas. La barra también es de madera, está pintada de verde y detrás tiene un gran espacio donde se muestra la panadería.

Apenas nos sentamos, Sawnder ordena los centros de donas. El mesero le hace una mueca coqueta, todavía nos quedan, tranquilo, dice y ambos ríen.

Los centros de donas son unas bolas que tienen el tamaño de una pelota de golf, vienen espolvoreadas con azúcar glas, y las acomodan unos sobre otros en un plato pequeño adornado con flores. Vienen acompañadas por tres cuencos, uno con leche condensada, otro con dulce de leche y el tercero con chocolate líquido.

Tomo una bola y cuando estoy por meterla en la boca, Sawnder detiene mi mano y me muestra cómo se debe de hacer el ritual.

—Primero hay que remojar el centro en alguno de los recipientes —dice—, luego se cierran los ojos y entonces sí, con el resto de los sentidos, te lo llevas a la boca y le das una mordida grande.

Sigo los pasos al pie de la letra, le clavo los dientes a la masa que en combinación con el dulce de leche me llena la boca, mis papilas gustativas se vuelven locas, trago lento para que el sabor dure el mayor tiempo posible. Ningún bocado es igual al primero. Las primeras veces, cuando son buenas, son gloriosas e irrepetibles.

Yo no sé por qué crecí con la idea de que el mejor bocado hay que guardarlo para el final, debería de ser al contrario: el bocado que más se antoja debe ser el primero. Dejar de postergar el placer sería una forma interesante de vivir.

Una vez que terminamos los centros, pedimos el desayuno y café, Sawnder me pregunta que para qué regreso a México.

—No entiendo —respondo confundida—, allá vivo.

—Sí... pero por lo que me has platicado en este momento no tienes a qué regresar o a quién.

Llegan los huevos, son “los mejores benedictinos del mundo”, según Sawnder, así que me tomo en serio la preparación de mi bocado. Pan, salmón y la yema bañada en salsa holandesa. Lo

meto a mi boca, está riquísimo, pero no me sabe a gloria. ¿Será que las emociones se meten en las papilas gustativas y cuando el sentimiento está en otra parte no se puede disfrutar como es debido?

—Perdóname que me meta en tu vida, Alicia, apenas nos conocemos, pero me has contado cosas íntimas, hemos leído los diarios de tu familia, no sé, creo que valdría la pena cuestionar si estás viviendo como quieres.

—... —la duda entra en mi cabeza y luego me agarra de la garganta.

—¿A qué regresas? Vivías con Leonardo, ¿no? Vas a llegar a buscar casa, a sacar tus cosas del departamento o a quedarte tú ahí, para vivir entre fantasmas ver a tu ex, cuestionarte tu relación con él enfrente, y sufrir. Puedo ver el panorama, todos hemos vivido rupturas, dramas.

Le cuento a Sawnder lo que me dijo Dina, “lo tuyo con Leonardo es cuestión de química, y la química se cura con la distancia”.

—¿Ves? Quédate un rato, si no estás a gusto, te vas.

—No sé... —dudo—, y ¿si vuelvo a México recojo mis cosas, me salgo del departamento y regreso a Chicago?

—Eso no va a suceder y lo sabes —responde Sawnder mientras saborea exageradamente un bocado de salmón—. Te vas a enrollar en tu vida allá.

—Y ¿de qué voy a vivir?, ¿qué voy a hacer acá?, ¿en qué voy a trabajar? No tengo papeles no tengo nada —replico hablando demasiado rápido.

—El otro día me dijiste que la venta de la serie de Alaska está por cerrarse, con eso puedes vivir muy bien un buen rato y ver qué es lo que quieres hacer.

—Y, ¿si no se vende?

—Regresas a México, buscas trabajo acá, no sé, no te adelantes.

Siento la sangre agolparse en mi cara y un dolor de cabeza súbito se instala en mi frente, le doy vueltas a mi anillo de infinito.

—No te abrumes con tantas preguntas, sólo te vas a generar un ataque de pánico —dice Sawnder con una sonrisa maliciosa en los labios.

El comentario provoca que me relaje y que las ideas tomen un poco más de distancia entre ellas.

—Respira, Alicia. Lo primero que tienes que hacer es decir que sí. Te sobran alguna horas para pensarlo. Vamos por tus cosas a casa de Nadine y de ahí partimos, ¿te parece?

En el taxi camino al Airbnb, Sawnder propone un juego. Él me hará una serie de preguntas y yo responderé lo más rápido posible con lo primero que llegue a mi mente.

Empieza por cosas básicas. ¿Te gusta el sushi? Tu color favorito... ¿Frío o calor? Nombre de tu mamá... el juego toma una gran velocidad, estoy contestando las preguntas antes de que Sawnder termine de formularlas.

—¿Te quieres quedar en Chicago?

—Sí.

Silencio.

—Me pusiste una trampa psicológica —le digo con una sonrisa.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Te quedas un mes acá, no te sientes bien y te regresas a México. Es más, quédate en mi casa..., me dice convencido.

—¿Cómo crees?

—No es gran cosa, al parecer nuestras familias están unidas desde hace muchas generaciones. Tienes que tomártelo un poco más a la ligera, no te estás enrolando en una misión suicida, Alicia.

—Eres la única persona, además de mi mamá, que me dice Alicia.

—¿Prefieres que te diga Ali?

—No, me gusta Alicia.

Sawnder me espera en el taxi en lo que voy por mis cosas. Se ofrece a bajar mi maleta, pero me niego. Subo las escaleras de madera que están en la parte posterior del edificio. Nadine no está en casa, pero sí están sus enormes zapatos en la entrada y su peludo compañero blanco que me mira con desconfianza. Entro a mi cuarto, guardo la ropa y le echo un vistazo a los libros y a la colcha verde. Entro al baño para mirar la cortina que dice “París siempre es una buena idea”. Mi cuerpo recuerda la primera vez que aterricé en esa regadera y me alegro de que a sólo unos días de distancia, mis ojos no estén abultados por las lágrimas y mi pelo ya no sea un zacate, agradezco no sentirme como una indigente en mi propio cuerpo.

La idea de quedarme en Chicago no suena tan descabellada, pienso en Leonardo. Si me quedo tal vez no volveré a verlo, el aire se tarda un poco más de lo normal en abandonar mis pulmones, inhalo de nuevo.

Le escribo un recado a Nadine agradeciéndole su hospitalidad y aquella bizarra noche del performance en la mansión, dejo la nota junto con la llave en la barra de la cocina. Antes de irme me pongo en cuclillas y llamo al gato que se me queda mirando como diciendo y ésta ¿qué quiere? Me analiza un rato más, mueve la cabeza de lado y luego se aleja caminando por el pasillo con parsimonia. Cuando me vaya, ese gato blanco jamás pensará en mí.

Después de dejar el equipaje en su casa, Sawnder se va a la universidad, y yo camino hacia el lago, a lo lejos veo el hotel The Drake, son las doce del mediodía, ya es aceptable beber. Me meto en el bar, y para mi sorpresa, encuentro a varias personas.

Me acomodo en una esquina. Las mesas son redondas, bajitas y pequeñas; en el centro de cada una descansan unas lámparas en forma de hongo que arrojan luz cálida. Los sillones individuales son tan cómodos que siento el impulso de quitarme los zapatos y acurrucarme como si estuviera en la sala de mi casa. Pido un gin & tonic, le escribo un mensaje a Sawnder para avisarle dónde estoy, y le marco a Dina para contarle lo que he descubierto en el diario.

—Hermana, escucha esto, en los recortes que encontré —le cuento apenas responde—, dice que la escena de ruina y devastación eran imposibles de describir. Nunca en la historia del mundo se ha visto algo así —traduzco literal los encabezados—. Y luego en otro recorte dice: jamás se ha atestiguado el pánico, la angustia y el horror de esta forma. ¿Sigo?

—Claro —responde Dina—, te estoy escuchando.

—...ok, dice que estas palabras fueron escritas el lunes a la una de la tarde cuando la ciudad seguía ardiendo. Finalmente, alrededor de la media noche comenzó a caer una suave lluvia que persistió hasta el martes, la primera precipitación en tres meses. Esa suave lluvia se convirtió en una tormenta. El artículo termina diciendo que gota a gota, el agua apagó las llamas, dejando al final un silbido de humo blanco.

—¿Qué triste, hermana! —responde Dina en un suspiro—. Qué bueno que estás por volver a casa, te extraño.

Cuelgo con mi hermana y saco de mi bolsa del chaleco el diario de Carol.

octubre, 1871

Ayer dormí profundamente con Elsie amarrada a mi cuerpo. Al abrir los ojos vi por lo menos una veintena de mujeres muy cerca las unas de las otras, no supe cuánto tiempo dormimos ni qué hora del día era, me costó trabajo ubicarme.

De pronto una señora nos informó que estaba llegando ayuda de Filadelfia y de Nueva York, que pronto traerían comida y medicinas.

Sé que están cansadas, tristes y enojadas, pero tenemos que sacar a Chicago adelante, dijo la mujer a todo pulmón, este es el momento de ser amazonas y de demostrarle a los fantasmas del pasado y a quien sea, que no nos dejaremos vencer. Nos advirtió que no nos separáramos, que los asesinos y bandoleros estaban libres. No salgan del parque, no es seguro, hay que cuidarnos entre nosotras.

“Nuestras vidas se esfumaron, no queda ni rastro de nuestras casas, no sabemos dónde están nuestras familias, su dolor es el mío, créanme, pero estamos vivas y hay mucho por hacer. Voy a organizar una comitiva de primeros auxilios y otra para racionar la comida, empacarla y repartirla”, concluyó.

Nos indicó dónde podíamos ser de utilidad en función a las habilidades de cada una y al final nos dio ánimos diciendo que los bomberos habilitarían una iglesia cercana, para que nos resguardáramos ahí.

Más tarde me enteraría que la señora que nos organizó y llenó de un ánimo que no teníamos era la señora Palmer que, por cierto, es únicamente un año mayor que yo.

Mi pelo estaba tieso, el olor a chamuscado era nauseabundo, tenía mucha sed y me sentía débil, aun así, amarré a Elsie a mi espalda y me uní al grupo de mujeres que formaban despensas. Le di agua a mi hija y algo de comer, luego bebí yo, pero no pude tragar, la garganta y el pecho me lastimaban con el roce del alimento.

Trabajamos durante muchas horas, no sé cuántas, por momentos me salía de la cadena de mujeres que armaba los paquetes para dejar que Elsie caminara, para que se moviera, y aprovechaba para darle de comer y de beber. Su cara estaba negra, sus labios tenían llagas y su pelo se veía quemado en las puntas. Mientras mi bebé se desplazaba por el piso y reía con toda la inocencia de sus tres años, yo la miraba y su vulnerabilidad se clavó en el centro de mi pecho generándome un tremendo miedo al futuro.

En algún momento durante el día, la señora Palmer se acercó mientras intentaba calmar a Elsie que no paraba de llorar, me dijo que estaban ofreciendo pasajes de tren gratis para los ancianos, mujeres y niños que quisieran reunirse con familiares ubicados en otras partes del país. Se ofreció a ayudarme en caso de que quisiera dejar Chicago, después de su propuesta, acarició mi mejilla y se sentó a jugar un rato con mi bebé. Esa mujer era casi de mi edad, estaba recién casada y, sin embargo, se veía entera a pesar del momento que estábamos viviendo. Su esposo, el magnate Potter Palmer le regaló el Palmer Hotel de bodas, los recién casados

vivirían en la suite, pero no lo lograron, pues el fuego se llevó al hotel aunque se suponía era a prueba de él.

Bertha no descansó ni un segundo, cada vez que la veía estaba haciendo algo, ayudando a alguien. Mientras jugaba con Elsie pensé que irme de Chicago no era opción, tenía que quedarme a esperar a Lewis. Recordé nuestra luna de miel en un tren de lujo, los paisajes que vimos, los cielos llenos de nubes que se movían a nuestro ritmo, el vaivén en verde me regaló las siestas más deliciosas que jamás he tenido. En ese viaje que hicimos, me sentí como hipnotizada. Un par de años antes, en un tren como esos, le dimos la despedida a nuestro querido presidente Lincoln.

Siento una profunda tristeza por lo que perdimos, y también una enorme sorpresa por la ayuda que hemos recibido. Mañana llegarán más cargamentos, y escuché que Londres también está mandando ayuda...

Intento recordar las plegarias que repetía el padre cuando íbamos a misa los domingos, pero no lo logro, me arrepiento de no haber prestado atención, de haberlo hecho, ahora sabría cómo rezarle a Dios para pedirle que nos cuide y que me ayude a encontrar a mi marido...

Mi celular vibra, lo tomo anticipando un mensaje de Sawnder.

Hola, Ali. ¿Quieres compartir un taxi al aeropuerto?

Nos podemos ver en el hotel a las 4.

Siento una punzada al ver que el mensaje es de Leonardo, miro la hora, son las dos. Dejo el teléfono sobre la mesa y cierro el diario.

Al paso de unos minutos llega Sawnder.

—¿Y? ¿Te quedas en Chicago? —pregunta mientras se sienta y levanta la mano llamando al camarero. Pide un Macallan 18 en las rocas y otro gin para mí.

—¿Estás seguro que tienes 26 años? Nadie de tu edad pide esa bebida.

—Mi abuelo me enseñó a beber y, a todo esto cuántos prejuicios los tuyos, ¿no? —dice mientras se acomoda en el sillón—. Se me ocurre una idea, me vuelo las clases de la tarde, nos vamos al cine, pierdes tu vuelo y luego veremos qué sigue...

—Le tengo que hablar a mi hermana —respondo—.

No lo hagas, cualquiera en su sano juicio te va a convencer de que no te quedas, te dirán que no me conoces, que puedo resultar un loco, vender tus órganos y cortarte en pedazos.

—No es nada simpático tu comentario, nada.

—¡Uy, qué genio! —me dice lanzándome una sonrisa traviesa—. Ya no te voy a tratar de convencer, prometo respetar lo que sea que decidas... Cuéntame lo que has descubierto en el diario —me dice tomándolo entre sus manos.

—No vas a creer lo que me encontré entre las hojas —exclamo—. ¡Una receta de opio para dolor de cabeza!

—Tu tatarabuela sabía pasársela bien —exclama y los dos reímos.

—Te quiero compartir algunas partes que leí hoy.

Sawnder jala su silla para quedar más cerca y ver el diario por encima de mi hombro. Cuando

termino la lectura, cierro el diario y me pregunta lo que siento con los descubrimientos que he hecho de mi gente. Le respondo que me resulta extraño enterarme de cosas de mi familia, de aquellos que no conocí pero de la que llevo su sangre. Le pregunto si cree que la forma de amar se transmite a través de la genética, en el ADN.

Llegan las bebidas y brindamos por las preguntas que no tienen respuesta. Le doy un sorbo largo a mi segundo gin y cierro los ojos, me siento mareada, bien. Justo donde necesitaba estar para preguntarle a Sawnder:

—¿Qué película se te antoja ver?

—*That's my girl* —responde y los dos reímos.

Apuramos las bebidas y nos vamos al cine, conforme nos alejamos de The Drake, las calles parecen perder personalidad, los edificios se van pareciendo entre ellos, cada vez tienen menos altura y las fachadas no se diferencian, es como si dejaran de expresarse, esos edificios pierden la voz propia, el misticismo del centro de la ciudad se diluye en calles idénticas con estructuras de ladrillo rojo, que no es ladrillo. Los locales tienen entradas sencillas y accesibles. Mientras nos alejamos del centro, Chicago se desdibuja...

Entramos al complejo de cine que bien podría ser una oficina donde se pagan los impuestos o un consultorio dental, es un lugar completamente desangelado. El cine es pequeño y huele a palomitas rancias.

Call Me by Your Name es la película que está por comenzar, compramos los boletos, y entramos en una sala pequeña con butacas acolchonadas y viejas, las paredes están cubiertas por cortinas de terciopelo que se antojan demasiado pesadas. Nos sentamos y mientras lo hacemos, me percaté de que todavía tengo tiempo de tomar el vuelo a México.

Mi teléfono ha sonado varias veces, tengo mensajes y llamadas perdidas de Leonardo. Mientras pasan los cortos me debato si avisarle que no llegaré, luego pienso que se merece la preocupación... supongo que en cierto sentido nunca maduramos del todo, mi actitud es de una adolescente de 15 años.

Jamás pensé que la película que utilizaría como distracción para no regresar a mi vida, fuera del tamaño de esta película. Hacia la mitad, las lágrimas empiezan a fluir y no cesan hasta tiempo después de la última escena, me quedo prendada de la música, de los paisajes, y de la historia de amor... Sawnder espera respetuoso mientras mis ojos recorren los nombres de los créditos, aunque mi atención no está ahí. Inhalo para levantarme de la butaca y luego caminamos en silencio, nos ponemos las chamarras y salimos a la calle, hace frío.

—¿Te gustó? —pregunta Sawnder.

—Muchísimo —respondo después de una larga exhalación.

—¿Qué piensas, Alicia?

—Que me dan tristeza los amores que no pueden ser.

—Pero el amor de esta película sí fue...

—Al final no se quedan juntos —suspiro.

—¿Y? hay amores que no duran para siempre y eso no los convierte en historias fallidas.

—Eres muy sabio... —le digo mientras me detengo para mirarlo.

—No te burles, Alicia, lo digo en serio, no todo tiene que durar para siempre, hay relaciones con fecha de caducidad y está bien, la gente se acompaña por etapas, la duración no hace menos valiosos los encuentros.

—Supongo que tienes razón, pero cuando algo es así de profundo se antoja que dure mucho tiempo, ¿no? Imagínate que estás enamorado de una mujer, la pierdes y luego la idealizas para siempre.

—Esas son trampas que nos ponemos para dramatizar, responde con una gran sonrisa.

—¡Qué frío eres!

—No es frialdad, es ser práctico —responde él mientras mete sus manos en las bolsas de la chamarra y se estremece como para equilibrar la temperatura de su cuerpo—. No es práctico quedarse enamorado de quien no te corresponde de igual manera, ¿o sí? —pregunta girándose para verme de frente.

—No hace falta que hagas eso, no me voy a quedar enamorada de Leonardo para siempre.

—Y tu ego, ¿qué dice al respecto?

—Se te salen los estudios de psicología por los poros...

—¿Quieres ir a un bar? —pregunta haciendo caso omiso de mi comentario.

Asiento con la cabeza y miro mi celular.

El vuelo que tenía que haber abordado está en el aire, miro hacia el cielo, estar adentro de un avión es una de las cosas que más me gustan, es estar en un tiempo y un espacio suspendido, nadie sabe dónde estás y nadie te puede localizar, los eventos del mundo quedan muy lejos y no hay cómo enterarse de ellos. Cuando vuelo me da la impresión de que la vida se pausa entre las nubes.

Tomo mi teléfono y le marco a Dina, le digo que me voy a quedar unos días más en Chicago y le pido que avise a mis papás, no quiero rendirle cuentas a nadie. Mi hermana no hace preguntas, me dice que me cuide y que cuando tenga ganas la llame. Sé que se queda preocupada, sin embargo, su preocupación la pone en segundo plano pues en ese momento respetar mi silencio se vuelve prioridad, y esa comunicación sucede sin necesidad de explicaciones.

Esa es la ventaja de tener una relación como la que tengo con Dina, nos conocemos en la distancia, en el cambio del tono en una sílaba y en muecas que resultan imperceptibles para el resto del mundo. Tenemos un lenguaje íntimo, secreto y muy cercano.

Caminamos en dirección al centro, creo reconocer dónde estamos, pero después de andar un par de calles, me norteo y me doy cuenta de que no es que Chicago pierda personalidad fuera del centro, más bien tiene múltiples personalidades. Sawnder me platica de su maestría y de por qué le apasiona la psicología, lo escucho mientras miro los edificios y respiro un aire nuevo, huele a lago y a frío.

Nos acercamos a una puerta que está a la mitad de la calle, la entrada es de madera verde deslavada, adentro hay un pasillo angosto con tapete y lámparas de araña colgando del techo. Al final del corredor hay un salón con luces bajas, una barra con botellas y algunas mesas. Sawnder saluda al barman y me toma de la mano para llevarme al fondo. Empuja uno de los tableros que hacen de pared. Nos metemos por una pequeña apretura y entramos a un cuarto en penumbra, mis ojos tardan algunos segundos en ajustarse a la poca luz que arrojan las velas. Le voy a preguntar algo, pero me pide con un gesto que espere.

Mi vista recorre el lugar y me doy cuenta que si presto atención, sobre las paredes, hay diseños fluorescentes formando rayas que se vuelven nubes y plantas. Nos sentamos en unos cojines que descansan en el piso frente a unas mesas bajas de madera. Se escucha una melodía suave en la que se confunde la sutil voz de una mujer y el sonido de una flauta. Se acerca un chico a

tomarnos la orden, saluda a Sawnder con una solemnidad que me llama la atención. Queremos la especialidad de la casa, dice mi acompañante.

Fuera de la melodía, no se escuchan más ruidos, el cuarto está completamente aislado, no hay ventanas ni puertas y el techo es bajo. Sawnder acerca su cojín al mío.

—Por si te lo estabas preguntando, no te voy a decir cuál es la especialidad de la casa, ahora que llegue y la bebamos como es debido, te voy a contar qué es este lugar y lo que hacemos acá. Mientras quiero que me digas cuántas veces has pensado en buscar a Leonardo. ¿Te has torturado mucho pensando si le vas a contestar sus mensajes?

—No quiero hablar de eso, por qué no mejor me dices lo que tengo que hacer para sacarme a Leo de la cabeza y me ahorras el dinero y el esfuerzo de una terapia.

—Alicia, ni siquiera me voy a tomar la molestia de contestarte.

—Déjame que te cuente una historia, Sawnder.

Él acomoda de nuevo su cojín para quedar más cerca de mí, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi rostro. En ese momento llega el mesero con una charola de plata sobre la que descansan dos vasos delgados y altos con un líquido verde del que emana una cascada de vapor que cae por las paredes del vaso y se evapora al hacer contacto con la superficie de la charola. En un acto casi ceremonial, el chico deja sobre la mesa de madera los vasos y al lado acomoda unas cucharas de bronce adornadas con pequeñas flores. En cada cuchara hay un cubo de azúcar.

Sawnder acerca su cojín a la mesa y yo hago lo mismo. Toma mi cuchara, la mete en el líquido y deposita el cubo en el fondo del vaso, el azúcar se deshace poco a poco y los granos comienzan a flotar para asentarse de nuevo. El verde se intensifica, Sawnder le da vueltas a la bebida con la cucharita y me pide que le dé un sorbo. Cierro los ojos y pruebo el líquido que resbala por mi garganta con suavidad, justo cuando llega a la boca del estómago siento el alcohol quemarme un poco. El sabor es amargo e intenso pero lo dulce del azúcar hace que la bebida resbale como néctar, bebo de nuevo, me lo quiero terminar de un trago, le digo a Sawnder, me dice que lo haga, que él me cuidará. En cuanto termino de beber el líquido, un ligero mareo se apodera de mi cerebro que me da la instrucción de que me relaje, y entiendo por qué hay cojines por todos lados.

—Déjate llevar —me dice Sawnder, acercando su boca a mi oreja.

Y lo hago. Me dejo caer sobre los cojines, siento una delicadeza en la que me regocijo, muevo las manos por el tapete, meto los dedos dentro de los hilos y permito que se hundan hasta tocar la base.

El mesero trae otra ronda de bebidas humeantes y las deja en la mesa, lo miro y me parece que es como un fantasma, pero no siento miedo, más bien curiosidad.

Mi cuerpo se relaja cada vez más, extendiendo las piernas y abro los brazos, al moverlos siento a Sawnder acostado al lado mío. Me incorporo para darle un trago a la bebida, veo cuatro vasos, trato de agarrar uno, pero no lo logro, estoy agarrando el aire. Me río. Lo intento de nuevo sin éxito, finalmente tomo el vaso y lo llevo a mis labios, doy un trago largo, siento calidez en la lengua y luego me percato del recorrido que hace por mi garganta, lo veo pintar de verde mi tráquea.

Ya no hay división entre mi cuerpo y el piso, la temperatura es lo primero que se mimetiza, segundos después la música me provoca imágenes que se mueven al ritmo de las notas. Primero es el fuego el que se mueve entre sombras negras y rojas, se hacen figuras femeninas que bailan

sensuales entre el cielo y la tierra.

Mi mente tiene ganas de hablar, de abrir los ojos y decirle a Sawnder lo que estoy sintiendo, pero no puedo emitir sonido, no me puedo mover y siento una punzada de miedo. Me llega un pensamiento que me susurra que todo está bien a pesar de lo que pudiera pasar.

Para mi sorpresa mi mente hace equipo conmigo, no está jugando sus juegos habituales. En un diálogo interno pienso que tengo temor de morir y mi mente me responde que si eso pasara, no sería grave.

Mi mente me dice que no me voy a caer. La angustia es la peor manera de usar la imaginación, escucho. No es mi mente la que habla, ¿será mi alma? Paso las manos por el rostro y me doy cuenta de la suavidad, como si fueran otras manos, otro rostro, y alguien distinto sintiendo.

Abro los ojos.

—Buenos días, princesa. ¿Ya me vas a contar la historia?

—¿De qué hablas, Sawnder? —pregunto incorporándome un poco y desperezándome, siento como si hubiera dormido muchas horas.

—Antes de darle un trago a tu bebida me dijiste que me ibas a contar algo.

—No tengo idea de lo que hablas —respondo entre suspiros.

—Me estabas platicando que querías un atajo para desenamorarte de Leonardo.

—Ah, ya. Es que una amiga una vez me contó que... espera. ¿Qué es esta bebida?

—Cuéntame la historia y yo te digo lo que acabas de beber.

—Ok, intentaría discutir contigo, pero es inútil.

—Me encanta que ya me estés conociendo.

Ignoro su comentario y le cuento que una amiga mía tenía mucho tiempo tomando terapia, un día su terapeuta enfermó, se le metió un bicho al cerebro y le descompuso las conexiones neuronales. Olvidó varias cosas, entre ellas el juramento que le había hecho a Freud respecto a no revelar aspectos de su vida personal frente a sus pacientes y no opinar ni aconsejar en relación a lo que escuchaba. Cuando el bicho se apoderó de su cerebro, la psicoanalista dejó de esconder su vida personal.

Las formalidades se convirtieron en cosa del pasado y usar el calendario para anotar las citas también. Empalmaba citas, olvidaba lo que le contaban y comenzó a externar sus opiniones respecto a las confesiones, incluso les revelaba lo que realmente opinaba de ellos y de sus problemas.

—Y con eso, ¿el proceso de tu amiga se fue al demonio? —pregunta Sawnder después de darle un trago a su bebida verde.

—Por el contrario —respondo emocionada—, avanzó muchísimo, lo que durante años no había logrado lo hizo en un par de meses.

—Le acabas de dar en la madre al psicoanálisis —me dice con cara de fingida angustia.

Los dos reímos con ganas, Sawnder tenía una risa franca, sonora, sonreía con toda la cara.

—Ahora explícame ¿qué es esta maravilla? —pregunto señalando mi vaso.

—Absentá, la bebida de los poetas malditos. Se le conoce también como el demonio o el hada verde. A ti ¿cómo te trató?

—Para mí fue un hada, sin duda, respondo.

—El mío fue demonio —me informa mientras se acerca y me besa. Trae en la boca un pedazo de azúcar que me deja en la lengua y luego se aleja—. Nunca vas a imaginarte de quién es esta

guardida —me dice como si lo que acabara de pasar hubiera sido un mero intercambio de dulce y no un beso.

—¿De quién? —pregunto apoyando mi cara en una mano y acercándome un poco más.

—De Al Capone.

—¿Al Capone se sentaba en estos cojines? —pregunto mientras me incorporo y miro alrededor, pensando que estoy en el mismo lugar en donde alguna vez estuvo *Scarface*.

—Claro que no —responde Sawnder riendo—, antes había mesas y una barra en forma, donde se servía la bebida que quisieras y estaba abierto las 24 horas, pero sólo podía entrar un grupo selecto de gente, por eso está encubierto. ¿Te puedes imaginar la cantidad de alcohol y de humo que se acumulaba? Y ahí —me dice señalando con el dedo hacia una esquina—, un grupo de jazz tocaba día y noche. Cuando metieron a la cárcel a Al Capone y legalizaron la venta del alcohol, esconderse para beber dejó de tener sentido.

—Y ¿cómo es que se abrió de nuevo esta parte?

—Cuando íbamos en la prepa uno de nuestros profesores nos mandó a ver una película que había descubierto de joven y que le impactó mucho, se llama *La sociedad de los poetas muertos*. Mis amigos y yo hicimos una sociedad por el estilo, pero tomando como estandarte a los poetas malditos. ¿Conoces la poesía de Rimbaud? —pregunta entusiasmado.

—Me acuerdo de algo que vimos en la escuela, tiene un libro que se llama algo del infierno, ¿no?

—*Una temporada en el infierno* —rectifica—, la escribió cuando tenía alrededor de 19 años, es un poema largo realmente complejo. Rimbaud es un gran personaje que vivió salvajemente. Me llaman la atención esas vidas, esas personas respiran el mismo aire, toman la misma agua, duermen, tienen necesidades y habitan el mundo, sin embargo, no tienen nada que ver conmigo ni contigo. Son humanos que se transitan por otras dimensiones. Hay gente que necesitaría un par de eternidades para entender lo que entendió el poeta a tan corta edad. Ya me desvié, perdón —me dice—, el caso es que uno de nuestros amigos conoce al hijo del dueño del bar y lo convenció de permitirnos usarlo para reunirnos, a cambio le pagamos una mensualidad, además de los consumos, por supuesto. Después de algún tiempo se convirtió en nuestra guardida.

Nos quedamos platicando un rato más, hasta que se hace de madrugada, salimos del bar y caminamos en silencio, la noche es tranquila, no hay nadie en las calles y el cielo está despejado. Pienso en lo que voy a hacer, y la angustia se me cuelga en el estómago. “Rimbaud vivió salvajemente”, ¿cómo le hizo para dejarlo todo a tan corta edad e irse a recorrer un universo desconocido? ¿Qué habrá hecho el joven poeta con el miedo? ¿Hay gente que lo siente y actúa a pesar de él? ¿Serán inmunes? Me estremezco con el frío y con el flujo de mis pensamientos. Sawnder me abraza de forma natural como si fuéramos una pareja de años, hace lo que siente sin cuestionarse de más, me da envidia. Yo no hablo sin analizar, no me muevo con soltura, no fluyo. El único momento en el que experimentaba libertad era detrás de la lente de mi cámara. Me enamoré de la fotografía porque una imagen se expresa desde el silencio, y ve hacia adentro. Es lo contrario a lo que sucede en mi mente donde siempre hay ruido e incertidumbre, sobre todo desde que dejé de tomar fotos por placer.

—Poco a poco, Alicia, vamos por pasos, yo te voy a ayudar —me dice Sawnder como leyendo mis pensamientos.

—¿Por qué lo haces? —le pregunto apretando mi cuerpo al suyo.

—Ay, Alicia... por cierto, ya me contó *granny* cómo llegó el cofre a sus manos.

—¿Y? —pregunto sintiendo una ligera irritación—, ¿hasta ahora me lo cuentas?

—Jane, la amiga de tu abuela Carol, era vecina en el edificio donde vivía mi familia. Jane nunca se casó ni tuvo hijos, así que cuando se enfermó, les encargó a los padres de mis abuelos que cuidaran del cofre y que se aseguraran de que llegara a tu familia. Nadie se atrevió a ver el contenido, hasta que cayó en manos de mi abuelo, y el resto ya lo sabes. Para mí que esas coincidencias son señales del destino.

—Y ¿cuál es el mensaje según tú?

—Es obvio, Alicia —responde Sawnder y sigue caminando.

Para mí el destino no tiene ni rastros de obviedad. La claridad en la que creía vivir, había sido un espejismo, esa era la única certeza en mi vida en ese momento.

En cuanto entramos al departamento, Sawnder prende la tetera y me pide que me siente. Intento concentrarme en el momento, pero me cuesta trabajo, sigo sintiendo los estragos de la bebida verde y de haber perdido el avión que me llevaría de vuelta a la única vida que conozco.

Sawnder pone las bolsas de té en las tazas, las deja en la barra y se sienta junto a mí.

—La historia de tu familia y la tuya me tienen realmente conmovido. Eres bienvenida en mi casa el tiempo que quieras —me dice y me acerca el té.

Tomo la taza entre mis manos y le soplo al humo que sale para ganar tiempo en lo que mis pensamientos se acomodan.

Sawnder se levanta del banco, se dirige al sofá-cama y lo abre, si compartimos cama, que no sea por necesidad.

Le digo que me gustaría dormir con él esa noche. Nos metemos en su cama en el centro del departamento, donde debería de estar el comedor o la sala. Me recuesto en su pecho y miro a través de los ventanales. Las luces de los edificios son estrellas ciudadinas que se encienden aleatoriamente en medio de la noche, cada vez hay menos, le van cediendo el espacio a las estrellas en el cielo.

Me acomodo entre las sábanas suaves color miel con aroma a lavanda, me dejo caer por completo en el colchón y en las almohadas. Desde el piso 63 en medio de una ciudad que empieza a dormir, cierro los párpados para permitir la entrada a una noche de sueños en los que me quiero perder, quiero dejar de pensar en un pasado que cada vez queda más lejos y un futuro que cada vez adivino menos.

Me despierta la calidez de los rayos del sol en el rostro, me desperezo y me levanto para ir al baño, en la barra de la cocina hay una taza con un sobre de té al lado, una flor blanca y una nota que dice: disfruta tu día y trata de no rumiar lo que vas a hacer, necesitas unas vacaciones de tu atormentada mente... En una esquina está dibujada una carita feliz.

Abro el refrigerador y me encuentro con una luz que refleja un blanco muy blanco. Hay una variedad de quesos y de carnes frías. Los condimentos están en los compartimentos de la puerta acomodados por tamaños y colores.

Me preparo el desayuno con calma, un *bagel* con queso filadelfia y pavo; caliento agua para el té que me dejó Sawnder y miro la flor, es blanca, simboliza paz, armonía, pero no amor. Sonrío, ¿será que en algún momento lograré apreciar lo que tengo frente a mí sin necesidad de analizarlo? Miro la cocina y los utensilios, hay pocos pero están muy bien escogidos. Los colores de la casa son nítidos, sólidos, como Sawnder. Las paredes no tienen adornos, no les hacen falta,

tampoco hacen falta muebles. El espacio abierto genera espacio en mi interior y la altura de los techos me da perspectiva.

Antes de salir del departamento tomo un par de diarios, Carol los guardaba en las enaguas y yo los guardo en la bolsa interna de mi chaleco. Salgo a la calle tras darle los buenos días al señor Parbu, siento los rayos del sol en la cara, cierro los ojos y echo la cabeza para atrás, espero a que el sol me caliente, a pesar del viento frío. Comienzo a caminar con pasos cortos y permito que mi mirada se pierda en el entorno, en las hojas de los árboles y en las nubes en el cielo.

Me dirijo al muelle tomándome mi tiempo para llegar. Camino por donde se aborda el tour de arquitectura y me parece que ha pasado mucho tiempo desde la vez que lo tomé. Las emociones aceleran o anclan los lugares en los que ha estado el cuerpo. Curiosamente los eventos de los últimos días me habían liberado un poco de mí misma. Supongo que no estar en mi ambiente ayuda a que los recuerdos no lleguen con tanta fuerza. Extraño a Leonardo pero siento mi época con él muy lejana.

Camino por el muelle, casi no hay gente, el viento está fresco y aunque el sol no lo calienta, sentirlo sobre el rostro me hace bien. Cruzo el muelle hasta que veo unas escaleras, subo y me encuentro con un restaurante que tiene vista al lago, la *hostess* me dice que todavía no hay servicio, la convengo para que me permita sentarme en la terraza, le digo que sólo quiero algo de beber y que luego comeré. Mi acento le divierte, además finjo no entender bien el inglés. La señorita hace una mueca entre divertida y resignada y me lleva a una mesa esquinada con unos sillones amarillos muy cómodos.

Miro mi reloj para ver si es apropiado pedir una bebida alcohólica, todavía no son las 12, así que opto por un té de hierbabuena.

Me acomodo en los cojines del sillón, le echo un ojo al lago y saco uno de los diarios de Carol.

octubre, 1873

Desde la muerte de Lewis me he negado a escribir, al principio nada me consolaba, viví en automático por y para mi hija. Me casé con Tom a insistencia de mis hermanos. Aparentemente ser viuda con una hija, no es un estado cómodo para nadie y colocarme con el mejor amigo de mis hermanos, les pareció la mejor solución. De esa forma no tendrían que lidiar conmigo, con mi rabia, además no tendrían que mantenerme.

Me he sentido enojada y culpable al mismo tiempo porque Tom se desvive por mí, me consiente con todo lo que le pido, trata a Elsie como si fuera su hija, incluso le dio su apellido. A mis hermanos los trata como si fueran los suyos y a pesar de todo no estoy en paz en este lugar en el que me ha puesto la vida.

No me quiero resignar a esta historia en la que Lewis muere salvando a una familia: Lewis es un héroe, su vida a cambio de la de alguien más, alguien que para mí no significa nada.

Encuentro liberador expresar por primera vez lo que realmente siento desde hace años. No pretendo enamorarme de Tom como lo estaba de Lewis. ¿Será que cuando el corazón se enamora tan rotundamente de alguien ya no le queda energía para enamorarse de nadie más con la misma fuerza?

Vivo y viviré sólo por Elsie, que además y para mi felicidad o para mi eterno pesar, se parece mucho a Lewis.

Creo que la única manera de conectarme con Lewis será a través de mis diarios. Intenté hacerlo rezándole a dios, pero me di cuenta de que mis plegarias no eran honestas. En dios dejé de creer el día en el que vi al fuego salvaje destruir sin piedad una ciudad entera, mi ciudad.

¿O tal vez dejé de creer en él cuando murió mamá? No, cuando ella murió yo tenía cuatro años, y a esa edad uno no sabe que creer en dios es una elección.

Siento impotencia, Tom se ha dedicado a borrar los rastros de Lewis, se ha deshecho de sus fotos, en aras de “no confundir a Elsie”, las anécdotas de mi difunto marido se las ha apropiado, además de varias cosas más. Vivir a la sombra de alguien como Lewis debe de ser muy doloroso.

Han pasado dos años desde que el fuego se llevó mi vida, sigo creyendo que los demonios de los nativos se están vengando de nosotros. Pienso en esa historia de los fantasmas indios y en la de la vaca de la señora O’Leary² y no sé cuál encuentro más ridícula. Me imagino a la vaca en el establo pateando la lámpara de keroseno, el fuego cayendo sobre el pasto, expandirse y escapar la persecución de una ciudad entera... la culpa del fuego recae en la estupidez de una vaca, o más bien en la de una señora que dejó una lámpara encendida dentro de un establo.

Aún hay cenizas y ruinas, pero nadie habla de ellas, negar lo sucedido hace que el evento traumático, después de un tiempo, parezca casi inventado.

De las cenizas se levantó la ciudad en breve, fue tan rápido que no nos dio tiempo de vivir el duelo. La misma noche del incendio cuando aún las llamas no cesaban, el alcalde Mason ya estaba pidiendo ayuda a las ciudades vecinas. La señora Palmer organizaba comités para asistir a los heridos por el fuego y a aquellos que nos habíamos quedado sin casa. Se hicieron comités de vigilancia para custodiar las calles y Pullman ofreció sus trenes sin costo para los ancianos, mujeres y niños que quisieran evacuar la ciudad.

Los ciudadanos habían pasado de ser zombies entre llamas, ratas, pérdidas y terror, a ser trabajadores optimistas e incansables. A mí la ciudad de Chicago me pareció, durante estos años de reconstrucción, un adolescente salvaje y consentido que una vez más se salió con la suya. Levantar la ciudad la primera vez a partir de los 1600 había sido una lucha de la ingeniería en contra de la naturaleza. Se cambió el sentido del río para que la porquería que salía de la ciudad realmente saliera y no regresara al corazón de Chicago. Se construyó un canal, luchamos en contra de aguas envenenadas, tifoidea, rabia, vientos indomables, fuegos. Lo hemos soportado todo una y otra vez para vivir en una ciudad llena de bares, de criminales y de gente sin escrúpulos.

Han pasado dos años... esta noche he releído mis primeros diarios, los que escribí antes de Lewis y los que escribí cuando lo conocí. Ojalá hubiera sabido en ese entonces lo importante

que sería ese hombre en mi vida. Si hubiera tenido la información que tengo ahora de él, ¿cómo lo habría mirado? Nunca describí nuestro primer beso. No me gustó, sentir su lengua en mi boca, me provocó incomodidad, recuerdo que cuando nuestros labios estaban pegados, abrí los ojos y vi sus párpados cerrados con fuerza, en ese momento un leve escalofrío recorrió mi piel, en cuanto nos separamos ya quería besarlo de nuevo.

¿Saber que lo iba a perder habría arrojado una luz distinta a nuestros días juntos?

Doblo el diario con lágrimas en los ojos y lo pego a mi pecho, yo jamás he sentido un amor así por nadie. No puedo creer que Lewis se murió en el fuego, me da pena Carol..., por fin entiendo por qué nunca escuché hablar de él. Le marco a Dina y le cuento lo que acabo de leer, le pregunto si cree que un amor así pueda existir hoy en día. Mi hermana me responde que con mi tino para escoger hombres, es prácticamente imposible, me hace reír con su comentario y se lo agradezco. Es refrescante que no me tome en serio, sólo así logro salirme de los dramas en los que me gusta nadar. Después de su broma me dice casual que Leonardo la llamó para preguntarle por mí, no le di información, me asegura Dina, quédate tranquila. Colgamos y percibo el sabor de Leonardo flotando por mi cuerpo, en mi memoria, acariciando mi masoquismo. Entrar en contacto con él está a tan sólo unas palabras en un mensaje y apretar el botón de “enviar”.

Afortunadamente Sawnder me marca, me pide que lo disculpe, no podrá cenar conmigo. No da más explicaciones, no tiene por qué hacerlo. Miro el reloj, es socialmente aceptable beber. Pido un gin & tonic y el menú. Me siento irritable, ahora que lo pienso, Sawnder no habla mucho de sus relaciones ni de su vida personal, he sido yo la que ha llenado los espacios con historias íntimas. ¿Tendrá novia? Claro que no tiene, qué tontería, si tuviera novia ya me habría enterado. ¿Y si le gusta alguien de la universidad? Seguro que tiene sus romances, es un tipo muy atractivo e inteligente. Intento espantar esos pensamientos, entre Sawnder y yo nunca podría existir nada. Es 7 años menor que yo, acabo de terminar con Leonardo y vivimos en ciudades distintas. La mesera se acerca para tomarme la orden, pido una hamburguesa doble con queso y tocino.

Me levanto de la mesa y me acerco al barandal, respiro el aire del lago mientras cierro los ojos, trato de imaginarme a Carol, lo que sintió al perder a su marido, y tener que casarse con alguien más para que su hija tuviera un hogar y un padre. Carol perdió a sus papás, su ciudad, su casa, su vida entera cambió en un santiamén.

Curiosamente y en un escenario completamente distinto yo también me quedé sin casa. Me siento desarraigada, como si flotara, en vez de caminar. No hagas ruido, no hables alto, no camines fuerte, apúrate, no incomodes, no te enojés, no llores, no digas lo que realmente piensas ni te defiendas: así crecí. Entonces me escondí en la rebeldía, estudié fotografía, a pesar de que mis padres me sugirieron enfáticamente que no lo hiciera. Tuve novios que nadie en mi familia aprobó ni siquiera Dina. Me iba con mis amigos a antros y bares y llegaba a la hora que se me daba la gana, después de que cumplí 15 años creí que había decidido que mi vida sería mía. Nada estaba más lejos de la realidad. Hice ruido, hablé fuerte, hice dramas, lloré y me enojé con toda mi familia, pero no dije lo que realmente sentía. No sabía qué era lo que sentía, no caminé fuerte, seguí viviendo con prisa y empecé a andar de puntitas sobre lo que creía era mi verdad.

En estos momentos, en esta soledad, me atrevo a darme cuenta de que las fotos que tomé, las relaciones en las que estaba y mi rebeldía, escondían un miedo aterrador a ser lastimada. No me atreví a amar a quien podía amarme de vuelta ni me atreví a buscar qué era lo que quería

encontrar en las fotografías que tomaba. Y ahora estoy acá, a mis 33 años, en un muelle, en una ciudad en la que nacieron mis abuelos, que no reconozco como mía. Terminando una relación que nunca se basó en el amor, buscando otra relación con un hombre al que no conozco y sigo aterrada, tan aterrada como a los 15 años.

La mesera me deja la hamburguesa en la mesa, me siento de nuevo y abro la tapa del pan, el olor de la carne es delicioso, le echo mostaza, ketchup y mayonesa, me cuesta trabajo tomarla por lo abultada y me cuesta mucho más morderla. Abro la boca grande y le clavo los dientes, me embarro las mejillas y las manos. Dejo la hamburguesa en el plato y me limpio con varias servilletas. Llega un mensaje de Dina en el que dice que vendió la serie de Alaska a muy buen precio. No le respondo, pero pienso que con ese dinero me alcanza para vivir unos meses en Chicago sin tener que preocuparme, no tengo que estar en ningún lugar ni rendirle cuentas a nadie, y sin embargo, siento una urgencia adentro por llegar a otro lado... por salirme de mi piel y del malestar que siento porque nada será nunca suficiente. Tengo una hamburguesa frente a mí, se me antojaba muchísimo y ya no sé si me gusta la carne, empiezo a desvariar, como de costumbre. De nuevo tomo la hamburguesa entre mis manos, se me escurre el queso, mientras mastico. Me limpio las manos, abro el diario y sigo leyendo.

abril, 1878

Ayer en la noche hacía frío, Tom insistió en salir a ver un espectáculo que sería difícil de olvidar. Le dije que tenía sueño, que fuera sin mí, pero insistió, jamás me pide que haga algo que no quiero, así que lo acompañé. Llegamos al Water Tower, había mucha gente reunida. Un señor Barrett haría un experimento que cambiaría el rumbo de la ciudad. De pronto las lámparas de gas se apagaron, la multitud se silenció y al paso de unos segundos, una luz brillante apareció en lo alto de la torre. Era más luz de la que había visto jamás, como si fueran miles de lámparas de gas juntas, pero la iluminación no venía del gas y no había fuego. No lo podía creer.

Tom me explicó el mecanismo detrás de lo que estábamos viendo, era algo de unas baterías eléctricas en donde la corriente saltaba del extremo de un arco a otro arco. No entendí, olía raro, como a gas, pero más penetrante. La luz saliente de la torre era tan intensa que no se podía ver directamente sin lastimarse los ojos. El rayo iluminaba otros edificios y también iluminaba el cielo. Nos quedamos mirando mucho tiempo el espectáculo. Estamos entrando en una era distinta, me dijo Tom emocionado y me quedé pensando en el significado de este evento.

Al llegar a casa, nos encontramos a Elsie despierta, mi sobrina se quedó a su cargo y me dijo que la despertó una pesadilla. Llevé a mi niña a su cama, una vez arropada, me pidió le contara el cuento de los indios y el fantasma de Black Hawk. Me da gusto que mi hija recuerde las historias que le contaba Lewis, de esa forma en su memoria quedaría un vestigio de su padre, aunque olvidara su físico, su voz y su presencia.

Una vez que Elsie se quedó dormida, fui a mi cuarto, Tom estaba roncando, bajé a la sala y prendí la chimenea, no tenía sueño, era la primera vez en mucho tiempo que me sentía

entusiasmada. En las llamas que se dibujaban de entre los leños de madera encontré a Lewis. Cuánto le hubiera gustado vivir este momento en el que el fuego dejó de ser la única fuente de luz. Lo único que entendí de la explicación que me dio Tom, fue que la luz dejaría de estar relacionada con el fuego.

Ayer nació la posibilidad de vivir sin miedo a los incendios. El fuego dejaría de ser una amenaza. La cabeza me daba muchas vueltas. Todo lo que podría suceder si eso fuera verdad. ¿Qué quería decir que no necesitaríamos del fuego para iluminar?

Lewis habría estado muy orgulloso, siempre decía que el miedo es el obstáculo que no permite avanzar, que Chicago nació a pesar del miedo, los primeros habitantes morían de terror, pero eso no los detuvo. Lucharon contra las plagas, contra los pantanos llenos de fantasmas, de contaminación y de muerte. La gente le tenía el mismo miedo al frío y a los demonios. A pesar de eso, no se detuvieron en el sueño de convertir Chicago en su hogar. Desde su nacimiento, la ciudad de las cebollas no se ha rendido, en este lugar los problemas se traducen en retos.

Y mientras miro arder al fuego confinado dentro de mi casa, recuerdo que Lewis me decía que yo haría algo grande de mi vida, que por eso era rebelde y me gustaba leer. Yo me reía sin entender muy bien a lo que se refería... hoy estoy sumida en una vida que no aprovecho, en cuanto empieza el día, ya quiero que termine, hago las cosas con prisa, pasando de una a otra sin reparar en ninguna.

Lo que más odiaba Lewis era a la gente como yo, me he convertido en una conformista, no leo y tenía años de no escribir en mi diario, no doy paseos y dejé de usar el cerebro para pensar. Me quedé sin imaginación.

Miré la danza del fuego sintiendo cómo el dolor se había apoderado de mí. Lewis no regresará por más infeliz que yo sea.

Necesito caminar, sentir vida en mis piernas, en la respiración. Salgo del restaurante, son las cuatro de la tarde, el clima finalmente está cediendo a la primavera, hace un poco de calor y el viento no tiene tanta prisa.

Mi teléfono suena. La voz de Leonardo llega a mí como de ultratumba, ese tono que estaba empezando a olvidar me llega de frente, vestido de un pasado en el que ya no quiero estar. Después de las preguntas obligadas a las que respondo con monosílabos, comienza a reclamarme que no llegara al aeropuerto, que no respondiera sus mensajes y llamadas, apuro el paso para ventilar mi coraje. Me reclama que mis cosas sigan en el departamento, no para de hablar. Me dan ganas de llorar, interrumpo su monólogo para informarle que mandaré a Dina a recoger mis cosas en el transcurso de la semana y que me disculpe pero tengo que colgar.

Camino por el muelle angustiada y enojada por sentir angustia. Me pregunto si Leonardo buscó a la “niña” de regreso en México. No me debería de importar, ¿por qué me cuesta tanto trabajo dejarlo ir? Me cuesta trabajo dejar ir en general. Miro un local de bicicletas, rento una y me voy por el camino que va al lado del extenso lago, voy lo más rápido que puedo, me gusta

sonar la campanilla para que la gente sepa que estoy detrás de ellos y se mueva. Conforme me alejo del muelle, me alejo de la llamada que acabo de recibir. Se reduce la cantidad de gente caminando y entonces desacelero, miro el lago y las pequeñas ondas que se hacen en la superficie, el color, la calidad y el aroma que despide el agua, me llevan a pensar en el mar.

Me detengo frente a un cerezo, acomodo la bicicleta en el piso y me resguardo debajo del árbol de flores rosas. Miro hacia arriba, las ramas forman un paraguas que despide un olor dulce y profundo, cierro los ojos y me siento sobre el pasto. Hace sólo unos días hice este mismo recorrido cuando me dirigía al acuario, estaba lloviendo, hacía frío y Leonardo era parte de mi vida. Ahora, sólo algunos días después, el sol ha decidido calentar el aire, permitir que el brote de las flores sea contundente y que las ramas en el parque se llenen de color.

En el pecho tengo una sensación de incomodidad. Me llegan imágenes de Leo y de Sawnder. Me recuesto por completo sobre el pasto y abro los ojos, alcanzo a ver el cielo a través de las flores. Soy un absoluto desastre, pienso con tristeza, tomo decisiones impulsivas sin ton ni son, me la paso cambiando monedas que no tienen tipo de cambio. Yo soy mi mente y lo que pienso acerca del mundo es lo que se me revela. ¡Qué jodido!

Me incorporo y recuerdo que no he terminado de leer la novela de Federico; entre los diarios, el drama de Leonardo y mi decisión de quedarme en Chicago, me olvidé de la novela que me salvó, aunque fuera durante unas horas, de los pensamientos que creo me definen.

Regreso al departamento, no lo había visto con la luz del atardecer, jalo una silla hacia la ventana y me siento para terminar de leer la novela de mi amigo. Repaso el título, *Cuando todo era para siempre*, sonrío. Cuando creemos que todo es para siempre, es cuando ese todo se convierte en un segundo.

Siempre. ¡Qué concepto tan curioso!, pienso. Es el principio de toda ansiedad. Me pregunto si los humanos podríamos erradicar esa palabra, esa noción que nos trae únicamente dolor, pues es imposible entenderlo y vivir desde ahí.

El sol comienza a bajar y se escucha el viento correr entre los edificios. Chicago es una ciudad que se levantó a pesar de las complicaciones que presentó la naturaleza. Hay tantos edificios y rascacielos que parecen estar uno sobre otro, sin embargo, ahí está el viento moviéndose ruidoso entre las construcciones y la gente, recordándonos que seguimos estando a su merced para que florezca un cerezo, para que el sol caliente o para que el fuego arrase con lo humanamente construido. La lluvia fue la que apagó el fuego en 1871, los intentos de los hombres no lo lograron.

Me meto a bañar, permito que el agua tibia resbale por mi cuerpo, me encantaría que el agua se metiera adentro de mi cerebro y enjuagara mis pensamientos, que me dejara vacía aunque fuera durante unos minutos. Y luego que llegara a mi corazón y lo lavara también, que se llevara las dolencias pasadas y lo dejara inquebrantable.

Me tallo los ojos y al abrirlos, miro que en los azulejos hay inscripciones. ¿Cómo no las había visto antes? Hasta arriba en la esquina izquierda está dibujada una flor que apenas se ve, las líneas blancas se confunden en el gris de los azulejos. Miro alrededor de la regadera y se me revelan distintas palabras, me toma varios intentos entender que son frases, la primera dice “en el pétalo de cada rosa está escondida una historia de amor”, y en otra “cuando la flor comienza a morir es cuando más bella se ve”, intento encontrar más palabras pero no lo logro, el vapor se ha juntado y no me permite distinguir las letras.

Salgo del baño envuelta en una toalla y miro a la ciudad encender sus luces, me sirvo una copa de vino y me acurruco en la cama, el espectáculo que tengo enfrente me encanta y pienso en la diferencia que me provoca mirar la naturaleza y mirar la arquitectura, la idea en ambos casos, por lo menos en Chicago, es alcanzar el sol, mientras más alto un edificio, más mérito. Los espejos de algunos rascacielos reflejan nubes y otros edificios y luces que no son las propias y que dan al espacio la ilusión de amplitud y de infinito, apuro mi copa de vino y entro en una duermevela efecto del alcohol y de la confusión.

Sueño que debo ajustar unas chapas con unas llaves demasiado pequeñas que se me caen por todos lados, de pronto levanto la vista y miro que Leonardo pasa junto a mí, lo llamo, pero no voltea, avanza a una gran velocidad, no puedo seguirle el paso. De pronto estamos en una feria, Leonardo entra en un juego en donde hay que subir muchas escaleras, me cuesta trabajo trepar los escalones, son muy altos, cuando logro alcanzarlo, se me caen las llaves que necesito para ajustar las chapas.

Se abre una puerta y jalo el aire con fuerza, me percató de que al subir las escaleras no estaba respirando. Miro en todas direcciones buscando a Leonardo, que ha vuelto a desaparecer, me muevo por el espacio y lo veo en el fondo del cuarto sentado en un sillón de terciopelo, a los lados, arriba y abajo de él hay una decena de mujeres vestidas de negro que lo acechan como felinos. Me siento pesada, en las bolsas de mi ropa tengo llaves, tornillos y desarmadores.

—Alicia, ¿estás bien?

Me toma unos segundos entender dónde estoy. Tengo el rostro lleno de lágrimas. Sawnder está sentado junto a mí.

—Tuviste una pesadilla —me dice y me abraza.

—... —respiro.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo.

Le cuento el sueño, lo abrazo y cuando cierro los ojos, las caras de las felinas se transforman, los dientes les crecen y sus ojos se derriten. Le pido a Sawnder que se quede conmigo, tengo miedo. Me da un beso en la frente, se mete dentro de las sábanas y me acurruco en él.

Empieza a clarear, me desperezo y siento el aliento de Sawnder cerca de mí, su cuerpo tibio. No trae playera y yo siento una punzada de deseo, lo acaricio con los ojos cerrados, su cuerpo reacciona y sin decir nada gira su cara para besarme, me quita la pijama sin destaparme, lo hace suave, con conciencia y acaricia mi cuerpo con las sábanas, el roce provoca que mi piel se erice.

Giro para quedar boca arriba, Sawnder mueve la sábana, permite que entre aire, y luego la deja caer.

—Quiero que te toques y que abras los ojos —me dice.

Hago lo que me pide, pongo los dedos en mi vientre y comienzo a bajarlos despacio.

—No —susurra mientras me detiene la mano—, empieza por la cara, yo vuelvo en un segundo.

Me quedo esperando sin hacer nada, me siento ridícula tocándome la cara. Sawnder regresa con las manos llenas de juguetes. Me reclama que no haya seguido sus indicaciones. Miro lo que trae, no sé para qué sirve la mayoría.

Pregunta que con cuál quiero empezar. Respondo señalando una mariposa morada.

—¿Sabes cómo se usa?

—No, respondo, no tengo ni idea. —Ambos reímos por un instante.

—Abre las piernas —me indica, mientras me toma de las rodillas para guiarme.

Siento el impulso de decir que no, mi mente me alerta de las imperfecciones que tienen mis muslos, estamos a plena luz del día. Cuando estoy a punto de decir algo, Sawnder aprieta un botón y la mariposa comienza a vibrar, apoya la cabeza del artefacto sobre mi clítoris y mete la cola en mi vagina junto con su dedo, me besa el cuello y el pecho mientras sigue manipulando el pequeño vibrador, me acaricia el monte de venus y los alrededores, las ingles y los muslos, luego sube de nuevo, se toma su tiempo.

Después de varios minutos, amarra la mariposa a mis caderas con unas ligas, mientras lo hace, me besa las piernas hasta llegar a los pies. Al principio muevo los dedos, me estremezco y siento un impulso por reírme pero me contengo, el placer es más grande.

—¿Estás lista para otro juguete?

—¿Otro más? ¡Déjame la mariposa!

—¡Ay, Alicia! Tú y yo nos vamos a divertir. No te la voy a quitar, voy a usar otro adicional, sólo prométeme que si hay algo que no quieras que te haga, dices tu nombre, ¿de acuerdo?

—Ajá —respondo arqueándome de placer.

—Alicia, repite lo que acabo de decirte, es importante.

Detengo la vibración, abro los ojos, me incorporo y le digo que me está asustando, que qué pretende hacer.

—Quiero que nos divirtamos —me responde—, pero no pretendo que te sientas incómoda en ningún momento.

—Y ¿si algo no me gusta no puedo decirte que no?

—No. Tienes que decirme tu nombre y en ese momento detengo lo que sea que esté haciendo, ya entenderás por qué. Acuéstate, relájate y siente —me pide acercando sus labios a los míos.

Cierro los ojos de nuevo, aprieto el botón de la mariposa para que vibre de nuevo y me dejo caer en el colchón. Siento la suavidad de unas plumas recorrer mi piel y luego un pincel. Siento las hebras del pincel deslizarse sobre mi piel.

—Voltéate —me pide.

Sigo sus instrucciones y siento el pincel recorrer mi espalda, nalgas y piernas. La mariposa queda entre el colchón y mi cuerpo, estoy a punto de tener un orgasmo, Sawnder se da cuenta y apaga el aparato.

—¡No! —grito frustrada.

—Ese orgasmo te lo tienes que ganar. Ven —me dice mientras me ayuda a levantarme de la cama.

Damos algunos pasos y entramos en lo que asumo es el baño. Me pide que me detenga y luego me quita la venda. Estoy frente a un espejo, miro que mi cuerpo tiene marcas de pintura dorada. La tina se está llenando, el sonido del agua me inspira tranquilidad.

—Mírate —me pide.

Me siento incómoda, no me gusta verme desnuda. Sawnder se para detrás de mí y recorre el camino de la pintura con sus dedos. Cierro los ojos, me quiero ir hacia adentro.

—Abre los ojos y mírate con los míos. Me vuelves loco —me susurra al oído y me provoca una profunda excitación. Me dejo hacer mientras miro en el espejo un cuerpo que siente, que reacciona.

Me pregunta si quiero saber por qué hizo las marcas doradas en ese orden, le respondo que sí

en un suspiro.

—Marqué todos los lugares de tu cuerpo que me gustan, que son sólo tuyos. Varios lunares, una pequeña cicatriz y esta vena que me recuerda que estás viva.

—¿Y los puntitos?

—Esos los marqué así porque me gusta el color de tu piel y la textura, me gusta tu olor y a lo que sabes, la realidad es que hubiera pintado tu cuerpo completo, pero lo que más me atrae son las marcas que te distinguen, nadie tiene ese mapa, nadie, sólo tú.

—¿Has estado con muchas mujeres? —pregunto arrepintiéndome en el instante, pues no hay ninguna respuesta satisfactoria.

—Eso no te lo pienso contestar —alega riendo—, sé perfectamente bien del lugar retorcido de tu mente de donde viene la pregunta... y ahora quiero que te mires por detrás —me dice, mientras me gira y me da un espejo mediano.

Lo sostengo con la mano y lo subo buscando el ángulo en el que logro ver la parte posterior de mi cuerpo en el espejo. Sawnder dibujó unas líneas doradas que empiezan en los hombros para unirse y bajar por la columna vertebral hasta llegar a la separación de las nalgas, luego las líneas se dividen de nuevo y delinean los muslos por dentro.

—Ese surco que se te hace en la espalda es poesía. —Me río ante la cursilería y él ríe también—. ¿Fue demasiado? —pregunta mientras me besa.

Asiento con la cabeza.

Me toma la mano y me lleva a la tina, el agua está tibia y huele a lavanda. Me meto, Sawnder acerca un banco y se sienta al lado, moja la esponja y me acaricia el cuerpo, primero un brazo, lo enjabona hasta llegar a la punta de los dedos, lo hace con delicadeza, sin prisa. Luego se sigue con el otro y cuando termina, se mete en la tina y acomoda un pie de cada lado de mi cuerpo para lavarme el pecho, y el vientre, de ahí salta a las piernas y yo hago un sonido de queja y placer. Quiero que me toque, pero no se lo pido. Cuando termina de masajear mis pies, se acerca para besarme y deja que su cuerpo caiga sobre el mío. Me agarra las nalgas y me penetra con un solo movimiento, luego no se mueve. Mi cuerpo reacciona, giro las caderas, pero me detiene. No te muevas, siente, me dice y junta mis piernas con sus manos. Entonces logro percibir las sutiles reacciones de nuestros cuerpos por dentro, esos ligeros movimientos involuntarios. Después de unos segundos se separa de mí y se sale de la tina.

—¿Hice algo mal? —pregunto intentando suprimir la frustración en mi tono.

—No, Alicia. Nada. Seguimos jugando... ¿quieres?

Mientras camino por las calles buscando un café para sentarme a leer los diarios, pienso en el beso que me dio Sawnder en la mañana antes de irse, es un hombre tierno, sin embargo, yo quería un orgasmo en la tina, estaba tan cerca... Me frustra que las cosas no salgan como quiero. Busco con la mirada al sol, tengo frío y necesito calentarme. Esta mañana hay muchas nubes y edificios en el cielo, de manera que el sol no se puede colar entre tanta cosa. El estado de frustración está más presente en mi vida de lo que me gustaría aceptar, pienso resignándome a caminar en la sombra.

Me meto en un café pequeño, el pasillo que lleva a la entrada está lleno de plantas que están dentro de grandes macetas pintadas con colores vivos, varias más cuelgan de las paredes y del techo, son de diferentes tamaños y presumen distintos follajes. Adentro hace calor, pido un *latte* y me siento en una mesa hacia el fondo.

mayo, 1887

Vuelvo a escribir como quien vuelve de las tinieblas, con Lewis más presente que nunca, pero sin tanta tristeza. Eso que siento cuando pienso en él creo que no lo superaré jamás, sin embargo, hoy encuentro la emoción que se siente cuando se abre una posibilidad, cuando algo nuevo e inesperado sucede y que es justo lo que el alma necesita para regresar al mundo.

Me reuní con algunas de mis vecinas para tomar lunch en el salón de té de Marshall Field's. Sigo sorprendida por lo que ha pasado en tan pocos años, pensar que las calles del centro eran un basurero sin precedente, ruidoso y feo, y que se han convertido en avenidas anchas, bien cuidadas. Los bares en las banquetas fueron sustituidos por tiendas de prestigio en donde se puede encontrar de todo y además tienen servicio a domicilio. Pienso en el centro, en Chicago y en su desarrollo, en estos momentos creo que lo único que le sobra a la ciudad es el olor, ese olor a sangre y a gas tan repugnante que el viento se niega a llevarse.

Lewis no creería en lo que se ha convertido Chicago a raíz del fuego, los rascacielos que más que construirse, crecieron como por generación espontánea. Los porches de las casas dejaron de ser los centros en donde se cierran los negocios, mientras se tomaba limonada. Ahora todo apunta hacia arriba. Mientras más alto el edificio, más negocios en cada piso. La ciudad se está volviendo vertical, en las banquetas ya no se ve el sol, se camina entre las sombras de los edificios, es difícil encontrar el cielo y las nubes se pierden. Yo no sé si me atrevería a subir a uno de esos edificios.

La inteligencia de los humanos no deja de sorprenderme, me pregunto cómo será el mundo cuando Elsie tenga mi edad. Pensar que mi papá no me permitía leer a Dickens porque no era una lectura para jóvenes y hoy podemos andar solas por las calles sin acompañantes, sin tener que usar vestidos incómodos ni tener que escondernos apenas se mete el sol.

Me encantaría que Lewis me viera comprando ropa, tomando sodas con mis amigas y estudiando, yo misma no lo puedo creer. Chicago se ha convertido en un lugar mucho más amable para vivir.

Regreso a mi tarde de hoy. Estaba sentada platicando con mis amigas en Marshall Field's, de pronto, se acercó una señora de nombre Jane para preguntarme si había sido yo quien había organizado las despensas en la iglesia de St. Michael's Church hacía unas semanas. Le respondí que sí. Entonces me preguntó si estaría dispuesta a tener una cita con la señora Bertha Palmer, pues necesitaba una asistente. No dijo más, sólo me preguntó si estaba interesada. Sí, respondí desde el estómago. Ese tipo de ofrecimientos no se rechazan. Bertha Palmer es toda una institución, la admiro por cómo se conduce en el mundo, la seguridad con la que se presenta en eventos sociales y la influencia que ejerce en los distintos círculos de la sociedad. Siempre está buscando cómo ayudar al prójimo, pero sin olvidarse de sí misma. La imagen que tengo de ella es de cuando estuvimos en el Lincoln Park después del fuego, su calidez y cercanía no se pueden

olvidar.

Cuando terminamos de comer, mis amigas regresaron a sus casas y yo me quedé en la tienda para comprar ropa para la cita con la señora Palmer, luego me fui a la parada que está justo afuera de la tienda para esperar el cable car que me llevaría a casa. Sentada en la banca miraba los cables que guiaban los carros, y pensaba que apenas hace unos años eran jalados por caballos..., justo en ese momento llegó uno. Me subí, pagué mi pasaje y me senté junto a una ventana para permitir que el viento me diera en la cara. Era una tarde espléndida, de esas que le gustaban tanto a Lewis, decía que eran en días así en los que sucedían los milagros. Que había momentos en la vida que tenían una condición de eternidad y de paz. Cierro los ojos y recuerdo su olor a eucalipto. Me pregunto si fue Lewis quien me mandó esta oportunidad de trabajar con la señora Palmer.

Me acerco a la barra para pedir otro latte y un agua mineral, miro un momento las plantas que adornan el pasillo y el interior del local. Envidio su silencio. Abro de nuevo el diario.

mayo, 1887

Al estar frente al “castillo” de los Palmer, entendí por qué lo llaman así. La puerta de la entrada no tiene perilla, la única manera de abrir es por dentro. Me recibió una serie de asistentes que me mostraron el camino a seguir. La última parada fue la señora Jane, que me llevó a la sala de arte, donde nos acompañaría en breve la señora Palmer. Las paredes estaban llenas de obras de arte modernas. Me acerqué a los cuadros para admirar las composiciones, jamás había visto algo así. Algo en el color, y en la temperatura de los cuadros generaban una calidez especial.

La señora Palmer entró en el salón y me preguntó que qué opinaba de sus recientes adquisiciones. Había comprado los cuadros en el transcurso del último año en sus viajes a Europa. La mayoría de los autores son desconocidos, dijo y me preguntó si me gustaban. Contesté con honestidad que no sabía, era muy nuevo, lo que me gusta es lo que siento mientras los observo. Esa es la idea del arte, respondió con una sonrisa, lo que te hace sentir.

Han pasado 15 años desde la última vez que nos vimos, no la recordaba con detalle salvo por el porte con el que se movía.

Hablamos un poco de nuestras pérdidas a raíz del fuego y de cuánto había cambiado Chicago desde la tragedia.

Luego me preguntó si sabía escribir a máquina, le dije que sí, que todos los años en los que tomé clases de piano me habían servido para moverme por el teclado con destreza. Me preguntó si sabía quién había sido uno de las primeras personas en adquirir una máquina Remington. Ante mi negativa, contestó que Mark Twain, a “literary man”, recalcó. Quién iba a decir que hacía tan solo cinco años las máquinas eran una curiosidad accesible únicamente a hombres, y en la actualidad no hay oficina en donde no se escuche la música que emanan de sus teclas, dijo

divertida. Ambas reímos, luego se disculpó diciendo que tenía otra reunión pero que Jane se encargaría de explicarme los detalles y que esperaba verme muy pronto.

Le marco a mi hermana para contarle lo que he leído en los diarios.

—Está poca madre —reacciona emocionada—, la abuela Carol tuvo una vida súper intensa.

—Así es —respondo.

—Léeme lo que sigue... —me pide Dina.

—Hay un montón de notas sueltas —le digo, mientras las tomo entre las manos para compartírselas—. En un papel suelto está escrito: Mary Cassatt, es una gran influencia para Bertha.

—¿Quién es Bertha? —pregunta mi hermana.

—La señora Palmer —respondo molesta—, pon atención.

—Ok, ok, continúa.

—Según la nota, Mary Cassatt le enseña a Bertha lo que está de moda respecto al arte en París, dice también que ese arte europeo rompe con los estándares de belleza que se tienen en Estados Unidos. Aparentemente la señora Bertha Palmer se ha dedicado a comprar una gran cantidad de cuadros, guiándose por su intuición y por las enseñanzas de su amiga Mary. Luego hay una entrada más larga que no está fechada, te la leo.

Hace unos meses regresó Bertha de su viaje a París, trajo con ella un cuadro de Auguste Renoir, la pintura se llama Acrobats at the Cirque Fernando. Lo colgó en su cuarto y me preguntó si me gustaba. Después de observarlo un largo rato le dije con toda honestidad que no, que de los que había comprado, ese era uno de los que menos me llamaba la atención, Bertha rio y me dijo que por eso me quería, porque era una de las pocas personas que me atrevía a decirle lo que realmente pensaba.

La señora Palmer es una mujer excéntrica que hace cosas que no entiendo, como por ejemplo llevarse de viaje ese cuadro de Renoir. Creo que está enamorada de esa pintura, me pregunto qué es lo que ve que yo no logro entender...

—¡Qué locura! —le digo a mi hermana—. ¿Te imaginas estar viajando con un Renoir en la bolsa de mano? —las dos reímos.

—¿Has visto la pintura?

—No —respondo mientras la busco en internet—. Son dos niñas en un circo —le digo cuando la encuentro en mi teléfono agrandando la pantalla—. Una mira hacia el público, la otra hacia el frente y tiene unas naranjas en las manos. El internet dice que son las hermanas Francisca y Angelina Wartenberg que trabajaban en el circo de París. Estoy de acuerdo con la abuela, no encuentro la belleza del cuadro y mira que me gustan los impresionistas.

—Yo también lo estoy viendo, y tampoco le encuentro la gracia, pero yo soy la inculta de la familia —remata mi hermana y reímos las dos.

Sigo leyendo y me encuentro con algo interesante, le pido a mi hermana que preste atención.

Hace unos días en una de las reuniones en la mansión, llegó un joven más o menos de la edad de Elsie, luego me enteré que viene de Wisconsin, me sorprendió la intensidad en su mirada y la capacidad para hablar con quien fuera en la sala, a pesar de que no conocía a nadie y era más

joven que la mayoría. Me di cuenta que miraba de reojo y con curiosidad la obra pictórica de los Palmer. Le pregunté a Jane por ese joven y por qué estaba invitado a la tertulia. Se llama Rudyard Kipling me respondió y me dijo que había publicado una colección de versos. Yo ya había escuchado del señor Kipling, corría el rumor que desde que llegó a la ciudad, se había dedicado a nombrar todo lo que no funcionaba. Yo quería saber del joven con el que hablaba, Jane miró de nuevo y sonrió, ese es Frank Lloyd Wright, me dijo y se quedó pensativa unos momentos, luego me contó que Bertha se interesó en él tan pronto se conocieron, pues se atreve a dar su opinión sin importar el interlocutor ni el escenario, además de que tiene una manera de interpretar la ciudad muy particular, concluyó mi amiga sin dejar de ver al apuesto joven.

Bertha constantemente repetía que Chicago necesitaba arte y cultura, que una metrópoli enfocada únicamente en el progreso económico no se convertiría en una ciudad realmente importante. Lo que hará que los jóvenes se queden en Chicago después de hacer sus fortunas, repetía una y otra vez, es darle a la ciudad un aire más sofisticado, más europeo e interesante.

Hoy por la mañana le pregunté a Bertha por aquel joven que había dejado una impresión fuerte en mí. Me respondió que no había conocido nunca un chico de esa edad que tuviera una visión tan clara. Apenas se conocieron, Frank le dijo a la señora Palmer, que la misión de los arquitectos debería ser hacer de este un mundo mejor y más bello, darle una razón, ritmo y significado a la vida. La arquitectura de Chicago le había parecido al joven ordinaria, atrevida y desproporcionada y calificó a la ciudad en general como “morbosamente actual”. Bertha me lo contó divertida, el chico la había impresionado tanto como a mí.

Cuando me fui de la mansión y caminé por las calles, pensé que seguramente el joven Frank había hecho algunos paseos desde su llegada y se había encontrado con lo que nosotros lidiamos todos los días fuera de las grandes avenidas. Animales muertos en las calles, un olor nauseabundo y la barbarie al desnudo. A mí me parece en extremo desagradable que lo más bajo del ser humano en Chicago no se esconde ni aunque sea un poco y me parece igual de desagradable que nos hayamos acostumbrado...

—¡Ali! —grita mi hermana interrumpiendo la lectura—. ¡La abuela Carol conoció a Frank Lloyd Wright cuando llegó a Chicago! ¡Qué maravilla!

—Así es, hermana, estos diarios son una verdadera joya —respondo entusiasmada.

Dina continúa hablando, pero yo me distraigo con un mensaje de Sawnder.

Cómprate un outfit para la noche, compra todo.

Desde los aretes hasta los zapatos,

elije algo que te guste muchísimo

pero que normalmente no usarías.

Te lo quiero regalar. No hay límite de precio.

Gasta lo que quieras...

dame ese gusto y por favor no revises las etiquetas.

Adentro de tu mochila encontrarás mi tarjeta de crédito.

Detengo a mi hermana a la mitad de una frase y le informo que me tengo que ir.

Le quiero decir a Sawnder que no sé qué comprar, que no puedo aceptar su ofrecimiento, siento vergüenza y al mismo tiempo, ganas.

... gracias.

*Me estoy sonrojando,
llevo minutos frente a la pantalla
sin saber qué más escribir.*

*¡Ja! No tienes que escribir nada más, Alicia,
aceptaste la propuesta, eso es lo que importa.*

La reservación quedó para las 9 de la noche.

*Te dejaré en el departamento las indicaciones
para seguir jugando, ¿quieres?*

Quiero.

Camino por las calles del centro sin prisa, buscando alguna tienda en la que normalmente no entraría. Doblo en una esquina y miro que debajo de un puente hay una local pequeño y colorido. Las paredes son rojas y la ropa que venden multicolor.

La dependienta es una joven con tatuajes que se asoman por debajo de su ropa dejando ver mitades de figuras y de frases en otros idiomas, además de tener varios *piercings* en la cara. Hay tantos adornos cubriendo su cuerpo, que me cuesta trabajo centrarme en sus ojos mientras hablamos. La chica tiene una voz chillona y cálida que no concuerda con su aspecto.

Le digo que tengo una cena casual-chic, no tengo idea de lo que le estoy diciendo, seguramente ese término no existe, sin embargo, ella asiente en señal de que ha entendido. Se dirige a una sección en el fondo de la tienda después de revisar con cautela mi cuerpo. La sigo y espero. Me muestra varias opciones que habría rechazado sin siquiera detenerme a pensarlo. Las tomo y me meto al probador.

El primero es un vestido fucsia con círculos blancos, olanes en las mangas, en el cinturón y en la falda. Me miro divertida en el espejo. Después me pruebo un *jumpsuit* morado sin mangas, los pantalones son anchos y me llegan a los tobillos.

El último es un vestido de satín rosa pálido con aplicaciones de terciopelo. Jamás me compraría algo así, pero tengo que admitir que se me ve bien. Salgo del probador para pedir la opinión de la chica que hace un gesto de agrado y me muestra otras prendas que ha elegido. Descarto la mayoría, me quedo con una minifalda anaranjada y un suéter de *animal print* con un pronunciado escote en la espalda, después de probármelo, me miro en el espejo un largo rato. Muestro mucha más piel de la que estoy acostumbrada, sin embargo, pensar que nadie me conoce en la ciudad y que lo que hago es un juego, me libera.

Le pido a la chica de los tatuajes que me ayude a encontrar zapatos y accesorios. Me pruebo una gran variedad de collares y aretes, al final me decido por unas arracadas doradas y unos

botines color miel con tacón de aguja. No reconozco la imagen que me regresa el espejo, aun así me siento bien. Giro el cuerpo para mirar de nuevo la espalda semi descubierta, luego veo las piernas, me gusta la forma que toman en esa falda que está tan entallada que me cuesta caminar. La joven me dice que se me ve un cuerpazo. Me sorprende el comentario, pero me agrada, así que se lo agradezco y le lanzo una mirada coqueta, si voy a jugar a ser alguien distinta por qué no empezar con esta extraña.

Pago con la tarjeta de Sawnder, me siento rara haciéndolo, aunque me da gusto haber gastado una cantidad justa. Camino hacia el departamento sonriendo, salirme de mi personaje y habitar otro, aunque sea por una noche, me provoca respirar un aire diferente y por primera vez desde que Leo se fue, pienso que este puede ser un buen lugar para vivir.

El sol se está metiendo y deja estelas doradas a su paso, el viento se mueve agresivo causando que el dorado muestre las partículas de polvo que normalmente son invisibles. Saco mis audífonos y le pongo *soundtrack* a la tarde. Perth de The Hipster Orchestra es el compañero perfecto. Tengo tiempo, así que me detengo cuando algo o alguien llaman mi atención. Subo el volumen de la música e imagino cómo sería vivir en Chicago, que este se convirtiera en mi mundo. Al único que conozco es a Sawnder, podría inventarme la personalidad que quisiera, tendría la oportunidad de reinventarme, de dejar de traerme auestas y ver si hay otra versión de mí que guste más. Sin tanto pasado, tantos amores rotos, tantas expectativas, tantas creencias ridículas.

Cuando Dina se casó, mi mamá me preguntó que cuándo empezaría yo mi vida. Como si la vida empezara a partir del casamiento o de tener hijos. “¿Cuándo empezarás tu vida?”, pienso en la pregunta, la escucho con atención. Hay cosas que no tienen sentido y que a pesar de eso, rigen las vidas de muchas personas. Miro a mi alrededor. La gente pasa a mi lado, los indigentes se acomodan en las banquetas, los niños andan distraídos colgados de las manos de sus madres. ¿Cuándo habrá empezado para ellos la vida?

Me detengo sobre el puente desde donde se ve el Ghirardelli's, observo los ventanales, se me antoja tan lejana la época de Leonardo. Le doy la espalda al edificio y miro en dirección al río, las ondas se mueven con suavidad. Los tonos reflejan un verde aceituna intenso, no hay manera de adivinar lo que pasa adentro de esas aguas en apariencia tranquilas. A mi derecha en el cruce de dos calles hay una columna que sostiene un reloj color verde menta, da la impresión de llevar muchos años dando la hora. Detrás del reloj hay un edificio antiguo en el que está un Target de tres pisos. Me parece disonante que un edificio con tanto porte tenga una tienda como Target dentro. Y pienso en algunos humanos que por fuera son estructuras elegantes, fuertes, sólidas y que por dentro no son más que tiendas de descuento, carentes de personalidad.

A unos metros del edificio donde vive Sawnder hay una tienda que nunca había visto. Un rayo de sol le pega directo al aparador permitiendo que las envolturas de los chocolates brillen. Me acerco sorprendida por la delicadeza de las piezas. Una campanilla suena mientras abro la puerta. Una señora de unos sesenta años se acerca para darme la bienvenida. Le digo que me voy a llevar el chocolate que ella me recomiende, su favorito. La señora, que me recuerda a la tetera de *La bella y la bestia*, sonríe y se dirige a una vitrina que abre con cuidado para tomar una fresa cubierta de chocolate oscuro. La manipula como si se tratara de una pieza de cristal. Y así cuesta, pienso al pagar ocho dólares por un chocolate. La señora me cobra y se dispone a envolver mi preciada fruta cubierta, pienso en detenerla pero no lo hago, quiero regalarme el capricho

completo.

Salgo de la tienda con mis bolsas de ropa y con una pequeña cajita que guarda una promesa que me hace salivar hasta que meto la llave en la cerradura del departamento.

En la barra de la cocina miro un sobre con mi nombre inscrito. Me sirvo una copa de vino blanco, desenvuelvo la fresa y le doy una gran mordida, con los años aprendí que las pequeñas mordidas hacen que la comida dure más, a costa de que la boca no se llene por completo de sabor. Sin embargo, no hay nada más placentero que sentir una explosión en la que todas las papilas gustativas sienten un gran placer al mismo tiempo. Me permito dar esa gran mordida porque estoy sola, ese es el tipo de placeres que guardo para mí.

Lo agri dulce de la fresa contrasta con la intensidad del chocolate, tomo un sorbo de vino para maridar los sabores, el líquido semi-amargo es el último detalle necesario para que la experiencia sea completa. Cierro los ojos y emito un sonido de placer que sólo puede exhalarse con una combinación así de perfecta.

En otra mordida más me acabo la fresa y antes de terminar de masticar abro el sobre.

Un Mercedes negro me espera en la puerta del edificio, el chofer está vestido impecable. En cuanto me ve salir, abre la puerta trasera y me da las buenas noches. En el camino miro por la ventana, mi atuendo y las últimas indicaciones de Sawnder respecto a cómo debía vestirme me provocan una sensación de incomodidad que trato, sin éxito, de espantar. Me persuado pensando en las cosas que nos decimos Dina y yo en estas situaciones: “tenemos la elección de pasarla bien o no, está en nuestro poder enfocarse en las posibilidades de...”, no lo logro, los nervios no me permiten darle a esta noche la vuelta y disfrutarla, por lo menos no en este momento, estoy demasiado consciente de mi *look*.

Una vez en el restaurante salgo del coche con resignación. Me doy cuenta que Sawnder me gusta de verdad, y siento también al destino caer sobre mí como un manto maldito que provoca que las relaciones sanas y los hombres sanos no se queden. Son estos momentos en los que actúo de forma extraña, y hago cosas que me previenen de lo que en realidad quiero.

Subo al elevador y me miro en el espejo. Me gustaría tener una cámara grabando, para darme cuenta de cómo camino y los gestos que hago al hablar, siento curiosidad de verme a la distancia y en acción. Es increíble que la gente, incluso la que acabamos de conocer, se entere de cosas que nosotros nunca llegaremos a saber acerca de cómo nos movemos en el mundo.

Giro mi cuerpo para intentar mirarme por detrás, no lo logro del todo, aplano la falda y me vuelvo para ver el piso en el que va el elevador. Pienso que si tuviéramos los poderes que tienen las caricaturas, podríamos sacarnos los ojos, alejarlos de nuestro cuerpo y vernos. Esbozo una sonrisa y agradezco que los pensamientos no sean los que queden al descubierto y que sólo yo sea testigo de las tonterías que pasan por mi mente.

Entro al restaurante que es como un aviario humano. Las paredes y el techo son ventanales iluminados indirectamente por luces clavadas en el piso de madera. Sawnder me espera en la terraza, está sentado en un sillón cerca del barandal desde donde se ven las copas de los árboles del Lincoln Park. Trae una camisa rosa pálido y unos pantalones de vestir color gris. No logro entender qué se hizo en el pelo, se ve diferente. Lo saludo torpemente pues estoy demasiado consciente de mi aspecto y arrepentida por la elección de ropa, accesorios y zapatos. Las personas que nos rodean se ven mucho más elegantes que yo e infinitamente más jóvenes.

—¡Qué guapa te ves! —exclama Sawnder recorriéndome con la mirada y dándome un beso

tronado en la mejilla—. ¿Quieres un *hot toddie*?

Le respondo que sí, sin tener idea de lo que es. Me siento con incomodidad, pues el sillón está demasiado bajo y no sé cómo acomodar las piernas para revelar lo menos posible, intento calcular mis movimientos sin éxito, así que me dejo caer, y suelto una sonora carcajada. Sawnder ríe también. Por fin me relajo y reconozco en la mirada de Sawnder aquello que me ha hecho sentir tan cómoda desde que lo conocí en el museo.

Le confieso que me siento demasiado expuesta vestida así y que no tengo idea de qué es un *hot toddie*. Sawnder toma mi mano entre las suyas, la besa y me explica que es un cocktail de autor, el que me pidió lleva bourbon, miel, limón y canela y se toma caliente. En ese momento llegan las bebidas, vienen en unas copas gruesas debido a su temperatura, en cuanto el mesero las pone en la mesa, se desprende una olor acaramelado y cítrico. Tiene un gusto suave y picante al mismo tiempo. Sostengo la bebida entre mis manos, se siente bien sujetar algo caliente, después de darle un sorbo, le describo a Sawnder la tienda donde compré mi atuendo y a la chica. Él me observa detenidamente, no pierde detalle y eso hace que me sienta más consciente de lo corto de la falda y del escote en el suéter. Bebo y hablo sin detenerme. De pronto noto que el alcohol escondido en lo dulce de la bebida ha llegado a mi cerebro y también ha relajado mis músculos.

—En este lugar me gusta pedir entradas. Los *Elote Hush Puppies* están buenísimos y...

—¿Los qué? —pregunto con cara de sorpresa.

—*Hush puppies* son unas croquetas deliciosas, dicen que los soldados se las daban a sus perros durante la Guerra Civil para que dejaran de ladrar. Aquí las hacen con queso y ajo.

Pedimos también unas coles de Bruselas con uvas y vinagreta y unas coliflores con salsa búfalo y queso azul.

Empiezo a contarle a Sawnder sobre mis planes para quedarme en Chicago, pero me detiene, me dice que esta noche no hablaremos de nada de eso. Apparently el juego no ha acabado, y me informa que a partir de ese momento el tono cambiará, me pide que confíe en él. Me dará indicaciones y yo tengo que seguirlas sin preguntar. Siento que los nervios se me atorán en el estómago.

—Mira esa mesa de allá... —dice señalando una donde están sentados cuatro jóvenes.

—Ajá —respondo con nervio.

—Te vas a acercar con alguno de ellos y vas a hacer como que lo conoces. Quiero que te quedes un rato platicando con él y que te lo ligués.

—No, no, Sawnder yo no ligo, no hay manera de...

—Alicia, hoy no eres tú, te pregunté si querías jugar y me dijiste que sí. Te prometo que no te estoy torturando sin razón. Confía en mí.

Camino hacia la mesa, son cuatro hombres mucho menores que yo. Me acerco al que tiene el semblante más amable y lo saludo diciendo cualquier nombre. La plática de la mesa se detiene y el chico al que me dirijo me dice que estoy confundida, me disculpa y le deseo una linda noche. Me pregunta que de dónde soy, que le gusta mi acento. Le respondo que soy mexicana, me pregunta si quiero tomar algo con ellos. Me disculpa diciendo que vengo con alguien, y me alejo casi corriendo en dirección al baño.

Cuando regreso a la mesa, le confieso a Sawnder que me sentí incómoda ligando extraños, y le pido una explicación. Paciencia, responde y promete que en un momento lo voy a entender.

La noche es tranquila, la voz del viento no se escucha, el aire tiene una cualidad de calidez.

Dejamos la mesa y nos acercarnos al barandal para mirar el parque.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En Carol resguardándose del fuego, respondo. Te imaginas ser testigo de una tragedia como la que sucedió con una bebé y sin saber el paradero de tu esposo... en uno de los diarios que leí en la mañana, decía que al día siguiente del fuego, Marshall Field estaba con algunos hombres de negocios frente a sus tiendas convertidas en añicos. Estaban discutiendo si reconstruir o irse de Chicago, el grupo entero, salvo por Field, abandonó la ciudad. Marshall Field miró el terreno y les dijo que en ese lugar cubierto de cenizas iba a levantar la tienda más importante del mundo y que no le interesaba cuántas veces se quemara, él la levantaría de nuevo.

—La determinación lo es todo —responde Sawnder—, si algo nos enseñó el descubrimiento de Chicago, el fuego del 71 y las peripecias que hemos vivido, es eso.

Nos quedamos unos minutos en silencio, la cercanía del cuerpo de Sawnder y el movimiento de los árboles me llena de paz.

—¿Por qué estudiaste fotografía, Alicia?

—Me gusta lo bello, respondo, además cuando detienes las imágenes, detienes el tiempo y el espacio para siempre, la tercera razón es más emocional e infantil, la fotografía no miente, puede ser que la historia alrededor de una fotografía sea una gran mentira, pero la foto en sí misma no lo es. ¿Me explico?

—Más o menos... No estoy tan seguro de estar de acuerdo. Una fotografía puede ser manipulada para mostrar verdades que no son.

—Cierto, yo estoy refiriéndome a la fotografía artística, no a la política.

—Todo arte es político —rebate Sawnder.

—Claro que no... además te desvías del tema. Los seres humanos somos muy mentirosos, en general, la fotografía no da lugar a las mentiras. ¿Me vas a decir por qué me mandaste a esa mesa a ligarme a un tipo? —pregunto mientras giro para quedar frente a Sawnder.

—¿Seguiste las instrucciones de la carta que dejé en el departamento? —asiento—. Ok —susurra y me apoya contra el barandal de espaldas a él.

Pega su cuerpo al mío, puedo sentir su erección. Mete las manos por debajo del suéter para tocar mi abdomen, me estremezco un poco, no me gusta que toquen esa parte de mi cuerpo, luego pasa sus manos por la cintura y por los costados.

—Sé que no estás acostumbrada a no traer ropa interior —dice en voz baja pegando sus labios a mi oreja—. Cierra los ojos y siente el contacto del suéter con tus pezones, abre un poco las piernas, y siente el aire rozar tu entrepierna. Siente la libertad de traer menos tela sobre la piel y siente mis manos. Ahora imagínate que el tipo con el que hablaste se acerca, sin decirte nada te besa, te quita el suéter frente a todos y te toca el pecho, la espalda y luego baja por tus nalgas y te sube la falda. Te recarga de frente en el barandal, justo como te tengo yo ahora y te penetra, tú no puedes contener gemidos de placer y cuando llegas al orgasmo, gritas un poco más fuerte, en esos segundos no te importa absolutamente nada más que el placer que estás sintiendo. Te sabes deseada, tu cuerpo vuelve loco al desconocido que no puede dejar de manosearte, de besarte y tú no te quieres controlar. —Sawnder me gira de nuevo para quedar cara a cara—. ¿Cómo estás?

No le contesto. Me cuesta trabajo tragar, tengo la garganta seca, y el deseo que se ha hecho líquido, escurre entre mis piernas.

Abro los ojos con la sensación de la noche vibrando en mi piel. La excitación, las imágenes, las

palabras y los besos me provocan exhalar un suspiro largo.

Me desperezco estirando los brazos y las piernas, se siente bien, es como si alargar los músculos permitiera que el aire entrara más profundo. Sawnder duerme plácidamente a mi lado, está bocabajo y los rayos que entran por los ventanales pintan de dorado las curvaturas de su espalda. Se me antoja morderlo, en vez, paso las manos por su piel suave, lo recorro desde el cuello hasta el nacimiento de las nalgas. Mi tacto le provoca un leve estremecimiento, abre los ojos y brinca de la cama.

—¿Qué hora es? —grita mientras se encamina al baño—. Tengo que estar en la universidad a las ocho.

Miro el celular, son las 7:55. La pantalla de mi celular además de decirme la hora, me anuncia que tengo un mensaje de Leonardo.

—Hoy tengo día lleno, te veo en la noche —dice Sawnder pasando a mi lado con prisa, me da un beso en la frente y desaparece tras azotar la puerta.

Me quedo mirando el vacío unos momentos y luego giro para ver los rascacielos a través de los ventanales, el sol filtrándose en todos los huecos disponibles y las nubes moviéndose a gran velocidad. Tomo un diario y me acurruco.

Hoy me atreví a preguntarle a Bertha por qué le gusta viajar con la pintura de Renoir. Le dije que a mí me daría miedo perderla, además de que no le veía el caso a estar cargando semejante bulto.

Me respondió que la pintura era un recordatorio de quién era. Me invitó a la biblioteca, nos trajeron té y tuvimos una de las conversaciones más íntimas que hemos tenido desde que nos conocimos.

De pronto se me quedó mirando con una especie de nostalgia o de algo que no logré entender, y me confesó que detrás de su fortaleza y arrojo hay cosas que le aterrorizan, siempre sintió una gran presión por ser perfecta, su vida política, social, e intelectual eran insuperables. Desde pequeña fue admirada por la gente que la rodeaba, me contó que no se podía descuidar, tenía que estar siempre alerta a las necesidades de sus queridos y de sus compromisos. El cuadro de Renoir de las dos hermanas en el circo le recordaba la simpleza de la vida. Que no todos somos afortunados y que no podía olvidarse de que lo que hacía, era producto de su necesidad por estar cerca de la gente. La obra de arte le recordaba también que la vida es cambio. El arte, me dijo, es una interpretación, casi siempre adelantada, de la vida. Muchos artistas ven cosas que el común de la gente no ve. Logran captar los puntos ciegos y de alguna manera vaticinan lo que ocurrirá.

Lo último que le gusta mirar a Bertha antes de dormir es ese cuadro. Me conmueve la belleza, me dijo y con eso dio por terminada nuestra charla.

En el camino de regreso a casa me quedé pensando en la belleza... yo no la encuentro en ese cuadro. Jane y yo hemos tenido largas conversaciones relacionadas con el arte, ella dice que la belleza en el arte no es subjetiva, yo no estoy de acuerdo, creo que casi nada en esta vida es

objetivo. Basta que se nombre algo como una “verdad absoluta”, para que cambie. Jane objeta que la belleza en el arte, cuando se alcanza, adquiere la cualidad de sublime y yo pienso de nuevo que aquel que califica una obra de arte como “sublime” lo hace desde una mirada subjetiva. La belleza...

Cierro el diario, no logro concentrarme, el mensaje de Leonardo me provoca palpitaciones, es increíble el tino que tiene para aparecer cuando estoy a punto de olvidarlo. Tomo el celular y abro el mensaje.

Hola, Ali.

Tengo muchas cosas que contarte.

¿Cuándo regresas? Te extraño.

El temblor en las manos, la confusión, el malestar, los días con sus noches, nuestra casa compartida y los sueños que nunca serán. Todo regresa. Regresa su cara, su tez morena y sus ojos verde-olivo. Aviento el teléfono sobre el colchón, no quiero contestarle. Tampoco quiero seguir leyendo el diario. Me recuesto de nuevo en el cojín para ver el techo. Me pregunto si a Sawnder le molesta que me esté quedando en su casa. Nunca me ha dicho que me quiere. Yo tampoco. Me gusta muchísimo, y la paso muy bien con él, creo que me estoy enamorando, pero luego pienso en Leonardo, en nuestros días juntos y entonces creo que Sawnder es una mera distracción. Inhalo profundo para tratar de callar mi mente, pero eso no funciona, llega la sensación de que estoy estorbando. Una vez le dije a una de mis tantas psicólogas que mi nivel de ansiedad era tan agudo, que podía comerme cantidades industriales de papas fritas y de chocolates, pero que en cuanto no entraba en la talla más grande de pantalones que me permitía tener, me ponía a dieta, no consentía subir más de cierta cantidad de kilos para no estorbar, para no molestar a la persona que se sentara a mi lado en un avión, cine, teatro, camión, o lo que fuera. Soy de las que firma rápido el vóucher de una tarjeta y malabarea entre las monedas, la bolsa y lo que sea que haya comprado, para no tardarme y no incomodar a la persona que espera detrás de mí.

Y ahora estoy en Chicago, sin casa, viviendo con un desconocido, sin trabajo ni futuro y todo gracias a mi impulsividad. Debí regresar a México y hacer las cosas como es debido. Voy a volver, hablaré con mi jefa, con suerte me contrata de nuevo. Una punzada me apachurra el estómago.

Pronto. Te busco cuando esté allá.

Me dijo Dina que pasó por mis cosas a la casa.

¿Todo bien con eso?

Claro, todo bien.

Qué bueno que ya se te pasó

el berrinche de quedarte en Chicago.

La respuesta a mi mensaje es inmediata y eso me emociona. ¿Me entusiasma ver a Leonardo? Tapo mi cara con la almohada. Hay tantos momentos en los que odio ser yo quien me habita. ¿Habrá gente que vive sin cuestionarse todo el tiempo? La broma más grande de dios, si es que existe, es que los pensamientos se puedan esconder. Los pensamientos deberían ser como la

gordura, el color de los ojos, el enamoramiento o la enfermedad: obvios, innegables.

Darnos la capacidad de pensar una cosa y decir otra o decir lo que pensamos a medias, es una tortura para la gente como yo. Una broma de pésimo gusto. ¿Cómo puedo disfrutar de la vida si me muevo a tuestas?

Me meto a bañar junto con las culpas, las mentiras, las verdades a medias que no son mentiras, las suposiciones y la madeja de pensamientos que se han acumulado a lo largo de la vida, más los que me manipulan desde el subconsciente.

Dejo que el chorro caiga sobre mi cabeza y trato de disipar las nubes de ideas e imágenes, pero no lo consigo. Al final mi humor es arrastrado por mi cerebro y la idea de volver a México se arraiga más. En cuanto salga del baño le voy a marcar a Dina para compartirle mi decisión. Me apresuro a lavarme el pelo y el cuerpo. Entro en función automática, mi cabeza está en el boleto de avión, en cómo decirle a Sawnder que me voy, en ver de nuevo a Leonardo. Me lleno de prisa, la maldita prisa me corretea, brinca sobre mí y yo reacciono desde el susto, desde el miedo que me da la impulsividad que rige mi vida.

Salgo a la calle y mientras camino le marco a Dina y le digo que vuelvo a México, enumero las tonterías que me hicieron creer que podía empezar una vida en Chicago. Mi hermana me escucha y me dice que tengo razón. Mi sobrina la interrumpe constantemente y eso me irrita. No sé quién necesita más atención, mi sobrina de 7 años o yo de 33. Cuelgo sintiéndome frustrada, la llamada no resultó como esperaba y yo sigo caminando sin rumbo, acompañada de los futuros que me atormentan.

Me dirijo al museo de arte. Compro el boleto, subo las escaleras y entro en la sala de los impresionistas, desde el pasillo de esculturas de Degas siento paz, aunque no completa, aún tengo voces en la cabeza, pero a esas voces puedo sumarle la voz del observador. Registro las emociones que despiertan en mí los cuadros que tengo delante, detallo en mi mente los colores, las texturas y después de algunos minutos, por fin logro distraerme y escucho el silencio al que me lleva el arte.

Me siento en un banco y las voces regresan, ya no estoy en el museo, los cuadros no me remiten a ningún lugar. No hallo paz por ningún lado, el tormento crece y con él la ansiedad que se siente en la panza, que me apachurra, exprime mis órganos y luego manda señales a la cabeza que advierten que esa sensación es intolerable, me hace sentir que estar donde estoy es inaceptable. El dolor es físico, se enraíza en la mandíbula, se ancla dentro de las costillas y no encuentro la manera de expulsar esa sensación repugnante.

Me da rabia ser un maldito lugar común. Inaguantablemente común, tanto, que la población que tiene acceso a esa enfermedad y a las drogas que la controlan es más del 50%. Mi heroicidad radica en que yo no tomo chochos. Yo sufro los desbalances químicos de mi cerebro. Me resulta mejor entender a la ansiedad como un desbalance químico a entenderla como una enfermedad que me genere por pinche loca.

Regreso a la casa después de algunas horas. Me siento en la cama y busco boletos de avión en el celular, digito las palabras y los números con fuerza, estoy enojada, aviento el teléfono en la cama y me acerco a los ventanales. Los edificios que tengo enfrente no me dicen nada, no me remiten a ningún lugar. Necesito saber lo que opina Sawnder sobre mi idea de regresar a México, quiero sentir la ecuanimidad con la que me habla desde que nos conocimos.

La chapa gira y yo siento un vuelco. ¡Soy una estúpida! ¿Cómo decirle que me he arrepentido

por pensar que podía cambiar el rumbo de mi vida? La gente no hace eso, por lo menos no en el mundo en el que crecí.

Me acerco a la puerta para recibirlo, le doy un abrazo y un beso corto. Pasamos por las preguntas básicas de cómo estamos y cómo nos fue. Le digo que tengo que hablar con él. Me propone salir a cenar, pues no probó bocado en todo el día. Asiento con una sonrisa, y le doy un beso en la mejilla.

Nos dirigimos a un restaurante de sushi que está a unas cuadras de su casa, y al que hemos ido varias veces. En el camino me relata uno de los casos en los que está trabajando para su tesis de maestría. Sawnder no habla de sus pacientes para no traicionar el voto de confidencialidad. Yo le insisto para que me platique y le digo que no me dé nombres, normalmente no lo convengo, sin embargo, hoy necesita desahogarse. Tiene un paciente que sufre de alucinaciones, que cree que su labor en esta vida es vencer al Jabberwocky, una criatura que aparece en la película de Tim Burton *Through the Looking Glass*.

—Él es quien debe matar al monstruo —me dice Sawnder taciturno.

—¿Está internado?

—Sí —responde molesto—. Me enoja encerrar a gente así.

—¿Encerrar? —repito sorprendida—. Tú no usas esas palabras...

—Lo que pasa, Alicia —responde inhalando profundo—, es que he visto gente mucho más peligrosa que él en las calles. Este hombre externa sus conflictos, tiene el valor para vivir su lucha interna. Al final todos peleamos batallas en contra de sombras inexistentes, pero callamos para no espantar a los que nos rodean, callamos nuestra locura para no asustar. Los que no estamos encerrados no lo estamos por una cuestión de prudencia. Tenemos la delicadeza de no externar nuestra locura, nos guardamos los pensamientos que sabemos no serán bien recibidos. Esa es la diferencia entre nosotros y “ellos” —dice y hace un ademán con las manos señalando comillas.

Guardo silencio y lo tomo del brazo, le doy espacio al enojo, permito que la emoción tome su curso, si fuera así de sabia cuando se trata de mis cosas, pienso y esbozo una ligera sonrisa.

—Perdóname, Alicia, mi paciente estaba a unas semanas de salir del sanatorio y justo hoy le dio un ataque de esos que no le daban hacía mucho tiempo y su salida se ha suspendido de forma indefinida. Me da coraje y tristeza, en fin, no hay nada que pueda hacer. Ya me decía uno de mis profesores que no hay que involucrarse demasiado con los pacientes.

Le aprieto el brazo y recargo mi cabeza en su hombro, reprimo mi necesidad de animarlo. ¿Qué será lo que nos empuja a querer eliminar el dolor y los momentos de pesar de la gente a la que queremos? Me siento incómoda de ver a Sawnder pasar un mal momento y no poder hacer nada. Cuando era pequeña y me caía y me lastimaba, mi mamá siempre me decía que no pasaba nada y que no llorara. Pero sí pasa, sí duele, y sí me daban ganas de llorar, también es cierto que ese dolor y las ganas de llorar pasan.

La tristeza de Sawnder no es mía y este evento no se trata de mí, así que no hago nada más que avanzar en silencio y darle espacio a su malestar. Entramos en el restaurante y nos sentamos en una mesa centrada. La mesera se acerca y después de saludarnos y recitarnos los especiales, pregunta si vamos a ordenar lo mismo de siempre. Sawnder me mira y yo asiento.

—¿Por qué te gusta tanto este lugar?

—Me recuerda mi estancia en Japón.

—¿Viviste en Japón?

—Ajá —responde mientras se limpia las manos con una toallita húmeda.

—Hay tantas cosas de ti que no sé... —digo pensativa.

—Alicia, nos conocemos hace muy poco, no te iba a soltar de golpe mis monerías, de haberlo hecho ¿cómo podría seguir sorprendiéndote? —exclama soltando una risita—. Piénsalo, no es lo mismo saber cosas significativas de la gente que ya te importa, que de alguien al que acabas de conocer, por más que te guste.

—Tienes razón —respondo después de meditar unos momentos—. Cuéntame de Japón...

—Mi *grandpa* hablaba mucho de dinero, nos enseñó a mis primos, a mis hermanos y a mí cómo cuidarlo, cómo invertir, pero sobre todo cómo disfrutarlo, él no pudo hacerlo con su fortuna porque al poco tiempo de retirarse, enfermó. Los planes que tenía de conocer el mundo se quedaron varados en la cama en la que estuvo inmóvil durante 10 años. Afortunadamente alcanzó a visitar el oriente con mi abuela. Lo que más les impactó fue Japón, su cultura, la gente y los paisajes. Cada vez que nos enseñaba sus fotos decía lo mismo, que Japón guarda la belleza de lo que no es complicado, que el aire habla de primavera, pero crujе como si fuera otoño entre los inmensos árboles. Cuando hablaba de sus amigos de Kioto, lo hacía con una nostalgia particular, esa que esconden los secretos. El caso es que yo era su nieto favorito, teníamos el mismo carácter.

La mesera se acerca con una jarra de sake, pone un par de platos hondos y en el centro coloca unos cuencos pequeños, después sirve la bebida y permite que se derrame un poco. Para que tengan abundancia, dice y se va. Salud, repetimos al unísono y le damos un largo trago.

—Debes de extrañar mucho a tu *grandpa* —digo acariciando su mano.

—Mucho —responde taciturno—. En su lecho de muerte me hizo prometerle que ese mismo año iría a Japón, a Kioto específicamente, al hotel en el que se hospedó con mi *granny*. Me dio instrucciones para que preguntara por el dueño y le entregara una fotografía donde aparecían su mujer y él, junto a mis abuelos frente al *ryokan*. En la parte de atrás de la fotografía venía una inscripción en japonés. Unos días después de esa plática, mi abuelo murió y dos meses más tarde me monté en un avión.

Las piezas de nigiri y los takoyaki llegan acomodadas en una tabla de madera adornada con un trozo de jengibre en forma de flor. La mesera deja el sukiyaki en una olla de barro, huele delicioso. Me sorprende la meticulosidad con la que preparan los platillos. Los colores, las texturas y los olores son un agasajo para los sentidos.

Después de inhalar, probar, hacer sonidos de satisfacción y regocijarnos con los platos, Sawnder retoma el hilo.

—Primero me fui a Okinawa a ver las ruinas más bonitas y misteriosas que he visto jamás, luego fui a Matsumoto, un lugar de ensueño y de ahí viajé a Kioto, quería entender un poco la cultura japonesa antes de ir al *santuario*, así llamaba mi abuelo al hotel de sus amigos. Llegué al *ryokan* Hiiragiya, en una tarde nublada. El piso de la entrada era de piedra negra y estaba mojado en señal de bienvenida, para devolver el gesto, se acostumbra quitarse los zapatos antes de entrar en cualquier cuarto. Luego me encontraría con que hay calzado para usar en cada espacio. Pantuflas para el baño, zapatos de madera para el jardín y una especie de calcetines para usar dentro de la casa. La recepción era de una delicadeza que me sorprendió, la construcción estaba hecha básicamente de madera, arena y arcilla pulida. El piso lo recubrían unos tapetes de paja, y

las puertas y ventanas eran de papel, de las paredes colgaban algunos adornos muy bien escogidos.

Apenas entrar me sentí incómodo, pues el entorno era demasiado frágil, me acuerdo que pensé que un ventarrón podría provocar grandes estragos en un lugar tan delicado. El chico que me atendió me dijo que contaban únicamente con 28 cuartos y que algunos de ellos tenían más de cien años, luego me mostró con mucho orgullo un nicho al que le llaman *tokonoma*. En los viejos tiempos era dónde los samuráis ponían su espada, me explicó, sigue considerándose un lugar de honor, es por eso que se adorna con flores e incienso. En cada una de las habitaciones hay un objeto significativo para la familia, como una manera de honrar la presencia de los huéspedes.

Escucho a Sawnder con atención, normalmente soy yo quien habla y él quien aconseja. Nunca me había contado con tanto detalle ningún evento de su vida. Me gustan las expresiones que toma su rostro, cómo mueve las cejas y se le ilumina la mirada mientras su mente sigue recordando. Disfruto las piezas de hamachi y de huevo dulce, doy pequeños sorbos al sake y lo dejo unos momentos en mi boca para permitir que el sabor se intensifique.

—¿Tuviste la misma sensación que tuvo tu abuelo en Japón? —pregunto una vez que tragué la bebida—, ¿la del aire y la belleza?

Sawnder se toma su tiempo para responder, analiza una pieza de onigiri, la mete a su boca y luego termina de un trago la copa de sake.

—Sin duda —responde—, la belleza de los jardines, de los puentes y de las construcciones es indescriptible, los edificios, las casas, y las calles, parecen hojas desprendidas de los árboles en constante caída. En los lugares retirados del centro, tuve la impresión de que los japoneses habían tenido el buen gusto de planear sus construcciones, incluidos los múltiples templos, como complementos al medio ambiente y no al contrario. Nosotros diseñamos jardines y adornamos nuestras casas con plantas. Allí la naturaleza se respeta y las construcciones crecen alrededor, sin alterar el paisaje, lo hecho por el hombre se mimetiza con los colores y las formas de la naturaleza, con su esencia. La casa se construye alrededor del cerezo y al lado del cauce del río. La geografía se admira y se conserva, no está al servicio del hombre.

—Y, ¿qué pasó con la foto? ¿Conociste al dueño?

—Sí, era un señor mayor, su esposa había muerto hacía un par de años. Le mostré la foto en la que salía con mi abuelo, leyó la inscripción y se quedó mucho rato en silencio, profundamente conmovido. Pasé un par de días en el mismo cuarto en el que se habían quedado mis abuelos. Por las mañanas abrían las ventanas, quitaban los futones y montaban una mesa que quedaba al ras del piso en donde servían el desayuno y la cena. El primer día salí al jardín y di un largo paseo, nunca había visto algo tan hermoso, Alicia, era como caminar entre nubes color rosa. Fui en la época en la que los cerezos florecen, los colores de los árboles, el tamaño y el olor eran embriagadores. Me quedé horas admirando los paisajes. Después de un par de días de hacer exactamente la misma rutina y de experimentar una tranquilidad que no había sentido jamás, pensé que necesitaba más tiempo en aquel paraíso, no quería irme. En ese lugar el tiempo se comportaba diferente, te lo juro. No encuentro otra explicación. Caminé por las calles, por los templos, por los parques y siempre me topaba con la misma sensación de haber llegado, no tengo idea de adónde o para qué, pero todo el tiempo que estuve ahí me invadían imágenes que me hablaban de una última parada.

Una tarde comenzó a llover suavemente. Fue después de la comida, estaba paseando por los

jardines del *ryokan*, me encontré un kiosco y me senté a observar la lluvia. ¿Alguna vez te has detenido a observar la lluvia? Es que para mí hacer esas cosas, como contemplar la naturaleza, significaban una pérdida completa de tiempo hasta ese viaje, ese atardecer con esa lluvia y la montaña detrás. La cadencia del caer de las gotas como cortinas fue la misma durante horas. Miré la montaña a través del velo de agua, y pensé en la constante danza entre el cielo y la tierra, en cómo está conectado lo de arriba con lo de abajo y en qué punto se tocan, cuándo se convierte el mar en el cielo y viceversa. La cima de la montaña aparecía y desaparecía entre la cortina de lluvia que caía del techo del kiosco. Saqué la mano y miré al agua escurrirse entre mis dedos, el agua no se puede detener entre las manos. Hay que sentirla el tiempo que dura, recuerdo que lo pensé y que eso me llevó a reflexionar en el agua que dejan correr los japoneses como bienvenida en la entrada de sus casas, ¿me pregunto si será para que las malas energías se vayan? En fin... —dice Sawnder y le da un trago largo a su sake—. La noche entró suave y la lluvia no cesaba, así que emprendí el regreso a mi cuarto. Llegué empapado y me senté en una banca de mimbre que estaba afuera de la recepción para esperar a secarme un poco. El dueño se acercó y preguntó si todo estaba bien. Le respondí que todo estaba más que bien, después de platicar de los ritmos de la naturaleza y de las coincidencias y de los giros inesperados de la vida, le pedí que me permitiera quedarme unos días más en otro cuarto. A cambio del hospedaje, le ofrecí trabajar en lo que fuera. Me respondió que sería un honor para su familia y para él tenerme como huésped, no me daría un trabajo como tal, pero me sugirió que aumentara una nueva actividad a mi rutina: acompañar a Yamato, su hijo menor al mercado a primera hora de la mañana. Me asignó uno de los cuartos que tenían reservados para la familia, y me dijo que era lo menos que podía hacer para pagar la deuda de honor que tenía con mi abuelo.

—¿Qué deuda?

—No sé, no me atreví a indagar. Habría sido una falta de respeto tratar de sacar información que no me incumbe, ¿no crees?

—Supongo, pero la curiosidad es tremenda.

—Lo dejé pasar y cuando regresé a Chicago interrogué a mi *granny*, pero no me supo responder o no quiso hacerlo.

—Y luego, ¿qué pasó? —digo alejando el plato y recargándome en el respaldo.

—Pidamos la cuenta y te sigo contando de camino a casa, ¿te parece?

Asiento con la cabeza y pienso que me gusta eso de tener una casa en Chicago.

Salimos del restaurante a una noche fresca pero no demasiado, respiro con profundidad y reparo en el olor del aire en las distintas partes del mundo. Me gusta el que se respira en Chicago, me gusta la fuerza del viento, es su manera de comunicar que podemos construir lo que sea, pero que el verdadero dueño de la ciudad sigue siendo el viento. Lo ha sido desde antes de que los pioneros Jolie y Marquette llegaran a estas tierras en 1673.

Sawnder me recuerda que quería decirle algo antes de salir del departamento. Le respondo que no es importante, que quiero seguir escuchando la historia de Japón.

Mi querido acompañante me lanza una mirada y luego me dice mientras avanza: ya me contarás, Alicia, tú no puedes quedarte con algo rondando por mente durante mucho tiempo. Sonríe sin responder.

—La habitación que me asignaron —continúa Sawnder con su relato—, fue justo lo que necesitaba. Un cuarto pequeño en la parte posterior del *ryokan*, con lo indispensable, y eso hacía

que el espacio se viera limpio, pero no sólo físicamente, es raro, un lugar con pocas cosas me permitió pensar con más claridad y reparar lo que tenía en casa y que me sobraba.

—¿Es por eso que tienes tan poco en tu departamento?

—En parte sí, me encanta tener espacio. Además, si mañana me quiero ir, casi no tengo equipaje. Ojalá pasara lo mismo con el equipaje emocional —puntualiza y ríe.

—¿Tú? —pregunto sorprendida—. ¿Qué es lo que cargas emocionalmente? Me da la impresión de que ese tema lo tienes resuelto.

—Pues no, no lo tengo resuelto para nada. En fin, te sigo contando. En mi nuevo cuarto el piso era de madera, había un futón, una mesa con una silla y un baño. Las puertas eran corredizas y estaban hechas de papel de arroz. Las paredes pintadas de gris claro en su mayoría desnudas, salvo por una que estaba adornada con el cuadro de un faisán verde y un par de ventanas pequeñas, por ahí y a través de las puertas se iluminaba la habitación muy temprano por las mañanas.

Antes de despuntar el día, cuando los pájaros apenas están sintiendo ganas de cantar y la brisa comienza a caer, me levantaba, me ponía unos pants y un gorro y me dirigía a la entrada de la cocina donde me esperaba puntualmente Yamato. Nos montábamos en una camioneta y nos íbamos a surtir la lista de alimentos que nos daba el chef. Cada día comprábamos cosas distintas, para mí era un privilegio ir al mercado con Yamato, nunca había visto tal variedad de pescados, tubérculos y frutos. El chico, varios años más joven que yo, no hablaba inglés y no intentaba hacer pantomima para explicarse, después de un par de días de incomodidad por mi parte, claro está, a él no lo amenazaba el silencio, me acostumbré a no hablar y logré disfrutar de su compañía. Entendí que hay otro tipo de comunicación que se establece cuando no llenamos los espacios con palabras. Nuestra convivencia resultó ser una de extrema cortesía y hasta de complicidad. Caminando las calles y los mercados de Kioto con Yamato aprendí, por imitación primero y por placer después, a sonreír con los ojos más que con cualquier otra parte de la cara y a bajar la cabeza en señal de reconocimiento con quien fuera que me cruzara. Esos pequeños detalles, Alicia, me hicieron sentir especial, es como si el desconocido con el que te encuentras caminando por la banqueta, se maravillara ante el humano que tiene enfrente —Sawnder se queda pensando un momento—. La cultura que respiré es de un misticismo fascinante. Un día Yamato me llevó a caminar entre los cerezos, tenía que agacharme y sortear las ramas para no lastimarme la cabeza, resulta que la gente hace picnics bajo los árboles y agradece cuando les caen los pétalos encima, luego me enteraría que ese es un ritual de abundancia. La gente sale de sus trabajos y se sienta en las banquetas debajo de los cerezos a tomar lunch mientras una lluvia de pétalos rosados los baña.

El resto del camino lo hacemos en silencio, mi acompañante tiene los pies en esta tierra pero la memoria en otra. Está en tiempos lejanos que decidieron regresar por un momento y yo no quiero sacarlo de ese lugar e invadir el espacio de sus recuerdos.

Entramos en el edificio, saludamos a Mr. Parbu y cuando subimos al elevador, Sawnder comienza a hablar de nuevo.

—Me encantaba sentarme a la mesa con el dueño y su familia y escucharlos hablar en japonés. Cuando empecé a comprender algunas palabras, me di cuenta de que en el momento en el que me explicaban el significado, algo en la sonoridad original se perdía. Cuando no hay significado, lo único que importa, es la música que emana de un conjunto de letras sin aparente sentido.

Una vez en el departamento Sawnder prende la tetera mientras yo saco las tazas y una bolsita de té verde para él y una de jengibre para mí. Sonrío al ver que en tan poco tiempo hemos creado una rutina. Miro el minimalismo del departamento y entiendo la sensación de la que habla Sawnder, me gusta la amplitud que provoca la ausencia de las cosas con las que llenamos los espacios.

Nos sentamos en la barra de la cocina, y Sawnder apaga la luz.

Me encanta que el departamento se ilumine con las luces de la ciudad, son mis estrellas verticales, dice mirando en dirección a los ventanales. Ríe suavemente y le digo que me impresiona su positivismo, la mayoría de la gente se queja de que las luces de la ciudad no permiten que se vean las estrellas en el cielo. Sawnder me mira fijamente, tanto, que me incomoda.

—¿Qué? —pregunto.

—Te voy a decir una cosa, pero prométeme que no te vas a enojar.

Lo dudo un poco antes de contestar, pero me gana la curiosidad.

—Lo prometo —respondo temerosa.

—En uno de los paseos que acostumbraba hacer con el dueño en Japón, nos encontramos con un árbol muy hermoso pero tenía una imperfección en el tronco, le dije a mi acompañante que ese árbol sería perfecto sin esa imperfección. Él me respondió que, gracias a eso, ese árbol era aún más bello. La belleza de la imperfección. Los japoneses le llaman Wabi Sabi. Ahora que te miro de frente me viene ese concepto. Tu cara —me dice Sawnder mientras la recorre con sus dedos—, es perfecta, la forma, tus ojos y labios, el pelo, todo..., salvo por tu nariz.

En un acto reflejo me toco la nariz.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto sin saber bien a bien cómo reaccionar.

—Si tuvieras una nariz perfecta, serías una mujer linda, pero del montón de mujeres lindas. Esa nariz te hace ser tú, te da una belleza muy especial, inolvidable.

Esa noche me quedo pensando en las cosas que hemos pasado mi nariz y yo juntas. Cómo se fue permeando la aceptación, primero por tener el tabique desviado y luego por el hoyito que se me hace justo arriba de la punta. En efecto, no es la nariz más estética, pero es mía. Miro a través de los ventanales que me rodean, la cama está en lo que debería de ser la sala, a la mitad, desde donde se ve el centro de Chicago con un ángulo de 360 grados. Pienso en el concepto de las luces de los edificios como estrellas y un piso 63 como firmamento, no sé de dónde, pero en ese momento con la incertidumbre como acompañante, decido amistarme con mis deseos y tratar de alejarme de lo que no es mío. Cierro los ojos y siento la necesidad de tomar fotos desde el centro de la entraña, tratando de involucrar lo menos posible a la razón. Es un deseo profundo y vivo que me recorre y me habita, hacía mucho tiempo que no lo sentía, algo se antaño se estaba revelando.

noviembre,1888

Estos meses han sido intensos, no he tenido casi tiempo para escribir. Es curioso, cada vez que tomo mis diarios entro en contacto directo con Lewis. ¿Alguna vez lo dejaré de extrañar? Elsie se parece mucho a él, no sólo físicamente, pero en su forma de caminar, su elegancia y despreocupación, y en la curiosidad que siente por la vida. Le gusta acompañarme a trabajar, está aprendiendo a diferenciar el arte de los distintos periodos, Bertha dice que Elsie tiene buen

ojo, que podría dedicarse a ser art dealer si le gustara. Ya veremos... le respondo siempre, es increíble que ya tenga 19 años.

Ayer tuvimos una reunión en el Castillo y conocí a una mujer que llamó mi atención desde que entró en la sala. Su cara estaba parcialmente cubierta con un sombrero, se sentó en una mesa esquinada y evitó convivir. Antes de acercarme, me di cuenta de cuán incómoda estaba entre las señoras, a pesar de que nadie parecía notar su presencia. Le pregunté a Jane si sabía quién era. Mi amiga sonrió y me dijo que lo averiguara por mí misma.

Me acerqué a la mesa y me senté junto a la mujer sin decir nada, su incomodidad se hizo aún más evidente, así que me presenté y le tendí la mano para romper el hielo. Ella respondió tímidamente a mi saludo, sin abrir la boca. Hablé de cosas triviales, hablé sin parar hasta que hice un comentario comparando un montón de aves parloteando con el ruido que hacíamos las mujeres cuando estábamos juntas, ese lugar común la hizo reír, y aproveché para preguntarle su nombre. Resultó ser la señora Ambers, mejor conocida como la jefa de las Amazonas, un grupo de mujeres aguerridas. Se dio cuenta de mi sorpresa y me preguntó qué era lo que había escuchado de ella. Respondí que se rumoraba que el suyo era un grupo de mujeres que se defendían de forma peculiar de sus agresores y que incluso la policía les temía. La señora Ambers rio ante mi descripción, pero no dijo más. Se levantó de la mesa y sin despedirse, desapareció. Su historia se convirtió en una obsesión.

Me he enterado por ahí que Sophie Ambers perdió a su hija en una pelea callejera. La niña tuvo el mal tino de pasar por una de las tantas tabernas de la ciudad, cuando un grupo de forasteros salían del sagrado recinto. Beber estaba prohibido pues era domingo, pero como en esta ciudad las reglas son interpretadas como retos a vencer, y no como estatutos a seguir, cada quien hace lo que se le da la gana. Las reglas se doblan hasta romperse y las consecuencias no existen.

Finalmente la pobre chica terminó en medio del alboroto de aquellos borrachos. Dicen los rumores que el evento fue por demás desagradable y que nadie hizo nada, las autoridades miraron hacia otro lado. Las declaraciones se hicieron perdedizas, los testigos cambiaban de opinión dependiendo de la cantidad de alcohol que tuvieran en las venas y del oficial en turno. Sophie se resistió a aceptar la anarquía en la que se vio envuelta, pero la realidad le demostró que la única ley que se aplicaba en las calles era la ley del que menos escrúpulos tenía y del que supiera usar su propio miedo para aterrorizar a los más débiles.

Los extranjeros llegaban en hordas e imponían sus costumbres y leyes por la fuerza... Adelanto las páginas del diario para ver lo que sucedió con Sophie y Carol...

enero, 1889

Finalmente he logrado tener una cita con Sophie Ambers, antes de que me dijera cualquier cosa, me puse a su servicio. Le informé que la señora Palmer quería ayudar a su movimiento y que yo sería la intermediaria. Me impresionó estar frente a la misma mujer que había conocido hacía

un par de meses. La que tuve hoy delante a mí era fuerte, aguerrida y con una mirada que hablaba del objetivo que tenía enfrente. Esa mujer no se parecía en nada a la tímida señora sentada en la mesa de la esquina en la mansión de los Palmer.

Le pedí que me detallara la vida de las mujeres en su barrio. Lo primero que me contó fue que la suciedad era su principal enemigo. Durante el verano, los trabajadores pasaban por las estaciones de bomberos para que les echaran agua a manguerazos, esos eran sus baños. En el invierno nadie se bañaba y eso generaba epidemias. Los niños se enfermaban al comer alimentos en estado de descomposición, así que algunas señoras optaban por alimentar a sus hijos con cerveza pues era el único alimento pasteurizado. Le pregunté por el agua y me dijo que esa no era opción pues en varias ocasiones del grifo salían peces y pedazos de animales muertos.

Poco a poco se fue sincerando y sin que le preguntara, comenzó a hablar de su pérdida, me relató la historia que yo ya sabía, después de buscar que se hiciera justicia sin conseguirlo, formó una unión de mujeres armadas. Lo hemos perdido todo, me dijo, perdemos todo todos los días. La fiereza de una madre a la que le han matado hijos, pero que todavía tiene algunos con vida, no se compara con nada. Somos leonas heridas, terminó diciendo con rabia en la sangre, en las palabras y en los puños que apretaba con fuerza...

Doy vuelta a la página para seguir leyendo y me encuentro con una fotografía de Carol abrazando a una señora mucho más alta que ella. El semblante de la mujer es duro, tiene la piel tostada y una mirada profunda, determinada. La inscripción dice Carol & Sophie, 1900.

Busco entre los recortes y el resto de las fotos, pero no hay ninguna otra que hable de la Amazona. La siguiente entrada del diario trata de algo distinto, paso las hojas para buscar algo más de Sophie, pero no encuentro nada. Vacío el cofre en el piso, tengo frente a mí la historia de mi tatarabuela resumida en algunos diarios, recortes y objetos valiosos. Revuelvo su vida para encontrar algo más de Ambers. Guardo las cosas de nuevo en el cofre y salgo del departamento con mi cámara y con una historia rondando por mi mente. Por fin mi vieja compañera está de vuelta, la cámara colgada a mi cuello... sin embargo, no me devuelve mi vieja identidad, por el contrario, esta vez es la promesa de un futuro desconocido, y ya no siento miedo de avanzar.

Me dirijo al parque Lincoln y camino al lado del lago, es un día soleado, el aire advierte vientos veraniegos. Me meto por en medio del parque y llego justo al edificio de la filarmónica, me acerco para ver qué conciertos darán en los próximos días. No hay nada, supongo que la temporada terminó.

Recuerdo el grafiti de las flores japonesas de dimensiones desproporcionadas y camino en esa dirección, de día se ve todo distinto. Entro al lote vacío y observo al colibrí entre las flores gigantes. Saco mi cámara y comienzo a tomar fotos, intento varios ángulos y aprovecho que la luz natural ilumina los distintos tonos. Me doy cuenta de las grietas, no las había visto antes, me gustan, hacen que la pintura sea más viva, más bella. Me muevo hasta lograr que la lente de la cámara capte la textura de los materiales y el tono que le quiero dar a la serie de fotografías. Recuerdo la advertencia de Leonardo de no detenernos demasiado cuando descubrimos el grafiti

para no ponernos en riesgo.

Pienso en la precaución. ¿Cuántas veces el peligro que nos observa está tan cerca que ni siquiera lo identificamos? ¿Le tendré que avisar a Leonardo que no volveré a México?

Atravieso la calle para regresar al parque y me encuentro con una mujer que viene caminando hacia mí, se nota abstraída. Trae una playera anaranjada de manga larga, un chaleco verde y una bufanda de colores, no se ve feliz. Me detengo para ver qué hace. Se sienta en una banca, parece como si estuviera analizando algo, no está mirando los edificios que le quedan enfrente ni nada a su alrededor. Sube los pies y abraza sus piernas, las aprieta mucho, como si quisiera exprimir lo que siente.

Le tomo una foto. Otra. Otra más. Me acerco lo suficiente para pasar inadvertida y luego me acerco con la lente de mi cámara. Capto una expresión, y luego otra y otra. Me siento una ladrona, mi corazón se acelera. Le estoy robando a una mujer que no conozco su intimidad, estoy plasmando un momento de su vida que quizá no querría recordar en un futuro, mucho menos ser captado por una extraña. De pronto la mujer me mira de frente, *click*. Bajo la cámara y la miro. No me reprocha que la haya fotografiado desnuda, en pleno sentimiento. Creo que hace una mueca que intenta ser una sonrisa, esa es la señal que necesito para saber que las fotos que le tomé han sido un regalo y que me las puedo apropiar. Me alejo de la mujer deseándole que el pesar que siente se vaya sin más dolor del que ya está arrastrando.

Sigo caminando hasta llegar al Field Museum, paseo por la entrada y reparo en una escultura negra que parece estar hecha con partes del cuerpo humano acomodadas en desorden. La base es una nariz, encima un dedo y luego media cadera con unos labios ensamblados y hasta arriba una media luna en forma de hombro. Detrás un *banner* anuncia una película en 3D de la historia del tiranosaurio rex. Al lado se anuncia una exposición de tatuajes donde se lee: *Tattoo* en letras grandes y abajo en letras más pequeñas: *Ritual. Identity. Obsession. Art.*

Le tomo una foto y mientras lo hago llega al museo una excursión de niños. Espero a que pasen frente a mí y luego le tomo una foto a cada palabra por separado. Me siento en las escaleras y abro mi mochila para sacar otro diario, tomo una barrita de cereal que trae un post-it pegado que dice: *para que no te dé hambre, xo, S.* La abro con una sonrisa y tras dar el primer bocado, sigo con el diario.

Vuelvo a leer la entrada de la amazona, le siguen varias hojas llenas de garabatos, se ve que Carol escribió con tanta urgencia que poco le importó que las palabras salieran en forma de trazos sin sentido. Paso varias páginas hasta que encuentro una con letra que puedo entender.

febrero, 1900

He escrito lo que me confesó Tom muchas veces, como si al hacerlo la verdad dejara de ser tan real, tal vez si lo escribo una y otra vez lo logre entender. Si lo que me contó es cierto, mi vida está encallada en una mentira. Un vil engaño, una vida que no debería de haber sido, mi destino no era esto..., y el de Elsie tampoco. Gracias a la estupidez de un individuo, a su inconsciencia y juventud, a su envidia y avaricia, perdí lo que más he querido en la vida a manos de un hombre al que adoré hasta hace unos momentos. De un instante a otro mi vida se convirtió en una historia sustituta, que no era mía. Qué gran injusticia que alguien pueda inferir en vidas ajenas con un solo acto, en una decisión de un segundo y cambie sus futuros. La vida es frágil, pende de

un hilo, estamos expuestos a que cualquiera tire de uno de esos hilos y todo se vaya a la mierda. Cierro el diario sintiendo mi corazón acelerarse. Le marco a Dina pero no me contesta, me gustaría leer lo que sigue en compañía. Me levanto a tirar la envoltura de la barrita sabiendo que cuando me siente de nuevo, me enteraré de algo que afectó profundamente a Carol, es curioso cómo se mueven los lazos de la sangre. Saber de dónde venimos, los traumas que encierran las historias familiares y sus secretos.

Nunca había visto a Tom borracho. Esa noche, cuando entró en la casa no lo reconocí, sus ojos eran diferentes, su cuerpo hablaba de un dolor profundo, antiguo, llevaba mucho tiempo gestándose hasta que no aguantó más. Se tuvo que expresar, pero necesitaba un medio. Se metió a leer mis diarios en los que continuamente mencionaba a Lewis, se inmiscuyó en mi intimidad, lo único que era mío. Nunca antes había revisado mis cosas, nuestra relación no era como la de mis amigas en las que sus maridos controlaban hasta cómo se vestían. Tom era respetuoso, jamás criticaba mis decisiones, al contrario, las apoyaba, a veces a pesar de él mismo.

Cuando empecé a trabajar para Bertha, mi marido fue criticado por sus amigos, pues mi trabajo se trataba mayormente de darle fuerza a las mujeres. Siempre pensé que tenía suerte, pues Tom no era como el resto, y entonces me permitía lujos como tener diarios privados sin temor a que los leyera... hasta ese día. Llegó a la casa en un estado deplorable, me dijo que había leído mis diarios y que se había enterado de que seguía enamorada de Lewis, que jamás lo olvidé y que nuestro matrimonio era una farsa. Estaba muy alterado gritando incoherencias. Elsie salió de su cuarto al escuchar el alboroto, le pedí que no se metiera.

Tom se acercó y me dijo al oído: Yo maté a Lewis.

Me quedé helada, no pude emitir sonido.

Luego dijo en voz muy baja: aquella terrible noche, después de dejarlas a Elsie y a ti a salvo en el parque, regresamos al centro. Tus hermanos se fueron al Water Tower a ayudar a sus amigos bomberos y Lewis y yo nos metimos a una casa desde donde se escuchaban gritos. Las vigas ardiendo caían como lluvia de fuego, nos envolvimos en cobijas mojadas y sacamos a una señora con sus hijos, nos disponíamos a regresar al edificio pues se seguían escuchando gritos, cuando de pronto una viga ardiendo cayó del techo y tumbó a Lewis. Él intentó librarse, pero no pudo hacerlo. Me acerqué y, cuando estaba intentando levantar la madera, me detuve. Te lo juro que no sé lo que me pasó por la mente, sollozó Tom y se arrodilló frente a mí, Lewis era mi amigo... soy un desgraciado. He vivido con ese secreto en el corazón durante demasiados años, ya no aguanto más. No sé si hubiera podido liberarlo del tablón, pero ni siquiera lo intenté. Salí de la casa a pesar de sus gritos, de sus ruegos, me quedé afuera luchando conmigo mismo, cuando me decidí a entrar de nuevo para ayudarlo, era demasiado tarde. Salí huyendo al verme amenazado por el fuego que venía en mi dirección. Entonces deambulé entre las calles llenas de gritos y fuego, entre el aire cubierto de cenizas y de muerte, todo olía a muerte, todo.

Al decir esto lloró con más desesperación, se cubrió el rostro y dijo cosas que no entendí. Yo no podía moverme. Estaba petrificada escuchándolo, viéndolo. Mi cuerpo entró en una especie de sopor. Me sentí pesada, comencé a sudar y dejé de respirar por un momento. Quería gritarle, insultarlo, la rabia que sentía era profunda, eterna, pero no atiné a hacer nada. Otra vez sentí la pérdida pero más profunda, más certera, como si Lewis hubiera muerto de nuevo. Tom seguía hablando, decía que era injusto que un acto como aquel fuera definitivo, que las cosas deberían de hacerse y poder deshacerse. Que él no era un asesino, que los humanos deberíamos de tener más oportunidades cuando cometemos atrocidades. No estaba pensando, se lamentó. No sé por qué lo hice... quería su vida... te quería a ti, me dijo.

Debería de haber un periodo de gracia cuando dejas morir a un hombre, es injusto que esos actos sean definitivos, susurró, lo dijo más para él que para mí.

Elsie salió de nuevo de su cuarto, me llevó a mi cama y se acostó conmigo.

Al día siguiente, muy temprano me levanté, me vestí y fui a casa de Bertha, le conté lo sucedido y le pedí ayuda, necesitaba irme de Chicago, de mi casa, de mi vida.

Ella, con toda la cordura, inteligencia y elegancia que la caracterizan, me pidió que lo pensara bien y luego reiteró que contaba con su apoyo incondicional.

La certeza de no pertenecer más a esta vida, a este lugar, llegó con una fuerza determinante. Bertha Palmer me ofreció trabajo en Florida. Lo acepté y Elsie no resistencia. Le informé a Tom que me iba. No intentó detenerme.

No sé lo que nos espera en la vida, no sé qué hacer con esta nueva información que de un momento a otro se volvió pasado, brújula y futuro. Como si el fuego de hace tantos años reviviera y arrasara con los años que corrieron después de aquella fatídica noche de octubre. Desde que Tom se confesó he deseado que se muera, que sufra. Sé que hago mal, que ese veneno acabará por destruirme y que Tom ha vivido dentro de su propio infierno desde aquel día, pero a pesar de todo y sabiendo lo que sé, mi deseo no claudica. Deseo con el corazón que Tom se muera, no merece otra cosa.

El resto del diario está vacío. Me quedo un rato muy largo en silencio, mi cuerpo está entumido, no lo siento, las imágenes se agolpan en mi cerebro, no las puedo callar, no hay escapatoria al dolor, a la muerte, la traición, a lo irremediable.

Busco en mi mochila la primera carta que encontré en el cofre, no la encuentro, desesperada riego mis pertenencias en el piso. Frenética revuelvo todo hasta que aparece la carta de Jane.

Querida Jane,

Te necesito pedir un favor muy grande. En cuanto me vaya de Chicago quiero que quemes el contenido del cofre, adentro encontrarás retazos de mi vida con Lewis. Fotos, boletos, notas y mis diarios. No tiene sentido guardarlos, no los quiero conmigo y no deseo seguir escribiendo. Esta vida dejó de tener sentido una vez que me enteré de cómo murió el amor de mi vida. Te

pido que quemes el contenido sin miramientos. Todo. No dejes rastro, por favor. Yo intenté hacerlo, pero no pude, hay demasiadas heridas abiertas en cada letra, en cada foto, en cada cosa que he guardado con recelo.

Seguiremos en contacto, les avisaré cuando estemos instaladas en Florida para seguir con nuestras causas,

Gracias de antemano, siempre y por todo,

Tu amiga que te quiere,

Carol Waltrus

Leo varias veces la carta entre lágrimas, mis ojos están empañados y deforman las letras, las ocultan. Le marco a Dina, a Sawnder, nadie contesta.

¿Cuántos futuros se habrán perdido en arrebatos de dolor?

Me pregunto si las heridas cicatrizan. ¿Qué habrá sido de Carol? ¿De Tom? ¿De Elsie? ¿Qué habrán hecho con sus heridas?

En caso de que las historias no cicatricen, ¿se heredarán como heredamos el color de los ojos o la propensión a la diabetes? ¿Será que cargamos con mucho más que el ADN?

Me dedico a deambular por el parque el resto de la tarde, camino, me siento, trato de caminar veloz para que los pensamientos se distraigan, pero no lo logro, me persiguen, me agobian.

Pienso en la mujer del chaleco verde a la que fotografié, si me hubiera acercado para preguntarle por su pesar. ¿Se habría sincerado? Reviso las fotos que le tomé y me doy cuenta de que su historia está ahí, en la expresión de su rostro, en el brillo opaco de su mirada, en el color pálido y grisáceo de su piel. No necesito saber los pormenores de su narrativa.

Quiero buscar historias en las calles anodinas; en los rincones sin secretos aparentes; en los monumentos que no lo son; en los rostros de gente común. Mirar a través de la piel ajena, de sus miradas, de un instante suspendido, captar relatos que se cuelgan en el tiempo y atrapar momentos que parecen fugaces y eternizarlos, como un mosco en el ámbar, como yo en mi historia.

Notar un detalle, un brillo, un aliento, una idea, un recuerdo, atrapar lo fugaz, el pasado de lo que cargamos a cuestas y de lo que no sabemos que cargamos. De la fragilidad. De lo expuestos que estamos. De las luchas, las que libramos y las que no. Las que nos persiguen, a pesar de que queremos alejarlas, que queremos olvidar con desesperación, de esas que tenemos que ver a través del espejo. De cuestionarnos lo incómodo, para dejar de mentirnos. Abrir puertas que luego no se puedan cerrar.

Me pregunto si Carol hubiera preferido seguir viviendo en la mentira y que Tom aguantara el pesar de una verdad no confesada... ¿Si una mentira no sale a la luz, tiene repercusiones? ¿Será que en esos casos la intuición nos advierte para que luego las pistas nos lleven a descubrir “la verdad”?

Me siento en el pasto y, a pesar de que no hace calor, me quito los tenis y los calcetines. Miro mis pies. Luego mis manos. Tengo un tatuaje en el tobillo derecho. Una marca de venas que decidieron unirse en tonos morados y azules en el muslo izquierdo. Me gusta mancharme las manos de tinta cuando escribo y cuando revelo mis fotos. Tengo un fetiche por las cicatrices, me parecen hermosas, sublimes como diría Jane, la amiga de la abuela Carol. Una piel sin cicatrices

es una piel que no ha vivido.

Las cicatrices son las piedras angulares de nuestra historia. Eso es lo que quiero fotografiar, mis cicatrices, las de las calles y las de los desconocidos, aunque al final todos somos lo mismo, no hay nadie que sea tan extraordinario. Todos tenemos heridas, algunas más expuestas que otras, pero en la raíz son las mismas.

Me pierdo a través de la lente de mi cámara, y cuando el sol empieza a meterse, regreso al mundo para dirigirme al restaurante donde me encontraré con Sawnder.

Es el mismo restaurante en el que estuve hace casi un mes con Leonardo, sin embargo, me parece distinto. Hasta la comida sabe mejor. Le muestro a Sawnder lo que he empezado a fotografiar y luego hablamos de lo que significa la palabra stienpo. Busco en mi mochila y le pongo enfrente el papel que nos dieron en la mansión cuando fui con Nadine y sus amigos.

The Pillars of The Circle House

Time is circular, it doesn't exist

Nothing is real

This is not you, this is not me

We are time, and time comes and goes, forever⁸.

¡Gran fuego en Chicago! / ¡Las pérdidas suman millones! / ¡Hoteles, almacenes, oficinas de telégrafos y el abastecimiento de agua, todo se quemó!

El demonio del fuego. / Gran incendio en la ciudad de Chicago. / Tiendas, molinos y viviendas fueron arrasadas por las llamas. Hombres destruidos, mujeres y niños huyen para salvar su vida del fuego.

¡Fuego! / Chicago destruida. 2,600 acres de edificios destruidos. Ocho mil quemados. Todos los hoteles, bancos, edificios públicos y oficinas de periódicos.

De acuerdo a la leyenda, la señora O'Leary encendió una lámpara en el establo, una de sus vacas tiró la lámpara y eso fue lo que provocó el incendio.

Los pilares de la casa circular. El tiempo es circular, no existe. Nada es real. No eres tú, no soy yo. Somos tiempo y el tiempo va y viene para siempre. N del A.

EPÍLOGO

Sobre la puerta de la entrada a la exposición se despliega la fotografía de un reloj color verde menta, en la parte superior se lee *Caminar en la orilla del amor*.

La sala está semioscura, unas cortinas gruesas cubren las ventanas, no hay rastro del exterior, es como entrar en un capullo. Las primeras fotografías son de la ciudad, sin embargo, no hay ningún detalle que delate que esa ciudad sea Chicago, a menos que se preste especial atención a los detalles. La secuencia que sigue son varias fotos de una misma mujer que viste una playera anaranjada de manga larga, un chaleco verde y una bufanda de colores. El foco de las imágenes está en su mirada. En sus ojos se refleja lo que está a su alrededor: calles, edificios y siluetas de gente. La pupila en los retratos parece encendida, pero sólo si se le observa desde cierto ángulo. Al lado de cada foto se cuenta su historia, las leo con detenimiento, con curiosidad, Alicia está en cada letra.

Hay un relato que llama particularmente mi atención, dice que la mujer fotografiada llora un amor perdido antaño, en una época lejana diluida entre recuerdos que le llegan en forma de sueños. Que cuando amanece nunca sabe por qué, pero despierta con un pesar en el alma, una tristeza que trata de olvidar y borrar de su rostro, pero no puede, porque la trae atravesada en el corazón.

Al leer esa descripción no puedo dejar de pensar en Ali, en la tristeza perenne que guarda profundo y que impide cualquier tipo de acercamiento. Ese sentimiento fue el que la llevó a inventarse una historia de mí que nos alejó desde que nos conocimos, y que terminó por hacerme a un lado. Yo no me quería ir, pero tampoco supe cómo quedarme, sentí que si lo hacía sería a pesar de Ali.

Si me hubiese hablado de los temores que la acongojaban o de las historias que fabricaba en su mente, tal vez, solo tal vez, habríamos tenido futuro.

La serie de fotos que siguen son acercamientos a lo que parecen ser las venas de alguien, después hay secuencias que retratan con un detalle inquietante cicatrices en cuerpos humanos. Recorro los lienzos en los que están plasmadas esas fotos, miro los colores y siento melancolía, pienso en cuántas cicatrices tendrá Alicia adentro, las que se pueden ver y las que guarda con recelo en profundidad.

La siguiente serie son fotografías de relojes esparcidos por la ciudad, en edificios, en las muñecas de los transeúntes, dentro de restaurantes, en el metro, en los museos. Luego hay fotos de números sueltos en diferentes escenarios: grafitis, relojes, placas de coches o afuera de los edificios.

El último par de imágenes, al final de la exposición, está acomodado en espejo. Una es la foto de una inscripción que habla de lo efímero del tiempo y frente a esa, hay una secuencia de Alicia en movimiento, son varias fotos en una misma. Busco la historia al lado, pero no la encuentro. Las imágenes cuentan la historia y no hace falta explicación. Miro de nuevo la pieza, parece que los movimientos de Alicia se esconden de la cámara, juega con ella como si fuera su interlocutor. En una esquina está Alicia sentada en un banco alto hablando con un chico. Viste únicamente un saco negro y botines a cuadros, me sorprende su atuendo, no es algo que hubiera elegido cuando estábamos juntos. Dudo si acercarme a saludarla, no la quiero interrumpir. Cuando doy la vuelta

para salir, miro sobre la pared unas líneas proyectadas.

I have struck a city—a real city— and they call it Chicago...

I urgently desire never to see it again.

It is inhabited by savages⁹.

Rudyard Kipling

Al entrar en la exposición estaba seguro de que esa sería la oportunidad perfecta para disculparme con Ali, para explicarle lo que no había entendido antes, sin embargo, tras recorrer las fotos, entiendo que sería injusto abrir la puerta de un destino que yo había cerrado hacía un año.

Al lado de la cita de Kipling, encuentro la fotografía de un hombre que está de espaldas, a la mitad de un puente, mirando hacia el río. Desde el ángulo en el que se tomó la foto, se ve la luz del atardecer, pero más lejos, justo en la línea donde termina el agua y empieza el cielo, está oscuro, ya es de noche.

—Es increíble que el ojo humano no pueda advertir el instante en el que la luz se convierte en oscuridad y viceversa. ¿Qué te trae por Chicago, Leo? —me pregunta Alicia parándose a mi lado.

—Tu exposición, obviamente. Instagram me cuenta las cosas que hace la gente que me importa —respondo sin dejar de mirar la fotografía del hombre en el puente.

Le pregunto si tiene ganas de pasear, asiente, se cuelga la cámara al cuello, y se dirige a la salida sin decir más. Subimos por Roosevelt hasta llegar al lago. Le cuento que cuando regresé a México busqué una terapia y empecé a estudiar psicología. El viaje a Chicago me hizo entender mi incapacidad para conectar con la gente. Había algo que no me permitía sentir. Ali me escucha en silencio, las facciones en su rostro son distintas a las que recordaba.

Caminamos tranquilamente por el paseo del lago, no siento la mirada de Ali sobre mí, adivinando mis pensamientos, cuestionándome, dudando, y eso me permite expresarme desde un lugar honesto. Le pido disculpas por no haberle comunicado lo que sentía en su momento, por no decirle lo que necesitaba cuando estábamos juntos. La realidad es que me era imposible expresarme, ni siquiera yo sabía el motivo de mi malestar.

Nos sentamos en el pasto debajo de un cerezo. Alicia acepta mis disculpas con el corazón abierto. Me cuenta de los diarios en el cofre, que su verdadero tatarabuelo era un señor de nombre Lewis y que murió en el fuego porque su amigo Tom se rehusó a ayudarlo. Carol nunca soltó a Lewis, me dice Ali, se estacionó en el pasado. Cuando se enteró de la traición de Tom, se aferró todavía más a la idea de una vida que le había sido arrebatada, dejó Chicago y junto con Elsie, su hija, se fue a Florida.

—¿Te das cuenta de que Tom no nada más dejó morir a Lewis? También mató a Carol —me dice Ali mientras apoya su cámara en el pasto—. Lewis no tuvo opción, pero Carol sí, ella pudo seguir viviendo... no lo hizo. Esa historia es la que me está obligando a vivir desde otro lugar, a darme cuenta de que en un descuido lo puedes perder todo... —concluye cabizbaja.

Le pregunto por sus planes y responde que se va a quedar en Chicago un tiempo más, ha vendido la mayoría de las fotos de la exposición. No me lo dice, pero su entusiasmo por la fotografía ha vuelto, me da mucho gusto.

—¿Qué hay del chico con el que estabas hablando, es tu novio? —le pregunto.

—¿Sawnder? No —responde mientras sonrío—. Él es mi ángel de la guarda, llegó para enseñarme que hay una manera distinta de vivir. No tiene ataduras, es un nómada comprometido únicamente con una curiosidad perenne por descubrir el mundo. Después de la exposición se va a ir una temporada a Japón y yo lo voy a alcanzar.

—¿Por qué no estás con él? —pregunto con un dejo de celos.

—Porque entendí que hay un millón de maneras de vivir y que no todas llevan al mismo lugar: encontrar una pareja y establecerse. Mi relación con Sawnder es distinta a cualquiera otra que he tenido. Cuando tú y yo estábamos juntos, siempre tenía prisa por que pasara lo siguiente en nuestra relación. Ahora estoy intentando disfrutar del camino... ¿me entiendes? —pregunta y se tumba sobre el pasto.

La entendía, estaba arrepentido por haberla dejado ir.

—No sé, Ali creo que estás más loca que antes —es lo que atino a decir, contrario a lo que realmente quiero decir—. Eres una mujer valiente —rectifico—. ¿Queda algo de la Alicia que llegó a Chicago hace poco más de un año? —me aventuro a preguntar.

Alicia sonrío y cierra los ojos. Se queda en silencio mientras le da vueltas al anillo que le regalé cuando estábamos juntos. Me pregunto si todavía sueña con infinitos.

FIN

He dado con una ciudad —una ciudad de verdad— y le llaman Chicago... Urgentemente deseo no verla nunca más. Está habitada por salvajes. (Traducción del autor).

AGRADECIMIENTOS

A Camila por convertir Chicago en verbo, y por escucharme durante horas y horas hablar de la novela.

A Sebastian por vivir en un mundo sin límites e invitarnos a vivir en ese mundo con él.

A ambos por escuchar la primera versión de Chicago, cuando no había nada y sólo se asomaba una posibilidad.

A Max por ese viaje a San Miguel, en el que me ayudaste a sacar la novela de la basura, y a darle un nuevo significado. Gracias por ser mi diario, mi hermano, mi ancla, y un eterno cómplice.

A Alberto por ser el mejor Virgilio de viaje, tu sabiduría ha tocado los rincones de todas mis historias.

A Beatriz por tu generosidad, por las porras y por creer en mí. Contigo es dónde empieza todo...

A Thomas por tomarte el tiempo de leer la novela más de una vez, de digerirla y de darme con la inteligencia y la elegancia que te caracterizan, tus comentarios que siempre me iluminan.

A Jackie por leer la novela con ese ojo de halcón que tienes, agudo, inteligente y sensible, por notar lo que notaste y por hacérmelo saber. Espero que sepas lo mucho que te admiro.

A Tamara por ser la primera lectora y animarme a seguir, cuando la novela todavía se sentía como un sueño.

A Fabiana por tus comentarios agudos y puntuales, por darte cuenta de lo que estaba escondido.

A Arantxa por poner en contexto situaciones y ayudarme a escuchar a los personajes.

A Dina por ver más allá del cariño y decirme siempre la verdad.

A Caro por tu entusiasmo, por tomarte el tiempo de leerme y por estar cerca.

A Ana por leerme con dedicación, cariño, y todos los años y años que llevas auestas como lectora.

A Emmi, por vivir en mis historias y por los universos que hemos creado juntas.

A la memoria de Ramón, que siempre y de alguna manera, está.

A mis papás, hermanos, cuñados, y sobrinos, por darme contención y apoyo siempre y a pesar de todo. Cada uno de ustedes es inspiración.

La mentira que nos une se terminó de imprimir el mes de diciembre, en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, Ciudad de México.

Fecha de salida del tiraje 30 de diciembre de 2023.

